

Panquijote

Aventuras de Don Quijote en Jerez

POR M. SAAVEDRA DE CERVANTES

EDITORIAL TORRE DE VIENTO
2014

PANQUIJOTE

Aventuras de Don Quijote en Jerez

edición facsímil del ejemplar conservado en la
Biblioteca Nacional de España CERV/2622,
editado en Madrid.
M. Tabarés imp., 1906

HORAS DE LECTURA

Panquijote

por

M. Saavedra de Cervantes

Natural de

Meira.

(CON LAS LICENCIAS SUFICIENTES)



MADRID
M. TABARÉS, IMP., PASAJE DE LA ALHAMBRA, 3.

1906.

Cumplidos los requisitos de la ley para la reserva de derechos.

Excmo. Sr. D. José Canalejas y Méndez

Muy respetable señor mío: Tengo con vuecencia una deuda de gratitud, y yo, que suelo pagarlas todas, y las de este género preferentemente, no quiero estar con V. E. excepcionalmente en descubierto. ¿Que los contrastes de la vida, en la manifestación más candente de la misma, me han dictado este libro?... Pues quiero, dedicándoselo, pagar lo que le debo, aunque temo que, obligándole á aceptarlo, contraiga una nueva deuda, que no veo ya posibilidad próxima de pagarla, y resultará por ello que sea V. E. mi perpetuo acreedor.

Pero... *«¡hay más en la aldehuela!...» V. E. dió brillantemente, en el célebre discurso que yo y muchos llamamos de los «latifundios», la fórmula para resolver el mismo problema que da motivo á mi obra, y por añadidura, juzgo que, políticamente, se halla V. E. equidistante de los dos llamados, por contraposición de las respectivas exageraciones, anarquismos; y como ésta sea también mi posición deseada y la tendencia del libro, parece que tiene un patrono, y ese es V. E.*

Por donde va á resultar que no pago nada, ni contraigo nueva deuda, sino que

sigo indicaciones perfectamente naturales, que otro cualquiera en mi caso habría seguido.

Y si esta dedicatoria, por lo extensa, se sale de los ordinarios moldes, atribúyalo al hábito que tengo de fundar y explicar mis determinaciones, por inofensivas *que sean.*

Quedo, Excmo. señor, deseando que el libro sea, por todos conceptos, digno de la alta personalidad á quien me atrevo á dedicarlo. Le saluda y se ofrece de V. E., aunque humilde, affmo. y s. s. q. b. s. m.,

El Autor.

Diciembre 18 de 1905.

Al lector.

Más afortunado que M. de Cervantes Saavedra, que tuvo que hacer su *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha* desde la cruz á la fecha, sin otro auxilio que los acertados consejos de un amigo para que venciese las dificultades del Prólogo, M. Saavedra de Cervantes me ha encontrado á mí, que no aconsejo nada, sino que ejecuto, porque no se me diga: «no es lo mismo predicar que dar trigo». Estamos, pese á quien no quiera verlo ó confesarlo, en tiempos de *tácito socialismo cooperativo,* y todo conspira á que la cooperación se preste por espontáneo impulso, en vista de la necesidad ó conveniencia de ella, y aun sin ver la necesidad ni la conveniencia, como me sucede á mí en este caso.

Fuí un día á visitar á mi amigo M. Saavedra de Cervantes, halléle con sendo pliego de papel delante, la mano armada de pluma y en quietud, en disposición de querer escribir, pero sin decidirse, en guisa y modo de aquél que da inútilmente vueltas al magín, ó trata, no menos inútilmente, de fijarlo. Halléle, en fin, en uno de esos estados dolorosos de la mente, en que no hay energía bastante para acometer el trabajo ni para dejarlo, y en que se acepta cualquier género de ayuda, y díjeme: «He aquí una ocasión favorable para que yo preste un servicio á un amigo y *para*

exhibirme», y aun si he de decir verdad, paréme más y más fijamente en la segunda parte de la reflexión, ó si ustedes quieren soliloquio, que en la primera.

Pregunté á mi amigo la causa de su preocupación é indecisión, á pesar de que tenía la seguridad de haberla adivinado, y contestóme entre jocoso y entre serio: «Para que todo sea común, ó *cuasi común*, me encuentro con mi PANQUIJOTE en situación parecidamente embarazosa á la en que se encontró mi homónimo, cuando trató de escribir el Prólogo de su obra, y no sé por dónde acometerlo. Hácelo, al contrario, á mí como primero y más insistente, el temor á aquel anatema «nadie las mueva...», *ecétera*, y á que se diga con mofa, que fuí tan osado que me atreví á descolgar de la sagrada espetera la *péñola suya*, aunque quiero y no consigo justificarme, pensando que no es la suya ni parecida, pues ÉL escribió con pluma de ave, y yo con las de acero; ÉL la tajaría á su gusto, y yo las uso como quiso tajarlas el fabricante; ÉL tal vez se haría la tinta que empleó, y algo llevaría en su composición propio y personal del autor, de modo que todo era suyo, mientras que la que yo uso *impórtase* de París, é *impórtale* algunos céntimos al contribuyente, no la he visto hacer, ni menos la he hecho, ni tal vez supiera.

Hay entre él y yo muchas cosas comunes, y opuestamente comunes, á más de las dichas, porque también mi libro se engendró en una Cárcel, si no en el «lugar donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación», en donde toda justa queja y razonable

lamento repercuten, y toda necesidad se prevé, y en lo posible se remedia, pero falta también en él el sosiego, no es lugar apacible; «la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos y el murmurar de las fuentes»; los conozco por lejano recuerdo de mejores y más felices días, y la quietud hace poco menos tiempo que se divorció de mi espíritu, por muchas, muy diversas y no todas justas causas; de modo que las Musas que «por clasificación me hayan correspondido» no tienen grandes motivos para mostrarse fecundas, ni yo, francamente, derecho para exigírselo.

También yo querría llenar los márgenes con notas y acotaciones, para *documentar* mis pensamientos por ser exigencia del uso; pero con la que no puedo cumplir, entre muchas razones, por una principalísima que verá el sabio que me leyere—porque abrigo la esperanza petulante de que también me leerán sabios—y el que no lo sea, no lo echará de menos, pues esa virtud tienen los pensamientos comunes, que no necesitan para ser bien admitidos en el comercio de las ideas, partida de bautismo ni cédula de empadronamiento, al contrario de lo que ocurre con los singulares que precisan ir acompañados de otros como fiadores, y por eso, bien hacen los que no les piden más ejecutoria que la de la sinceridad, y ésta es tan difícil de falsificar como de fingir, y bien comprenderá usted que doy á estos verbos en la ocasión presente, significados que distan mucho de ser sinónimos, pues con el uno quiero referirme al *hacer* y con el otro al *sentir*, cosas que nadie confunde ni debe confundir. En fin, amigo

mío, he huido cuanto he podido de ser ó parecer *uno más adulterado por el estudio*, y no sé si esta ingenuidad podría valerme algún furibundo palmetazo que me inutilizase la diestra, ó por si no lo es en absoluto, la más diestra de las que poseo, para volver á coger plumas en todos los días que me queden de vida. Y todo esto quisiera decirlo yo como desahogo de mi conciencia y justificación de mi aparente osadía (porque hay imperativos que son superiores á la voluntad) pero no sé cómo decirlo, ni por qué lado empezar, ni qué palabras emplear.

Perdón no quisiera pedírselo á nadie, porque á nadie ofendo, ni á nadie le quito nada; recomendarme á la bondad de las gentes no es sistema mío, no he sabido hacerlo nunca, pues siempre he vivido *á guerra galana*, Á PULSO, como un titán de las contrariedades que vencí ó me vencieron, pero no pueden jactarse mucho de su victoria, pues sin ayuda de nadie las acometí á todas, sin ayuda *positiva* de nadie luché, y acabé por no sentir siquiera las amarguras de la derrota. Quien no ha obtenido nunca más que «justicia seca», y no siempre, no sabe recurrir á la misericordia, ni la quiere, y más sabroso me es sentir la verdad y decirla, aunque sea *al lucero del alba*, que obtener un agradecimiento por la adulación. Si fuera oportuno, le contaría á usted un cuento: era yo chico, muy chico, no alcanzaba los tres lustros, y tenía menos amparo que un pino en las cimas del Himalaya; un boticario hipócrita, ex-seminarista, de los que en la revolución de Septiembre, porque suprimió las consignaciones parroquiales

había hecho *colgar los hábitos*, «trituraba á mi presencia, en un mortero de pasta, un ácido, y le dije yo: «los ácidos atacan á los carbonatos; si ese mortero fuera de mármol ¿qué sucedería?» El boticario se quedó callado, y yo, cuando me pareció que tenía tiempo de haber contestado si supiera, añadí: «Usted habrá estudiado Química, pero poco se le conoce».—¡Chiquillo!—gritó persiguiéndome como si le hubiera llamado ladrón. Y lo era, como lo es todo el que ejerce una profesión, ó desempeña un cometido cualquiera con fraude. Después, por motivos semejantes, sufrí también persecuciones piadosas, de modo que en lo de decir verdad soy verdaderamente incorregible. Soy *velis nolis*, «verídico nato», y vea usted hasta qué punto soy indulgente conmigo mismo: no creo que esté el defecto en mí (porque defecto es y no chico, á juzgar por los resultados que yo logro y cosecho) si no en las cosas, que no les veo más que la parte engañosa y falaz, y tanto que no puedo convencerme á pesar de lo que digo, de que ésta es la que veo, sino la otra... Y vea usted, amigo, por dónde puede que sea siempre verdad que las cosas no son como son, sino «del color del cristal con que se mira», y ¿quién puede presumir de tenerlo y usarlo tan incoloro, que no influya nada, absolutamente nada, en el de las cosas que se le ofrecen ó somete á su contemplación y examen? Todas estas razones, muy buenas para habladas entre usted y yo, no sé que tengan fácil acomodo en un prólogo, ni que sean aceptable asunto de él, y sin embargo, yo considero de necesidad decirlas, y otras muchas semejantes, que

ahora omito, y vuelvo á decir, que no sé por dónde empezar, ni qué palabras emplear, ni qué forma adoptar.»

Quedóse callado mi amigo, y entonces díjele yo: Pues de eso déjeme á mí el cuidado, con una sola condición: que usted no verá el trabajo hasta que salga de las máquinas de la imprenta, para que no tenga lugar á arrepentirse.

Aceptó gustoso mi amigo, y hasta me dirigió algunas frases de agradecimiento.

Recogíme á mi casa, procuré recordar lo más exactamente posible las palabras pronunciadas por él, y con ellas mismas salí del compromiso agradable que me proporciona, lector, el placer de saludarte y de decirte que deseo que el libro te parezca á tí tan bien como á mí me ha parecido, que á pesar de haber ido leyendo capítulo por capítulo, y hasta página por página á medida que las iba llenando el autor, no me produjeron fastidio, y me pareció, en las repetidas lecturas, la última la mejor: que te suceda á tí lo mismo, y si no ocurre, haré lo que el autor dice que no sabe hacer: pedirte perdón.

Vale.

DANIEL LLUMEGU.

CAPÍTULO PRIMERO

Aparición del héroe.

Los de no fijo color acamaleonados poderosos hipógrafos que arrastran el rápido y silencioso carro de Aurora Matutina, aparecían, con su regular nunca alterado paso, por el límite último del horizonte, anunciando su presencia con nubes de espeso aliento, que en forma de rocío, en las verdes hojas de las sedientas plantas y en las corolas de las lascivas flores iba depositándose, contrahaciendo esferas que el perpetuo seguidor de la diosa esquiva se complace, antes de disiparlas, en que remeden la más rica y variante pedrería que ha podido desear ambicioso lapidario é imaginar el orfebrero de más fecunda, exuberante fantasía artística, para hacer creer á los madrugadores que las contemplen, que no de volcánicos pulmones de fatigados brutos proceden, sino que son lágrimas purísimas ténuemente destiladas de límpidos ojos, que deben corresponder á delicadas Ninfas, entristecidas y sensibles.

Los pintados pajarillos comenzaban á desperezarse, erizando el suave plumaje y sacudiéndose en las ramas de los contados

árboles del contorno, y la osada alondra, desafiando la rapacidad de las nocturnas aves vagabundas, pretendía escalar el Zenit, remontándose con trinos y escalas penetrantes y rítmicos, como si para siempre emigrara de la tierra, sedienta de las regiones etéreas ó hambrienta de un mundo mejor.

Uno como nimbo levísimamente luminoso surcó velozmente en línea oblicua la atmósfera y vino á apoyarse en la tierra, descomponiéndose en dos bultos de aspecto extraño y opuestos en dimensiones. Parecía sobrarle al uno de ancho lo que al otro le sobraba de largo, y ambos ofrecían las más raras figuras y el ropaje más raro que el mundo ha podido contemplar desde hace muchos años. Era enjuto de carnes uno y largo como un varal, rígido y tieso; obeso y rechoncho y de nada aventajada estatura el otro, de lengua suelta además porque apenas puso los pies sobre la tierra, osciló como buscando ó afirmando el centro de gravedad, y restregándose los ojos con los puños, como si despertara ó quisiera quitarse obstáculos de la vista, dijo, volviendo la cabeza á todos lados y escudriñando el terreno:

—¡Por vida del que nos crió! ¿Dónde estamos?

—Deja que yo me oriente—contestó pausadamente el otro —y podré decírtelo con toda exactitud. A juzgar por las constelaciones y piélagos de mundo en vías de formación y en descomposición que hemos pasado hasta llegar al sistema planetario de que forma parte la tierra; vista la posición de la Luna, que la dejamos á la derecha mano, y las de Marte y Venus, que al uno encima y al otro enfrente de nuestras cabezas tenemos...

—¿Cómo ha podido y puede vuestra merced ver todo eso, si para mí tengo que tan dormido venía vuestra merced como yo, y yo lo mismo que una marmota? Lo que es desde que el señor San Pedro nos dió la palmadita en el hombro, hasta que pisé la tierra, que no hay duda de que lo es, porque me huele á matadero, y las cosas también por el olor se han de conocer, hasta entonces, digo, tanto sabía por dónde iba, ni aun si iba, como lo que pasa en China.

—A tí ha podido pasarte todo eso, pero no á mí, que «mis arreos son las armas, mi descanso el pelear y mi dormir siempre velar».

—Sea todo por Dios, y ojalá no pare en daño, que yo he oído decir que el que tiene un vicio, si no lo hace en la puerta lo hace en el quicio, y milagro será que... ¡ti-

jeretas han de ser! Pero ¿dónde estamos?

—Ahí podías haber llegado antes y antes fueras contestado, pues sin auxilio de astrolabios ni otro algún instrumento, te lo he de decir con tanta exactitud que has de quedar admirado. Mira, vamos á deducir la línea meridiana, y por ella sacaremos la consecuencia.

Sonó en ésto, y ambos escucharon, la voz de un pausado caminante, que en son quejumbroso y triste como el oficio parvo de difuntos, cantaba:

¿Qué rasón hay en el mundo
pa qu'un rico puea tené
hasiendas y mayorasgos
y un pobre no puea comé
ciendo esclavo del trabajo?

—No se moleste vuestra merced, mi señor don Quijote — dijo regocijadamente Sancho—que yo le diré dónde estamos sin necesidad de buscar leñas y medios años, ni nada de lo que vuestra merced ha dicho; estamos en España, y en Dios y en mi ánima que debe de ser en Andalucía, si no es andaluz extranjero el que pasa por ahí.

—Diráslo porque siempre han sido los andaluces lacios y remisos para el trabajo, y de lo que abunda en el corazón habla la boca.

—No lo digo por eso, que no sé si son ó no son lo que vuestra merced dice, aunque podría preguntar que si lo son ¿quién les hace sus cosas? y yo, ó entiendo poco, ó no se queja ese del trabajo, sino de que trabajando no come, achaque viejo en la tierra y del que yo puedo hablar más que vuestra merced, y sé que para el pobre la alegría de la vendimia no llega á San Martín.

Volvió á sonar la voz del mismo melancólico caminante, pero con acentuación como si la animara un trasunto de ira, con la copla siguiente:

«Algún día querrá Dios
que la tortilla se vuelva
y los pobres coman pan
y los ricos coman hierba.»

—Mucho tendría que volverse y quedaría siempre del mismo lado,—dijo Sancho para sí comentando el cantar, y en alta voz: —¿No lo decía yo? Tripas llevan piernas, y el que por comer no se mata, patarata. Harto veía yo que ese no se quejaba por lacio ni por remiso, ni de la reuma ni del hipo, aunque del hipo bien podría ser por sobra de aire y falta de condumio en el estógamo. Por cierto que barrunto que ese cantar lo he oido yo más de una vez, y

siendo asi, bien se puede decir que no pasan días por la tierra, y que el que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá, que de casta le viene al galgo ser rabilargo, y que cambian los tiempos, pero no los lamentos.

—¿No te valdría más, truhán, endilgador de malos refranes y peores sentencias, preguntarle á ese hombre dónde estamos?

—Ya lo haré cuando sepa si va ó si viene, si se aleja ó se acerca.

—No porque yo lo necesite saber de él, sino para que tú salgas de la duda y te confirme lo que tengo dicho del punto en que estamos.

—Eso mejor lo confirma callado, porque ó yo soy un porro, ó vuestra merced no ha hecho más que decir que iba á relucir no sé qué leña.

—Mala leña y mal relucir de Dios, corruptor eterno y sempiterno de vocablos, que ni aun *sucitado* dejas de matarlos á ellos.

—De esos homicillos no pide cuenta la justicia humana ni ninguna, de modo que no deben de ser tan gran pecado, y déjeme vuestra merced que los diga como salieren, porque si no el miedo de errar hará que me vuelva mudo, y no sé qué será peor, si ha-

blar no bien ó no hablar nada, cuanto más que vuestra merced me entiende y todos me han entendido; de modo que sonando la campana no hay que preguntar si tiene badajo ó cosa parecida, ni es cojo todo el que lleva muletas, y si adivinas cuántos peces cogí te doy ambos.

—Pero es preciso que te corrijas, porque además vienes *arcaico* en demasía, que así llaman al hablar anticuado, y si allá hubieses estado aislado, ó fueses uno de aquellos residentes contemplativos á quienes la grandeza y magnificencia del Todopoderoso y sus admirables atributos tienen absortos y en eterno éxtasis glorioso, tendrías disculpa; pero no habiendo sido así, sino que te has comunicado incansablemente, no la tienes.

—¿Pues no le parece á vuestra merced que hable como sepa? Porque tengo para mí que esto del hablar es como la cara, que cada uno la tiene á su modo y no siempre á su gusto.

—Bien podría ser, pero también yo tengo para mí que no se habla como quien se es, sino como con quien se vive.

Con un aire más movido, parecido al del que llaman seguidillas, volvió á sonar la voz, cantando:

A la yegua tordiya
campaniyera,
y á la hija del amo
¡quién la cogiera!
á la vera del cabo
con la coyera.

—¡Esos son otros López! Ese quiere ir por atún y á ver al Duque,—dijo Sancho y gritó:—¡Hola! ¿Quién va?

—¡Internacional!

—Por luengos años. Diga, buen hombre, ¿quiere decir dónde estamos?

—¿Dónde? En la tierra,—contestó el cantante.

—Eso creemos; pero ¿en qué parte de ella?

—En los llanos de Caulina.

—Eso, á mi parecer, es nombre arábigo ó yo sé poco,—y añadió en alta voz don Quijote:

—¿Estamos por caso en Africa?

—En Africa entovía no, pero camino.

—Sí, todos van á Roma—dijo Sancho—pero ¿qué tierra es ésta?

—Estáis ostés en término de Jerez de la Frontera,—y rompiendo de nuevo á andar dijo:

—¡Ea, salud!

—Que esa no falte y vaya con Dios, hermano—replicó Sancho.

—¡Jerez de la Frontera!... Grande y excelente ciudad, célebre por sus caballos, que con los de Córdoba la industriosa pueden competir, y por los más exquisitos vinos que la funesta planta de Noé produce en toda la redondez de la tierra. Fortuna hemos tenido, hijo Sancho, si no ha sido determinación del Altísimo, como suya sabia, en venir á tomar tierra á este rincón de ella, que es la riqueza compañera y aun progenitora de la hospitalidad y de la hidalguía, nobles cualidades que siempre lo han engrandecido.

Había ya Sancho espaciado la vista, y á favor de la poquísima claridad que comenzaba á esclarecer la atmósfera reconocido el terreno, y decía, como si quisiera arrastrar algo que se obstinaba en huirle de la memoria.

—Jerez, Jerez, jerezanos, jerezanos, lisos, lisos,—y luego dijo de corrida:

—Por cierto, mi señor don Quijote, que ahora me acuerdo de que cuando tuvo aquella batalla con los rebaños de ovejas y carneros, que á vuestra merced se le figuraban ejércitos, y antes de entrar en ella, decía: «por allí vienen los que se alegran en los *liseos* jerezanos prados», y si vuestra merced lo decía por lo de lisos y pelados, en Dios y en mi ánima que tenía razón.

—Veo, Sancho amigo, que á pesar de los siglos, de tu trato con los bienaventurados y hasta de tu paso por el Purgatorio, (pudiendo estar, como estarás, agradecido á la Divina Bondad porque no te relegó, como merecías, al lugar de las eternas lobregueces, pues no consta que hayas muerto confesado, como debe todo buen cristiano), á pesar de todo, digo, Sancho, que veo y noto que no has perdido la garrulería zumbona *é irónica*, como dicen ahora por aquí, y que sigues tan socarrón como en los mejores tiempos de nuestras andanzas *mundiales*, como también ahora dicen y yo adopto, y no digo mundanas ni mundanales, porque no te se antoje que quiero aludir á algo que no se compadezca con mi nunca quebrantada castidad ó que no esté perfectamente dentro de los Mandamientos de Dios y de nuestra Santa Madre la Iglesia, así como en los Códigos del más depurado honor, como conviene á todo perfecto Caballero, celoso del lustre inmaculado de la andante Caballería.

—¡Válame Dios, en quien gozo y á quien adoro con toda mi alma (que si ha sido pecadora ha dejado el mundo contrita, y ésto bastó para mover á gracia la divina justicia), válame Dios, vuelvo á decir, y cuán más fácil es criticar que ejecutar, ver los

defectos ajenos que conocer los propios, mi señor don Quijote! Yo no me habré curado de nada de lo que vuestra merced ha dicho, pero á vuestra merced le pasa algo de lo mismo. ¡Bien dijo aquel que dijo: «genio y figura hasta la sepultura», y yo pudiera ó podría añadir: «hasta más allá de la sepultura»!...

Quedóse don Quijote un momento amohinado y perplejo, y replicó:

—Razón tienes, Sancho; es que al recobrar, por permisión ó mandato de lo alto—que así quiere honrar de nuevo á los olvidadizos mortales—la humana forma y materia, vuélvennos con ellas los viejos defectos y errores, bien que atenuados, de que estamos purificados y exentos en la residencia celestial, donde toda verdad brilla y todo conocimiento es evidente, como iluminados por Aquél que da luz universal, siendo Él mismo luz y verdad. *Esto sentado*, no me negarás que siendo la imperfección y el error inherentes á la naturaleza humana, la nobleza y «altruísmo», que antes diríamos amor al prójimo ó caridad, ó sacrificio por lo justo, así como el acendrado amor á la buena reputación y limpia fama de la Caballería andante ó de los Caballeros andantes, son así como la triaca magna contra los venenos de los egoísmos

y las lacerias del egoísmo. Porque has de saber, Sancho dos veces bien aventurado, la primera porque has andado conmigo, y la segunda porque gozas de la eterna, que son dos géneros de inmortalidad envidiados y envidiables...

—La primera le perdono, mi señor don Quijote, que no fuí nunca aficionado á andar en lenguas de todo el mundo, pues si alguna vez me envaneció el andar en historias, es porque no sabía lo que eran, y á la segunda me atengo; y si no fuera porque sé que Dios es irrevocable en sus fallos, temería que le pidiese cuenta estrecha de la herejía esa que vuestra merced acaba de decir, posponiendo la segunda á la primera.

—Él sabe que puse la primera en el orden del tiempo, sin prelación de jerarquías, que no soy tan blasfemo como todo eso que la suspicacia tuya, siempre maliciosa y acerba, ha pensado!... Vienes, Sancho ó demonio, que dudo no lo seas por mi mal, mucho más respondón é insidioso que solías, y he de advertirte que al permitir quien puede que vuelvas á tener la misma figura y cuerpo que tenías, es por merced especial á mis extraordinarios servicios, y lo hace con la condición de que sea con la misma sumisión y dependencia que tenías.

—No me lo diga vuestra merced dos veces, mi señor don Quijote, porque si no me muero de repente y al cielo me vuelvo. En los nidos de antaño, *ecétera*. ¡Pues bueno anda el mundo ahora para dependencias y sumisiones á *utranza*, después que, según me ha dicho un menestral ó proletario, que ingresó en mi coro hace poco más de una revolución sideral, que son poco más ó menos siete años de la tierra, ha aparecido una señora que la llaman doña Emancipación, y que puede que sea algo así como su Dulcinea, que en gloria esté, donde no la ví ni lo deseo, y menos que la vea vuestra merced, por si acaso allí también le trastorna á vuestra merced los cascos, que noto que aún no los tiene muy seguros y atornillados.

—Aquella mi Dulcinea y esa doña Emancipación que tú dices, has de saber, Sancho, que son EL IDEAL. Ahora sé que mi Dulcinea, por quien tantas y tales empresas acometí, no tuvo existencia real, sino que Dios permitió que se formase en mi cerebro, reblandecido por lecturas á propósito para engendrar fantasmas, según un sabio averiguó y yo confirmo, y ella fué suficiente para que yo realizase hechos que, como no has de tardar en ver, son asombro de las edades, y notarás de paso que no te

engañé cuando te decía que mis hazañas se habían de esculpir en mármoles y en bronces, y mis proezas narradas en todas las lenguas del mundo conocido.

—A ese *i-de-al* que vuestra merced dice, le habrá quitado vuestra merced algo: será hidalgo.

—No hay nadie que, supuesta la libertad, le pueda quitar nada, es cosa que atañe al espíritu y á la «fantesía». Es el ideal una fuerza generadora de otras, y al hombre le es tan necesario como las aspas al molino, que sin ellas no se movería y resultarían perdidos así las suaves y ténues brisas y los vientos ligeros, como los impetuosos aquilones y furiosos vendavales; pero ha de ser en una justa medida: ni tan intensamente sentido que produzca vértigo ó alucinación, ni tan tibia ó débilmente que no dé apenas señales de existencta ó las dé por bostezos, que aparte lo grosero, no fueron nunca indicio de grandes energías y aun lo son más bien de pereza y flacidez. Por eso no me parece mal que haya aparecido esa señora que tú llamas doña Emancipación, de la que por lo visto has oído hablar y á la que yo conozco más que de oídas. Y es preciso que tú sepas de hoy para siempre, que dicha señora viene á hacer innecesaria toda la orden de Caballe-

ría y á todos los Caballeros andantes, porque quiere que cada uno sea *sí mismo,* que nadie lo mande ni gobierne, que no haya entuertos ni cautivos, ni ningún otro género de felonía, y que la tierra sea para todos y todos para la tierra.

—Lo postrero que vuestra merced ha dicho lo logrará seguramente, porque no es ella madre amorosa que da para no quitar y sin réditos, sino que los cobra anticipados en sudores y fatigas. Díganlo si no mis lomos, que si me acuerdo aún me duelen de tanto haberme inclinado sobre ella para arrancarle, cuando Dios quería, un mísero mendrugo, y luego lo prestado en materia lo recoge con tanta codicia, que para que lo devolviese ahora para este menester que vuestra merced sabrá, ha sido necesario Dios y ayuda: toda la suprema voluntad de Aquél en cuyo seno estamos—¡mil y mil veces sea loado, pues nos crió!—á quien ninguna fuerza se resiste y para quien no valen rebeldías.

—Así es la verdad y es lástima que no te hayas mostrado tan fervoroso creyente y tan abnegado ejercitante cuando militabas en la vida por fuero de Naturaleza, y tal vez gozarías ahora en coro más sublime del que te han designado. Si siquiera te hubieras dejado dar aquellos azotes y los

hubieras recibido á título de penitencia aplicada por tus pecados, ó no me hubieras defraudado fingiéndolos, que por tu mano te los cobraste á tu sabor y antojo, te habrías ahorrado tal vez, tal vez, el paso por el Purgatorio.

—En verdad que hoy me pesa, porque tengo averiguado que dolor pasado es dolor no tenido, y si él tiene la virtud de purificar conllevado resignadamente, lo que deberíamos de apetecer son dolores.

—Eso dices ahora, á fuer de galopín que siempre has sido; pero si te engañas á tí, no engañas á quien quieres. ¡Que te los hubieran ofrecido antes de ir á de donde vienes, aun ponderándote la eficacia de su virtud purificadora, como me consta que te la han ponderado, porque Bernardos, Benedictinos, Mercedarios y otras órdenes había profusamente esparcidos por el mundo que no tenían para eso reposo en la lengua! Y aun yo mismo, á quien debías de haber acatado por ser tu señor natural y además voluntariamente aceptado por ti, traté de convencerte de las excelencias del padecer resignado; pero hablas ya como harto que tiene el mantel siempre puesto y delicados manjares y sabrosas viandas asegurados. Que te los hubieran ofrecido antes, vuelvo á decir otra vez y diré otras

ciento, esos dolores que ahora te parecen buenos, siendo así que solías quejarte alto y desmesuradamente de los leves y pocos que tuvistes, y más que me acuerdo que en cierta desventurada aventura y como queriendo disculpar tus lamentos, no sé si razonables ó no, me dijiste: «¿Qué mayor desdicha puede ser que aquella que aguarda al tiempo que la consuma y á la muerte que la acabe?»

—Del hablar inútil y altisonante más perjuicio que provecho se puede seguir, y todo eso hubiéralo dicho yo en dos palabras y sin mentar partes, porque vuestra merced mismo tiene dicho que toda comparación es odiosa. ¿Tenía vuestra merced mas que decir que no se acuerda el harto del hambriento ó que barriga llena á Dios alaba y que no hay peor cuña que la de la misma madera? Porque hágole saber, mi señor don Quijote, que á mí también se me alcanza que no son los curados los más propinguos para compadecerse de los que sufren, y menos si les va algo en ello, porque tal hay que se manifiesta compasivo cuando no está en su mano el remedio ó no le cuesta nada la medicina, y otros viendo el mal y conociéndolo, aprovéchanlo para su bien.

—Verdades dices, Sancho, á veces, que,

como en otra ocasión te he dicho, no parece sino que has estudiado; luego concederásme que está muy puesto en razón, y es caso impuesto por la misma necesidad y «deriva de la naturaleza de las cosas», que los mismos que padecen sean los que busquen y se procuren el remedio, puesto que de nadie más pueden esperarlo, á lo menos completo y liberal é intencional é inteligentemente dado.

—Déjese vuestra merced de todas esas monsergas, porque columbro que el caso á que viene doña Emancipación es de materia tan sutil como el azogue, que si quieren cogerlo á puñados se escapa siempre y es preciso ponerlo en propensión de que haga chorro, y aprovecharlo para el trasiego. Poco sé de esto, pero así Dios mejore mis horas allá en lo alto, si está en su santa voluntad, como en eso no tienen parte ni arte la intención, la inteligencia ni la liberalidad, que es tímida, y como histérica no se puede contar con ella para una obra constante y duradera, y las otras demasiado parsimoniosas, como señoras encopetadas, y como no tienen tampoco ojos de lince precisamente, pues siempre se dijo que pasión quita conocimiento, van muchas veces á tientas, y tienen no pocas que desandar lo andado ó dejar que lo desande lo mismo

que movieron, quedándose ellas admiradas, pero no convencidas.

—Pues así podría estarse la humanidad como al principio del mundo, y tú y los como tú nada dirían.

—Es que no habría como yo, si no yo como todos, porque dígame vuestra merced, por su vida, todos los que á disculpa, ó como dicen, á título de gobernalla la han zarandeado y movídola como cubilete de dados, remecido como medida de avaro y tratádola como chicuelo á nido de pájaros ¿qué han hecho sino evitar que fuese medrando y ajustándose según la naturaleza y sus necesidades pedían?

—Haste metido, Sancho, en honduras impropias de tu caletre y hasta incompatibles con tu mismo pensamiento. Las cosas son como son porque no han podido ser de otra manera, y el por qué sería muy largo de decírtelo. Bástete, como síntesis y compendio clarísimos de cuanto pudiera decirte, que la injusticia no la busca el hombre con intención y conocimiento de producirla. Lo que hay es que ella, cautelosa y vigilante, acecha sin cesar, se enseñorea poco á poco, y cuando se ha notado su presencia hay ya quien está bien avenido con ella y hasta quien no la conozca, porque apariencias de justicia y el hábito la encubren,

y hay que empezar por despojarla de su envoltura, desenmascararla, descubrirla y darla á conocer. Esto, que así dicho parece tan sencillo de hacer, es muy trabajoso, porque las obras del tiempo sólo el tiempo las puede deshacer, y como aunque tú digas lo contrario, en las cosas que atañen á los remedios hay que poner intención, porque el mal habráse podido producir sin ella, pero el remedio no, porque... porque es así y así ha sido y será siempre, y basta, que ésto lo saben los chicos de la escuela y aun los que no la han visto nunca. ¿Te has quitado tú alguna espina antes de tenerla ó sin saber que la tenías? Pues á eso viene doña Emancipación; á quitarle á la humanidad la espina de la desigualdad, que se ha dado cuenta de ella desde que se ha averiguado que todos los hombres vienen al mundo por las mismas vías, y en virtud del mismo proceso, y hasta con el mismo objeto, que es su fin, y se quiere que los medios no sean usurpados por unos, privilegiados, á otros, plebe infinita y ya pensante y capaz de discurso, y como están lejanas las causas que produjeron y determinaron esa desigualdad, y las de presente no son examinadas minuciosa y singularmente, pues cátate que todas se atribuyen así, en globo, á la servidumbre que

imponen los ricos á los pobres y los gobernantes á los gobernados. Y has de saber, que esa doña Emancipación que tú dices, no viene sola, sino que viene ayudada y asistida de una dueña que se llama Solidaridad, que es una gentil y robusta doncella, ó por la edad puede considerarse tal.

—¿Dueña ha dicho vuestra merced? No quisiera ni oirlo. ¿Dura aún la aborrecible raza de dueñas? Pues por muy gentil y muy robusta que sea, no le arriendo la ganancia á esa señora doña Emancipación, como se vea asistida de dueñas, aunque se llamen doñas Solidaridades. Siempre fueron esas señoras tornadizas como veletas, antojadizas como cabras y falsas como mulas de alquiler, que á lo mejor cocean y tiran la carga, y á esas y otras tales no hay lealtad que pedirlas, mientras no les quiten, á lo menos, la alquitara en que se estila el flato, que á quien tiene aire en el cuerpo llévalo el viento.

El parpadeo del despertar del día había cesado, y ya se esparcía sobre la circular superficie visible de la tierra una claridad uniforme y el astro rey se anunciaba con impacientes rayos que por el Oriente destellaban, cuando acertó á pasar un hombre con una manta al hombro, plegada en forma de alforja, una escopeta que empuñaba

por el último tercio del cañón, apoyando el resto en el hombro como astil de herramienta, y un perro canelo, que andaba tan unido á su amo como si éste lo llevara atado. Pasaba sin haber reparado en los dos recién llegados á la tierra y llevaba trazas de querer adelantar mucho camino. Sonó á su espalda la voz de Sancho, diciendo:

—¡Hola!

Volvió el de la escopeta la cabeza, y no bien se hubo fijado en las dos extrañas figuras, especialmente en la de don Quijote, abrió el compás de los pies y moviéndolos con rapidez, corría como quien huye de un peligro imprevisto y terrible, sin que pudieran detenerle las voces de Sancho, que le estimulaban, por el contrario, á correr más y más.

Era un cazador furtivo, de los que en el país llaman «corsarios», que no teniendo ni un punto de tierra «que puedan decir que es suyo», buscan poco menos que por los mismos motivos, con la misma cautela y pocas menos tretas que las alimañas del bosque, su comida y la de los suyos, en los grandes cotos que grandes señores reservan y guardan para su esparcimiento y recreo y para el de los amigos en ostentosos convites, y creyendo quizá el hombre, hoy que tantos uniformes y formas visten y re-

visten la autoridad y sus agentes, que aquellos dos tipos raros podían pedirle la licencia de caza y el permiso de los dueños del terreno, empleó el ordinario por él muy sabido recurso de dar explicaciones convincentes en tales casos: huir.

CAPÍTULO II

Que trata del efecto que los aparecidos produjeron en unos pastores y los pastores en ellos.

—Menester será, pues, Sancho, que salgamos de este despoblado y busquemos algún camino, que siguiéndole nos guíe á donde tropecemos con la gran ciudad de Jerez, de la que yo sé que encuentran favorable acogida hasta los extranjeros, porque es tal la virtud del licor prodigioso de sus renombradas viñas, que llegando á los más apartados rincones de la tierra, hace que todo el mundo pronuncie el nombre de la Ciudad magnífica como de cosa propia, y ella de alguna manera corresponde á este cosmopolitismo, sólo comparable al de la Arabia, por su oro, y al de Roma, por ser Capital del Orbe católico y haberlo sido del mundo, lo cual es más, pese á la universalidad que los otros vocablos quieren abarcar.

—Será todo lo que vuestra merced ha dicho y algo más, pero si por las vísperas se conocen las fiestas y si mal camino no conduce á buen lugar, éste en que estamos no

parece antesala de ningún paraiso. ¿No ve vuestra merced esta tierra que está deseando que la hurguen para desdoblarse en fruto como una vaca rolliza? ¡Pues lo que es la temperatura del climen!... Pues vaya vuestra merced reparando: no se ven por ahí más que chaparros, lentiscos, chumberas y palmas, y fíjese en la labor de aquellos sembrados, que no puede ser más somera.

—Así convendrá cuando así la hacen, y no te metas á criticar de lo que no entiendes, que no en todas partes hay que hacer lo mismo y no todas las tierras piden la misma labor.

—Así es verdad, que en cada tierra hay su uso como en cada rueca su huso, pero todas piden cuidado y aquí ¡por vida de San Onofre, rey ó emperador! ¿En qué lo nota vuestra merced?

—En todas las casas grandes hay un rincón descuidado, porque bastan las demás estancias y exceden para las necesidades de los moradores, y lo que tienen más en uso y á la mano, para que les venga el tiempo escaso y las fuerzas y la voluntad tengan suficiente empleo. No has de juzgar del todo, Sancho, por una de las partes pequeña y además ligeramente examinada, si quieres alejar de tu juicio el error, que es

compañero inseparable de la precipitación, así como casi nunca se junta con el reposo y la madurez, que son hijos de la reflexión.

Sin dejar de hablar, iban andando por un terreno ligerísimamente alfombrado de césped de un amarillo verdoso, salpicado aquí y allá de matas de especies varias, que le hacían parecer viejo tapiz, roto y desgarrado á trechos irregulares. Dirigíanse á una cinta de terreno trillado que á lo lejos les parecía camino de herradura, y aspiraban á alcanzarla para dirigirse por ella al lado opuesto de la salida del sol, porque, según deducción de don Quijote, siendo Jerez frontera de la costa, hacia aquel lado había que buscarlo, puesto que según vulgar observación, el sol nace y muere en el mar. Andaban con pasos tácitos, ni aún, aunque las rozasen, hacían mover las hierbas, y así, antes de llegar á un vallado formado de zarzas enredadas con raquíticos arbustos, vieron que tres individuos estaban indolentemente tumbados á la sombra del vallado, y que un perro que les acompañaba comenzó á ladrar erizando los pelos del lomo, retrocediendo y recogiendo la cola entre las piernas, como si quisiera preservarla de algún peligro. Avisados los tres indolentes por la intranquilidad del perro, volvieron la cabeza hacia

donde éste dirigía la suya, y no bien vieron las dos extrañas figuras, escupieron una interjección, y como movidos por resorte poderoso, se pusieron de pie, echando á correr con más ligereza que gamos, y los seguía el perro, que de cuando en cuando, sin modificar su espeluznamiento y contracción, volvíase y daba tres ó cuatro aullidos, que aumentaban el pavor de los que corrían con él.

Paráronse en firme don Quijote y Sancho y faltó poco para que se echaran á reir; mas reponiéndose don Quijote, dijo en tono melancólico:

—No podía haber pensado nunca que había de llegar á ser espantajo para las gentes; por el contrario, pensaba que por mi natural afable y caritativo, debía de tener fácil asenso y benigna acogida por todos; pero ya has visto, Sancho, que sin haber visto en nosotros ademán de fiereza ni acto alguno de acometividad, aquel pobre hombre de escopeta y perro primero, y éstos ahora, han huído como si fuésemos basiliscos ó aspides que íbamos á morderles.

—¿Se pensará vuestra merced, señor mío, que así, á los que vienen del otro mundo, se les espera sin más ni más? Y más si esos hombres no saben, como yo imagino, conjuros ni exorcismos.

—No hace falta que hayan leído á Jerónimo Mengo para que vean que nosotros, ni somos ni parecemos ánimas en pena, ni espíritus malignos.

—Y en buena hora lo diga vuestra merced, que no somos ánimas en pena ni espíritus malignos, y mal año para los que lo sean, pues nosotros bien nos estamos en la gloria como unos patriarcas, y si no que vengan y nos metan el dedo en la boca. ¿Pues sabe vuestra merced lo que haremos de ahora en adelante? A los primeros que topemos los conjuraré, que es cosa que yo bien sabía hacer, por habérmelo enseñado de tres ó cuatro maneras algunas viejas de mi lugar. ¡Y para qué más si no que vuestra merced mismo lo haga, ahora que me acuerdo, pues vuestra merced me conjuró á mí mejor que un fraile franciscano, cuando el rucio y yo nos caímos en la cueva cerca de la casa de los Duques?

—Todo eso sabría yo hacer, Sancho, si fuese oportuno; pero como no lo es, dejaremoslosconjuros para mejor ocasióny haremos loque convenga. Ahora, por lo pronto, seguiremos á esos hombres, que sin duda alguna se han encaminado á poblado, y sin querer nos servirán de guía, por las pisadas, ya que no podamos seguirles los talones por la velocidad con que los mueven.

—Por Dios que no he visto en mi vida mover las tabas con más donaire; no necesitan esos, por lo que se ve, auxilio de galgos para coger liebres. Verdad es que no les estorban las carnes, ni mucho la ropa y deben de estar ejercitados, pues no parece sino que llevan alas. Pero repare vuestra merced: ahora se han parado en aquel altillo y parece que riñen, por lo que mueven los brazos, y uno quiere volverse á atrás y los otros se lo estorban.

—Es muy natural condición de la villana gente buscar lo mismo de que recibieran espanto, para escarnecerlo, si lo hallan inofensivo, en vez de avergonzarse de su cobardía é irreflexión, que les llevó á dejarse arrastrar del movimiento primero, común á todos aquellos que no tienen más luz ó poca más luz que la del instinto. Y por Dios, que si eso intentan, aunque sin armas y á pie, puede que les haga experimentar el rigor no decaído de mi brazo, al que prestará energía la indignación de la ofensa inmerecida. Mas no harán tal, que si cada tierra produce sus frutos, no los habrá aquí de bellaquería é innobleza.

Habíanse parado, en efecto, los fugitivos, y discutían entre ellos si era ó no cuerdo correr de dos hombres que, aunque parecía que no pisaban, dos hombres eran,

por raras y estrambóticas que su figura y vestiduras fuesen, y tal vez se decidiesen á no huir ó mejor dicho á no seguir huyendo, si no fuesen tenidos en cuenta, más que su parecer, que apenas podían tenerlo, la extrañeza y espanto del podenco, que era para ellos un suplemento de los medios de percepción de que usaban, y acostumbrados á seguirle en otras indicaciones, en aquella, con más motivo, no tuvieron por tranquilizador el espanto de que el can daba muestras, y así como habían de pensar otra cosa, ó no pensar nada, pensaron y acordaron recoger una escopeta y un retaco viejísimos que por allí escondidos tenían, puesto que promiscuaban, más de lo que sus amos quisieran, con el pastoreo la sigilosa caza á lazo, y de cuándo en cuándo la no tan provechosa y muy menos sigilosa á tiro. Tomada esta resolución, tomaron bien pronto las armas y pusiéronse al acecho de la dirección de don Quijote y Sancho, y viendo que era la misma que ellos habían seguido, se achaparraron entre unos y esperaron, riéndose no, pero sí gozándose ya del *susto* que iban á dar á aquellas dos figuras, en las cuales querían ver semejanza con algunos de los *pasos* que observado habían en las procesiones de semana santa, para ellos casi única manifes-

tación que de existencia les daba la Iglesia, y únicas funciones de ella á que concurrían, por lo gentílico y carnavalesco que en ellas predomina. Ven en cada disciplinante y en cada uno de los per-onajes que más sufrieron ó se singularizaron en el drama sublime de la redención y que la piedad imita en sus vestiduras hipotéticas ó reformadas por el capricho, una máscara, y en el recogimiento de todos la chocarrería de parodiantes de poca fe, y como dicen que de lo trágico á lo cómico no hay más que un paso, lo dan ellos, y es lo mismo que si lo diera el objeto de su contemplación. Las mismas santas imágenes les inspiran pensamientos y dichos que robustecen las doctrinas de los iconoclastas.

No podían, pues, inspirarles gran respeto las figuras de paramento ó principales á que supieron compararles, y aún, aún, no es temerario decir que les tenían una secreta é inexplicable inquina, tan secreta é inexplicable, según fácilmente se deja ver, como infundada.

Así es que iban siguiendo, con fruición no exenta de temor, todas las *ondulaciones* de los pasos que daban los acechados, y cuando los tuvieron á tiro, dispararon dos con intervalos de segundos.

—¡La Santísima Trinidad de Gaeta nos

valga, mi señor don Quijote—gritó Sancho acongojado,—que esos malos cristianos nos asesinan á mansalva!—y echóse cuan largo era.

Y ¡cosa rara! algunas de las ramitas de los vegetales sobre que cayó, salían por encima de él como si en él mismo nacieran, sin detrimento de ellas ni detrimento aparente de él.

Don Quijote miró hacia donde los disparos habían sonado, cuyo humo aún se veía, é hizo ademán de hacer la cruz característica de la bendición cristiana, pero deteniéndose á mitad de ella, dijo en tono enérgico y brioso:

—¡Los incapaces de Sacramento no son dignos ni de la señal del que los instituyó!... ¿Qué mal, gente foragida y mal criada, os han podido hacer dos inofensivos caminantes, para que tan descomunalmente los acometáis? ¿Qué para que con mortíferos aparatos los ultrajéis?...

—¡Túmbese por vida mía, mi señor don Quijote, que se han puesto de pie y veo que van á preparar otro arcabuzazo, y si de los otros hemos salido bien, de éstos Dios sabe cómo saldremos.

—A Él lo has de encomendar, Sancho, y además ¿haste olvidado de con quién vienes?

—No lo olvido, pero también sé que vuestra merced es valiente con otras clases de armas, y si no acuérdese qué tal me dejó en la aventura del rebuzno de los alcaldes ó regidores, solamente porque había por allí algunos con arcabuz.

—No son todos los tiempos iguales; quienes tienen ganada la inmortalidad, no es mucho que no sean cobardes, y yo no lo he sido nunca, aunque á tí te haya parecido otra cosa, y si tú, Sancho, tienes algún miedo, es por los residuos de tu ingénita cobardía. Levántate y sígueme, pues, y déjalos que tiren, que no pueden ser más que algunos malandrines mal intencionados que no conocen las leyes de la hospitalidad ó que tal vez nos han tomado por fantasmas, como tú con muy buen sentido has dicho.

Alentado por la serenidad y arrojo de don Quijote y convencido de que los disparos habían resultado inofensivos, porque no sintió dolor ni se veía lesión, siguió Sancho á don Quijote, quien denodadamente le adelantó algunos pasos en dirección á los imprudentes provocadores, quienes, viéndoles decididos é ilesos, y no con las impedientes heridas que les suponían, no fiándose ya del perdigón lobero con que habían cargado las armas, ni de su punte-

ría, cierta casi siempre en blancos menos voluminosos, echaron de nuevo á correr como almas que piensan las va á llevar el diablo, temerosos, no ya sólo de las dos figuras, sino también de haber disparado contra ellas.

Al ruido de los disparos apareció en lontananza un guarda de campo, caballero en una yegua y con larga escopeta colgada en el arzón de una silla vaquera, que al menudo trotecillo de su yegua se encaminó hacia los bultos movibles que más próximos veía, y á medida que se acercaba á ellos iba acortando el trote de su tordilla, y hasta se paró dos ó tres veces, como quien trata de cerciorarse de lo que ve ó duda en la resolución que ha de tomar, acabando, por fin, por acercarse paso á paso y lentamente, hasta que calculó que podría ser oído sin esfuerzo.

—¿Se puede saber qué buscáis ostés por aquí?—gritó.

—Mejor fuera que saludara vuestra merced en nombre de Dios, como Cristo manda y la Madre Iglesia enseña,—replicó Sancho.

—Déjalo, Sancho, que hace lo que sabe, y además debe de estar en lo suyo, que es motivo para muchas gentes de envalentonamiento lindero de la soberbia, que si no

les dispensa, les aconseja á veces que no tengan miramientos.

Y dirigiéndose al guarda, gritó:

—Buscamos, buen hombre, el camino de Jerez.

—¿Sois ostés forasteros? Aunque bien mirado no hay más que verles para conocerlo—y fué acercándose más confiado.

—Sí, somos forasteros de la tierra—le replicó Sancho.

—A mí no hay tús tús, que soy perro viejo, y es ya duro el alcacer pa zampoñas; si sois ostés forasteros es una cosa y si no es otra, porque esta es una propiedad y un vedado, y nadie puede entrar aquí, ni tirar tiros.

—En lo de entrar, no ha estado en nuestra mano evitarlo; quien se extravía y no sabe el terreno que pisa, está muy sujeto á yerro, y de los tiros nada podemos decirle, sino que los hemos oído y Dios perdone á los que los han tirado.

Por el comedimiento y casi humildad de don Quijote, el guarda se le fué aficionando y perdió todo el recelo que lo exótico de sus vestiduras y lo singular de sus figuras habían despertado en él, y ya se incorporó á ellos sin vacilación alguna.

—Según eso, ostés no sois de por aquí; debéis venir de muy lejos, porque esa ma-

nera de vestir tampoco por aquí se usa, y yo, á decir verdad, no la he visto nunca.

—Poco será lo que habéis andado entonces.

—No he salido nunca de estos contornos, pero he visto gentes por ellos de muchas cataduras y hechuras; ostés no seréis españoles, por el habla...

Y metiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó de él la petaca y se la ofreció á don Quijote, diciéndole:

—¡Eche osté un cigarro!

—¿Un cigarro?... No he oído hablar á nadie más que de cigarras y cigarrones, y éstos no se los he visto soltar á nadie, sino antes bien perseguirlos y destruirlos como insectos dañinos que son.

Sonrióse el guarda, que era un buen vejete noblote y honrado, y dijo:

—Estos cigarros no son de esas; osté no sabe, por lo que se ve, lo que es un cigarro.

Y ya no tanto por satisfacer él la gana de fumar, como por producir admiración en aquellos seres que por esto sólo reputó inferiores, y gozarse en ella, lió pausadamente un cigarro de un tabaco de Gibraltar de que por allí hacía fácil acopio, se lo puso en la boca y de una caja de cerillas extrajo una, *amorfa* por más señas, que al

levísimo contacto con el reactivo chascó en llama fija en la velilla.

—¡Bendito sea Dios y su divinísima bondad—exclamó Sancho—y qué manera más sutil y pronta de hacer fuego!

Esta exclamación encomiástica acabó de captar por completo al guarda, como si él mismo fuese el inventor de las cerillas fosfóricas ó siquiera, siquiera, el que las fabricara, y con cierta énfasis arrimó al cigarro la llama, soltó al viento la primera chupada y se tragó las dos sucesivas, que aseguraban el prendimiento perfecto del fuego en el cigarro.

—¡Por vida mía!—volvió á exclamar Sancho.—¿Pero comen vuestras mercedes por aquí ahora humo?

—¿Tan poco habéis visto ostés que no sabéis que esto es fumar? ¿Venís ostés acaso del *imbo*?

—De por allí cerca—replicó Sancho con cierta misteriosa socarronería, deseando ya quitarle lo que tenía de misteriosa y decir de dónde venían; más don Quijote, que conoció que Sancho iba á cometer la inconveniencia de decirlo, y comprendiendo que el sujeto aquel había de perder *in continenti* la confianza que había adquirido, dijo:

—Venimos, buen hombre, de donde no

se fuma, y á este mi escudero le sorprende y admira, porque no lo ha visto hacer nunca y aun yo mismo no hago memoria de ello.

—Así vengáis ostés del quinto pino, á mí no me importa; parecéis ostés buenas gentes y basta.

Ocurría que por la acción del sol y del aire, los cuerpos de los *suscitados* iban adquiriendo consistencia y densidad, y ya los objetos sobre que rozaban sufrían y trasmitían normalmente los efectos de la resistencia, y como aquella extraña propiedad que tanto había alarmado á los tres que después los tirotearon y que permitió á la metralla de los tiros y á los vegetales sobre que se tumbó Sancho, atravesarles sin detrimento, había desaparecido, no pudo el guarda percatarse de ella, así como la tenían sin saberlo los dos inmortales (que no se enfaden los á quienes el epigrama otorga este epíteto) pues se creían humanamente constituídos de una manera perfecta, con los mismos cuerpos que habían tenido.

Unicamente podía, á unos y á otro, haberles llamado la atención, si en ello se hubieran fijado, la falta de sudor y de fatiga, así como la de cualquier otra exigencia orgánica, no obstante la larga caminata que

ya habían hecho y la intensidad de los rayos solares, que herían lo bastante para provocar en otros abundante transpiración.

—Damos á vuestra merced, por la que nos hace, las gracias, y en pago de ella quisiera poder favorecerle con algo que estuviera en mi mano, de la cual no sé qué empleo haré ahora, pero si fuera como en *illo tempora*, por muy afortunado se podía vuestra merced tener, por haber topado conmigo y tratádome con tanto comedimiento y atención, que con ser cosas propias de los bien nacidos, ellas obligan á los que son tales también, á los mayores extremos de la correspondencia, y así sepa vuestra merced, señor mío, que me tiene á toda su voluntad y talante.

Esto oyó el guarda y se quedó mirándole entre confuso y sorprendido, porque lo único que logró traducir fué que se le ofrecía, y dedujo que debía de ser aquel hombre, allá en su tierra, algún prócer ó magnate de calidad y gran prosapia, *pero allá en su tierra*, una tierra de pobreza y atraso crónicos, donde los que «son corregidores y alcaldes, cuando vienen por aquí son barrenderos de calles», como él había oído cantar muchas veces; pero claro, aquí en la suya, en la del guarda, ¿qué podía aquel hombre *pintar* donde tanta «principalía»

había? No parecía ningún gañán ni ganapan, pero aquel «postín» entre señoril y juglar, como quien dice «entre merced y señoría», lo perdería pronto, como había visto perder á otros el brillo, formas y lenguaje de maestros de niños, á poco de andar en los trabajos viles y penosos á que tenían que dedicarse para vivir y ahorrar una peseta. Del acompañante no había que decir, debía de ser ya en su tierra, de los que no pueden ser ni corregidores ni alcaldes.

Todo ésto pensaba el guarda, pero usando de la prudente reserva que la experiencia y la edad imponen, no quiso decir que no tenía el ofrecimiento por nada más que por expresión de una buena voluntad en una persona que desde luego demostraba una educación superior á la suya, único motivo por el cual, desde luego también, se le subordinaba.

Caminaron unos cuantos pasos más sin hablar palabra, hasta que la tomó don Quijote, diciendo:

—Decís, buen hombre, que esto es una propiedad donde no se permite entrar. ¿Sois vos, acaso, el dueño de ella?

—Buen pelaje tengo yo pa ser el dueño de esta propiedad; si lo fuera, no andaría como ostés veis curtido del sol y del aire;

yo no soy más que el guarda. El dueño de esta propiedad es un señor de muchas campanillas, que lo puede todo...

—Menos el mandar llover, que si pudiera no tendría estos campos tan sedientos— dijo Sancho.

—Deja tus simplicidades, Sancho, para mejor ocasión, que si no puede mandar llover, bien podrá mandar regar, que para el caso es lo mismo.

—Primero debiais ostés saber si el amo ve ó no ve estas tierras, ó si las ve y le importan.

—¿Y qué guardáis aquí?

—Guardo todo lo que ostés véis, que es todo de un mismo dueño. Aquí no se pueden tener las cosas á campo abierto, ni aun cerrado, sin guardar, al revés de lo que puede que pase en la tierra de donde ostés veníº, porque caería sobre ella como plaga un enjambre de hambrientos.

—¿Qué podrían llevar?

—La mano del pobre es gafa, como la boca de la cabra, y no solamente lleva, sino que quema. ¿Y... es tan poco lo que se ve por ahí?

—No es tan poco, pero es pobre, para lo que podría ser.

—¿Pues qué estáis ostés acostumbrados á ver?

—No queremos, buen hombre y celoso guarda, mortificar ni menos ofender su amor propio, pues de alguna manera consideramos nuestro todo aquello de que nos sustentamos, aunque en realidad no lo sea; ni querríamos tampoco, porque bien mirado, vuestra merced, lo mismo que guarda ésto tal como es, lo guardaría tan bien y aún mejor, si estuviera en el grado de prosperidad y excelente y minucioso cultivo que podría. Otra cosa de las que vuestra merced ha dicho me importa más, y es eso de que sin la guarda caería sobre esta tierra una enjambre de hambrientos. ¿Son, pues, tan numerosos los que no tienen que comer, ó tan poco es el respeto que hay á la propiedad, que es preciso tenerla poco menos que *sub manu militari?*

No le entendió muy bien el guarda, sino lo de hambrientos y respeto á la propiedad, y contestó:

—De todo hay y poco bueno, porque el hambre por un lado y la licencia por otro, dan más que hacer de lo regular. Si ostés queréis entrar en el camino derecho de Jerez, venirse por aquí y podéis sentarse allí, en aquel brocal de pozo, donde se ven aquellos arboliyos, mientras yo me voy á aquel altozano, si no pa ver, pa que me vean —dijo picando la tordilla y saliendo al trote.

—Mejor será que no os vean—le dijo Sancho,—porque el miedo guarda la viña.

—Pero mejor si él la vigila,—replicó el guarda.

Fuéronse al lugar designado por el guarda, que era un pozo ruinoso que había servido para surtir un abrevadero, alrededor del cual crecían, nutridos por la humedad rezumante del viejo pozo, unos arbolitos frutales, nacidos allí por haber caído al azar algunas semillas ó llevadas tal vez por las aves, entre ellos un tierno cerezo que ostentaba precoz su fruto casi sazonado.

Verlo Sancho y exclamar: «gracias á la divina misericordia que he visto algo de su grandeza y prodigalidad, que no sean plantas rastreras», todo fué uno.

—Pues ¿qué has visto?

—Ese precioso fruto, que así alegra la vista como debe ser dulce al paladar,—y se arrimó al árbol, alzando la mano para alcanzar el fruto.

—¡No las toques, Sancho, por tu vida,—le gritó don Quijote—porque en cuanto lo hagas volverante los dolores y ambiciones y todo género de turbaciones! Acuérdate del árbol del paraíso, y tú no tendrías disculpa, puesto que porque este árbol sea aquí único y por tal tentador, no hay al fin, al fin, serpientes astutas ni Evas que te se-

duzcan, más que tu incorregible glotonería.

Cuando don Quijote había terminado su imprecación, tenía Sancho en el cuerpo más de media docena de cerezas, de las más rojas que pudo alcanzar, y disponíase á continuar ingiriéndolas; pero viendo don Quijote que no le hacía caso, volvió intranquilo la cabeza por ver si el guarda venía, y certificado de que no, se acercó á Sancho, le cogió por un brazo y le dijo nerviosamente:

—Ya que lo que te he dicho no te mueva... porque eres de materia fácil á la tentación leve, ¿no has reparado que estás tomando á hurto esas cerezas en las barbas mismas del que las ha de guardar? ¿Quieres, por caso, ingrato de las buenas partidas que te hacen, como villano y mal nacido, que nos tomen por salteadores de caminos y que se levante contra nosotros la Santa Hermandad, ó lo que sería peor, que nos señalen fundadamente con el dedo como á foragidos desalmados, ó que han perdido lo que es señal inequívoca de dignidad, la vergüenza? Habías de tenerla y antes te morirías de hambre que tocar á esa miserable fruta, sin permiso de quien pueda dártelo.

—Siempre ha sido vuestra merced muy

reparado y muchas veces más valía que no lo fuera tanto, pues quien repara en pelillos... y quédese aquí. Porque le hago saber que fruta más sabrosa no la he probado en todos los días de mi vida.

Esto iba diciendo Sancho, separándose del arbolito lentamente, y como avergonzado de la acción por la reprensión de su amo, se sentó sobre una piedra, procurando taparse la cara con un pañizuelo con sobra de arrugas y harto sobado que sacó del seno.

—A la misma miel de Hircania y al vino que llaman hipocras, habían de igualarse ó serles superiores, para que te amargaran como el áloes ó la hiel del bravo toro, si consideraras que sólo es de bellacos y furtadores tomar las cosas que no son de uso público sin permiso de su dueño, y por algo á esto le llaman propiedad y por algo la guardan; y has de saber que más mala acción es abusar de la tolerancia y de la generosa hospitalidad, que apoderarse de las cosas por la violencia ó la astucia.

—No es tan grande el pecado, señor, para que sea tan fuerte la reprensión.

—Tan grave es, que necesitas decírselo al guarda, para que él ponga la tasa conveniente á manera de restitución.

—¿Qué más restitución, por vida mía, que la vergüenza de decírselo?

—Esa como merecida y suave penitencia.

—Pues yo tanto pienso en decírselo, como ahora es de noche.

Acercábase en esto el guarda, y don Quijote, saliéndole siete ú ocho pasos al encuentro, le dijo:

—Vuestra merced habrá de perdonar, señor mío, el atrevimiento de este mi escudero, que sin que pudiera resistirse ni yo evitarlo, osó comer algunas de las cerezas que aquí en uno de estos árboles hay; y ya que no puedo devolver las cerezas y ponerlas en su sitio, como sería mi voluntad, podré resarcirle de su valor en lo que vuestra merced tenga á bien tasarlo.

Tan sencillo y bueno, por no decir tan tontamente bueno, le pareció don Quijote al guarda, que riéndose le contestó:

—No haga osté caso; que las coma todas si le gustan, que no llegarán á un puñado, ni á madurar, porque antes las han de comer los pájaros, y también puede que ese su codero vaya sintiendo necesidad, porque la hora del almuerzo es ya y ostés no os habréis desayunado.

—Esa es la verdad—dijo Sancho levantando la cabeza.

—¿Pero tienes tú hambre?

—No tengo hambre, ni lo he dicho, sino

que respondo á lo que este buen hombre dice que no nos hemos desayunado.

Despertadas las funciones del estómago con las cerezas ingeridas, comenzó Sancho á sentir suaves punzadas, cuya causa no tenía necesidad de preguntársela á nadie, porque la conocía él de otras veces, y comenzó también á darse cuenta de la acción molesta del sol.

—Y no solamente eso,—continuó—sino que no estaría de más que buscásemos por ahí un albergue, para librarnos de la furia del sol, que ahora empieza.

—Venirse ostés conmigo, que la casa del cortijo es aquella que allí se vé y podréis descansar y luego tomar el camino derecho de Jerez, que está aún más de dos leguas,

Entraron en la casa y el guarda mandó á su mujer que aumentase el frugal almuerzo cotidiano: un «ajo caliente» con un aperitivo «majao», al que invitó con simpática franqueza á sus huéspedes. Escusóse don Quijote, insistió el guarda y queriendo el caballero no parecer descortés con el guarda, si despreciaba su *probeza*, llamó á Sancho aparte y le dijo recatadamente:

—¿Qué has sentido tú después que has comido las cerezas?

—Que estoy tan confortado como si hu-

biera comido un carnero, y soy capaz de luchar aunque sea con un gigante. ¿Estamos, por ventura, encantados para que podamos pasar sin comer?

Respondía Sancho á las exigencias del estómago, cuya actividad funcional aumentaba.

—Las cosas, hasta el comer, han de hacerse por necesidad y no por codicia ó vicio, y yo no la tengo.

—Hasta que vuestra merced se ponga, que el comer y el rascar quieren empezar.

CAPÍTULO III

Donde un médico concienzudo asiste é identifica las personas de don Quijote y Sancho.

Al llegar á la tierra los «suscitados», estaban constituídos por una materia ténue, elástica, coherente, de forma (cuerpo y vestiduras) apropiada, con las soluciones de continuidad donde eran precisas y las adherencias y ligamentos naturales, flexión voluntaria en las articulaciones, el conjunto de músculos, nervios, venas y arterias completo, con más las coloraciones y pigmentaciones propias de cada órgano y parte. Eran perfectamente visibles y normalmente constituídos en quietud y á la simple inspección ocular; pero si se movían, aunque se apoyaban en el suelo, realmente *nadaban* en el aire. Algo así como los cuerpos sumergidos en un líquido cuyo peso se compensa imperfectamente con el del volumen del líquido que desalojan, están, sin flotar, á merced de las fluctuaciones del mismo líquido.

¿Si no de qué, cómo estaban hechos? Musa de la Novela y Genio de la Ciencia *¡acorredme!*... A ver si de vuestro marida-

je puede resultar un ser tan perfecto, que la misma perfección se muestre celosa?... ¡Por lo menos, que ambos podáis llamarle vuestro hijo natural, dejando aparte lo de legítimo, que me importa menos!...

No estaban hechos de viscosos mucílagos, ni de barnices de base gomosa ó resinosa, ni del polifórmaco *cauchout*, de metamorfoseados celuloides, etc., etc.

De una materia de cohesión tal, que las substancias más duras que ella la penetraban, y al desaparecer esta causa volvían las moléculas á juntarse, bien así como la superficie y toda la masa de un líquido, perturbadas por un agente extraño, recobran su posición tan pronto como el agente deja de actuar. Era, sin embargo, la envolvente, de más consistencia que el aire, una dermis *sui géneris*. ¿Cabe decir que eran una búrbuja de forma humana, animada por un espíritu?

Así habían podido atravesar atmósferas de diferentes densidades y composiciones, sin experimentar ni sufrir los efectos propios del rozamiento y de la velocidad, y así pudieron resistir el choque contra la tierra sin mortificación ni quebranto.

Rota la envoltura que los había incomunicado con los medios que habían pasado, el aire por de pronto les suministró ele-

mentos de solidificación y de nutrición, no sólo los generalmente conocidos, sino además otros que la física no conoce y la química no ha podido aislar, aun cuando sospecha su existencia; corrientes, fluídos imponderables, que se trasmiten entre si los elementos del Cosmos, que con la concurrencia y combinación, si ocurren sobre un núcleo adecuado, dan lugar á seres ó á productos singulares, cuyo origen se desconoce y trastornan y esterilizan las más razonables hipótesis. El sol, suministrando elementos propios y obligando á la tierra á que los emanase en mayor cantidad, y la gran aptitud asimiladora propia de todo ser que comienza á vivir, aumentada en este caso por predisposiciones de forma y dimensiones, que no habían de alterarse, sino robustecerse, hicieron lo demás, hasta el punto de que al unirse el guarda á ellos estaban completamente constituidos, y si tenían algunas funciones dormidas, fué meramente mientras los órganos no sintieron el estímulo del objeto para que están destinados. Eran, pues, nuestros héroes, hijos del Cosmos, porque sutil é inexplicablemente el Cosmos los nutrió, y quizá, quizá, los generó allá en las remotas alturas, lugar indesignable é impensado de lo infinito.

Pero ya están ahí, sea como quiera; pegados á la tierra, desde ahora madre *nutriz* de ellos, y no podrán abandonarla con tanta facilidad como la abordaron, ó por lo menos con tan pocos dolores.

Antes de ponerse á almorzar y para corresponder á los obsequios del guarda, dijo don Quijote:

—A este buen matrimonio, Sancho, has de dar un escudo de oro, de los que traes, como anticipada y pequeña muestra del agradecimiento que les tengo por sus favores y mercedes, pues si es de hidalgos pechos el ser atento y bien criado con los forasteros, no lo es menos mostrarse agradecido.

—Ese daré yo de muy buena gana, y porque no se diga que más vale un toma que cien te daré, ahí va, señor guarda, y recíbalo vuestra merced como de quien es, porque le hago saber que mi señor don Quijote, llamado el Caballero de los Leones, es el más generoso que vuestra merced ha podido hallar en todos los días de su vida.

El efecto que la vista del oro produjo en el guarda, fué de estupor, y deshaciéndose en cumplidos pensaba:

—¿Quién será esta gente tan mal fachada, que se llaman Caballeros de los Leo-

nes? ¡Pues no son lo que yo había pensado! ¿Será algún personaje? ¡A ver si son algunos ingleses de los que por extravagancia se visten de adefesios!...—y ya comenzó á mostrarse mucho más atento y comenzó á sentir la timidez del respeto.

Los invitó á que pasaran á un departamento en el cual no había pensado meterles, que llamaba sala, adornado con una cónsola antigua, un modesto *medio estradito*, y en las paredes viejos cuadros con grabados. Don Quijote los fué examinando y halló que uno decía: «Batalla de don Quijote y el Vizcaíno» y al leerlo sintió un estremecimiento, y después de contemplarlo un rato exclamó:

—He aquí, Sancho, cómo se glorifican los grandes hechos (leyendo): *Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo.*

Acudió Sancho y fijándose en el grabado, elevó las manos diciendo:

—¡Válgame la Santísima Virgen de Criptana, Madre y Señora nuestra, en cuyo pozo de los Olivos he bebido su agua fría y cristalina, y qué propio y conocido está vuestra merced, que no parece sino que ese sea su mismo espejo! Y aquello que

allí un poco apartado se ve, debe de ser el coche en que iban las damas cautivas que vuestra merced libertó, y este bulto de más acá, somos el rucio y yo, ¡los mismos que echó al mundo la madre que me parió!

—¿Tu madre paría jumentos. Sancho? ¡Mira bien lo que dices!—le dijo bondadosamente don Quijote.

—Vuestra merced me entiende y Dios me entiende y aquí el señor guarda también; quiero decir que somos los mismos en cuerpo y alma, con los mismos pelos y señales, tan pintiparados, que ahora mismo comienza á encogérseme el corazón, acordándome de aquel compañero mío, alivio de mis pesares, conllevador de mis fatigas, que le daría la mitad de mi comida si aquí le tuviera otra vez, y no digo nada si vuestra merced hallara á Rocinante, aquel caballo que no parecía sino que era su mesma persona.

—Eso es imposible que lo hallemos, Sancho—replicó don Quijote enternecido,—porque entes sin espíritu ó con espiritu imperfecto ó incompleto, se disipa en el momento de la muerte, y después los cuerpos se dispersan para no volverse á juntar nunca; para ellos no hay campo de Josafat, ni cosa que le parezca, mas no te apures por ello, porque las especies perduran

y ya nos proveeremos de lo que sea menester tan pronto tengamos ocasión.

Admirado estaba el guarda de oir á los huéspedes, no sabiendo si tenerlos, si no eran ingleses, en quienes toda rareza es legítima, por locos ó mentecatos, y hurgando en los rincones de su memoria, poco ocupada por cierto, dijo:

—Yo, si se va á decir verdad, que he estado oyendo á ostés y que no sé si es ó no ese vuestro retrato, he oído mentarles en más de una ocasión. Dónde y cuándo y á asunto de qué no lo sé, ni lo podría decir; pero oirlos mentar á ostés si los he oído mentar.

—No solamente mentar; en altas voces habrá vuestra merced oído pregonar mis hazañas, que como mías, van necesariamente unidas á mi nombre.

—Tanto como eso yo no lo podría decir. porque aunque digan que los andaluces somos embusteros, es con su cuenta y razón.

—No es buena condición esa, aun cuando esté sujeta á las reglas de las matemáticas, porque algunas veces se pasarán y otras no llegarán, y mejor sería ir siempre con lo que no necesita reglas, que es la verdad por delante, pese á quien pese.

—Que le pesaría siempre, señor Caba-

llero, al que la llevara, porque osté habrá oído, como yo y como mucha gente, decir que no me quieren mis comadres porque digo las verdades.

—También se ha oído decir que el que dice la verdad, no peca ni miente.

—¡Pecar, pecar!... ¿Qué es pecar?

—¿Tan poco sabéis vos que no sabéis lo que es pecar? Si tuviera que explicároslo, tendría para más de un mes y no quedaríais enterado, porque además la noción de eso se adquiere ó se aprende á otra edad menos provecta de la que vos tenéis. ¿No os lo han enseñado allá en vuestros tiernos años?

—No me han enseñado más que á andar detrás del ganado, y lo que allá unos con otros aprendemos.

—¡Ah! Eso me da una clara explicación de los tiros que vos oísteis y os sirvieron de reclamo. Os diré, buen hombre, para que no lleguéis al fin de vuestra vida sin saberlo, que pecar es hacer á otro cualquier cosa que nosotros no quisiéramos que nos la hicieran á nosotros.

—Eso ya lo hacemos sin que nadie nos lo diga, naturalmente y sin maestros, y entonces no sé si es que no lo sabemos ó que no nos importa. Mejor sería, señor, que se venga á almorzar, que ya mi Rosa-

rio ha puesto el mantel y el lebrillo, y ha hecho un «arranque» que será de su gusto y del codero; porque es cosa propia del campo en esta tierra y á muchos señores les gusta.

—Tiene la especia mejor para que sea sabrosa, que es la buena voluntad con que se da y eso basta,—dijo Sancho bostezando y haciéndose una cruz en la boca.

No hubo manera de hacer que el guarda acompañase en la mesa á los dos comensales, pretextando que el «arranque» se había hecho para ellos solos y que él y su mujer tenían su «ajo» de costumbre. Este respeto y otros debía al escudo recibido y á la perspectiva de algún otro, pues si por lo que había hecho le habían dado uno, cuanto más se esmerase en el trato y se excediese en las atenciones, aumentaba las probabilidades de que le diesen otro, y además, con aquél bien pagado habían lo que les diese.

También la codicia excita y conduce las buenas acciones, y aunque procedan de ella no es siempre vituperable.

Con apetito comparable al de sus mejores tiempos de escudero andante, Sancho iba pasando al estómago lo contenido en el lebrillo, directamente de él, porque la guardesa no se cuidó de poner platos para

cada comensal, pues no sabía que ésto se usaba, y si lo supo alguna vez, quizá en sus primeros remotos años de sirviente, se le había olvidado, y don Quijote, aunque metía la cuchara con menos frecuencia que Sancho, al principio, menudeaba luego tanto, que en esta faena llegó á igualar al rústico escudero, hasta que dieron fin á lo que el lebrillo contenía.

—¿Estaba bueno, eh?—dijo el guarda acercándose á ver el fondo de la vasija.—¡No; si á mi Rosario en esto de hacer arranques no hay quien le eche la pata!...

—¿Arranques ha dicho vuestra merced? —dijo Sancho.—Lo que quiere decir ó yo soy un zopenco que no he servido á ningún sabidor como es mi señor don Quijote, que eso es para empezar, como quien dice, para *arrancar* á andar.

Los estómagos inactivos durante tantos y tantísimos años, comenzaban á segregar jugos y á elaborarlos, y la sangre, forzando la actividad circulatoria por las crecientes exigencias de la nutrición, *se veía negra* para ir acumulando donde eran precisos los elementos asimilables.

—¡Qué! ¿Queda todavía alguna ganilla?

—Hágase vuestra merced cuenta de que no hemos empezado,—contestó Sancho.

—¡No, si estos ingleses—pensó el guar-

da—pagan bien, pero son muy tragones! Dígale osté ahora la verdad á este señor, como uno la piensa y es, y él dice que se diga, y veríamos la cara que ponía.—Pues nada, Rosario — gritó — haz «periñaca» para estos señores.

—¿Y eso es cosa de comer?—preguntó Sancho.

—Y muy sabrosa: de bacalao, tomate, ajo, aceite y vinagre. ¡Ya veréis ostés que cosa más rica! Si queréis más, esa telera de cinco libras que todavía no habéis comido más que la mitad, traeré otra menos fresca, porque esa la trujeron esta mañana.

—No pan, compango; carne, huevos, es lo que queremos, por lo menos yo, que mi señor don Quijote es hombre que en lo de comer no piensa ni repara.

A todo esto don Quijote, (¡pobre don Quijote, en qué manos te ves!) mordía pan y callaba.

Al guarda comenzaron á entrarle trasudores. Su repuesto de despensa, era muy reducido; lo que lentamente iban poniendo sus gallinas y lo que aportaba de la Ciudad, que no era nunca carne, pues ésta la probaba únicamente si se moría por allí algún borrego más ó menos asesinado en complicidad, también más ó menos manifiesta con algún pastor. No es que hubies

abundancia de ganado relativamente á la extensión de terreno, pero había el bastante para cegar al *amo*, ciego mental nato, y satisfacer á los servidores, menos ciegos pero tímidos, porque para ellos el mundo era menos que lo que descubrían de horizonte.

Comieron don Quijote y Sancho ¡quién sabe lo que comieron! La «periñaca», una docena de huevos, porque no había más, la «telera», y tanto y tanto comieron, que la guardesa decía á su marido:

—¡Anda, que á donde esos vayan!...

Pero á poco de comer comenzaron á sentir un sopor que parecía que iba convirtiéndoles los cuerpos en cepos, acabando por quedarse profundísimamente dormidos, con sueño letárgico, frontero de la muerte, con la que, sin hipérbole, podía confundirse.

Grandemente se alarmaron el guarda y su mujer, viendo el estado cataléptico de sus huéspedes, y si no fuera por esa intuición celestial que parece inspira á los rústicos, que no se han separado apenas de la naturaleza primitiva, no se sabe lo que habrían hecho, cegados por la alarma. Pero la guardesa, tanto por tranquilizar al marido como porque así le parecía, dijo:

—Esto no puede ser nada, porque nos-

otros no les hemos dado tósigos, sino que era bueno y muy rebueno lo que comieron, y si fuera uno sólo el que estuviera malo, podríamos decir, pero siendo los dos es que les pasa como al hurón en madriguera: tanto se hinchan que se quedan dormidos.

Acordaron, pues, convencidos ambos por esta razón, ponerles sobre unas esteras, seguros de que cuando los efectos del atracón pasaran, volverían ellos á ser lo que eran y podrían emprender la marcha como habían venido.

Pero tuvo la mujer una ocurrencia—¡oh, la avaricia femenil!—que la rumió mucho antes de decírsela á su marido, mas se la dijo, porque la tentacion era fuerte:

—Oye, Quico, ¿no te has fijao en las doblillas de oro que lleva ese tío botijo que le llaman Sancho?

—¡Ya lo creo que me he fijao! Son lo mismo que esa que tú has guardao.

—Pues podíamos, ahora que están como cadabres, quitarle las que le quedan, porque ni se han de mover ni lo han de sentir, y luego los sacamos ahí al campo.., y cuando despierten, ¡si te he visto no me acuerdo!...

—¡Qué! ¿Quieres que nos ahoguen pasado mañana? No tengas tan malos pensa-

mientos, que no es lo mismo eso que poner un lazo ó que ir á coger algún costal de mies, pa lo que, por no tener guerra contigo, cierro los ojos. Además, estos no son por ahí unos cualquier cosa, por lo bien que hablan y por las propinas que dan, y porque andan en retratos como ese que está en el cuadro de esos dos guerreros, que son ellos.

—¿Ese cuadro su retrato? ¡Como yo su abuela! Lo compré yo ya viejo en la feria de los lunes en Jerez poco después que nos casamos, por dos reales, hace treinta años, y ¿ya iban á andar en retratos como son ahora?

—Bien se parecen y además ellos dan todas las señas.

—Tú... que eres un crébulo, que lo que te dicen crees.

—Sea lo que quiera, no se les quita ni un alfiler, y ya por lo que has dicho, no te dejaré sola con ellos, y cuando yo tenga que salir, cerraré la sala, porque malo es que te se meta á tí una cosa en la cabeza y no quiero que á última hora me avergüences.

Llevaban más de seis horas en el letargo los dos recién llegados, y nó habian dado mas señales de vida que las aspiraciones é inspiraciones prolongadas, lentas

y acompasadas como el péndulo de un reloj, y á las diez ó doce más, comenzó á hacérseles la respiración menos lenta y profunda y á bañarles un copioso sudor, que á poco hizo que se desprendiese de los cuerpos yacentes un vapor bastante sensible. Esto colmó la medida de la alarma del guarda, que sin más dilación, ni consultar con su mujer, buscó al «porquerizo», un zagalón dedicado al pastoreo y guarda del ganado de cerda, y en la yegua del mismo guarda, lo mandó á Jerez para que diese parte al amo y á la justicia, de que allí estaban muriéndose dos hombres forasteros, que no parecían españoles, y por si le preguntasen, le dijo que uno se llamaba Sancho y el otro don Quijote. Salió el mozo con el encargo y lo trasmitió á su amo con las exageraciones que supo, pero no los nombres, porque se le habían olvidado. Como era uno de los que habían tiroteado á don Quijote y á Sancho, dijo las señas que pudo: «que parecían dos hombres rodaeros, con unas vestimentas como no las había visto nunca», y por casualidad, había un cuadro de Losada en el patio donde el porquerizo hablaba, y dijo todo entusiasmado, como si tuviera delante los tipos que vanamente trataba de describir:

—¡Lo mesmo, lo mesmito que estos son!

Solamente que el largo no lleva esa pica, y no tienen caballerías.

—¡Bah!—dijo el amo—algunos titiriteros! Que los cojan y los echen al camino.

—¿Y si se mueren y nos acumulan á nosotros las muertes? Tamién me ha dicho el tío Quico que su merced dé parte á la Justicia.

El amo, á regañadientes, mandó á su Mayordomo que gestionase el envío de un médico de la Beneficencia municipal, por ver de qué se trataba y se disponía, por cuenta del Municipio, la traslación de los enfermos al Hospital, por quitar de allí aquella pejiguera. No se sabe por qué felicísima casualidad consiguió el Mayordomo que la *Justicia*, curándose esta vez en salud, mandara allí á un médico, y le tocó á uno activísimo, inteligente y sagaz, que era de las montañas donde, según quieren algunos, tuvo origen el linaje de mi homónimo. Allá fué, pues, el galeno, con la benemérita despreocupación y desinterés propios de los de su clase, sin saber si iba á asistir á duques ó á mendigos, y como los «chicos de la prensa» están en todas partes ojo avizor, para ver dónde cazan la noticia sensacional ó el simple suceso vulgar, pues de todo tienen que alimentar la curiosidad pública, uno se enteró de algo,

y á falta de otra ocupación más importante, se brindó á acompañar al médico, en su corredora bicicleta. El médico no rechazó el ofrecimiento; al contrario, fraternizando admirablemente con estos jóvenes, tan propicios á servir como á perdonar ofensas, pues son pocos los que llevan á sus periódicos los ecos de sus resentimientos, y son, en cambio, muchos, los que se exceden en el elogio y en el aplauso, muchas veces sin aquilatar el verdadero fundamento, tuvo por fortuna llevar consigo tan agradable compañía, y en amenas y variadas conversaciones llegaron al Cortijo.

Estaba el guarda esperándoles á la puerta, todo impaciente y descompuesto, pues no veía el momento de la llegada de los que, según él, podían salvarle de toda responsabilidad, caso de suceder algo desagradable.

—Pasen ostés, pasen ostés, que ya pensaba que no veníais ostés nunca,—y se internó para dentro, como si quisiera arrastrar con su impaciencia al médico y al acompañante.

—¡Diablo,—dijo el periodista—la cosa debe ser grave, cuando así se nos recibe!

—No hay que hacer caso de estas gentes, porque tan pronto les entra la furia

como se les quita,—contestó el médico—y entró diciendo: ¿Qué hay, qué pasa?

—¿No ve osté?—contestó el guarda, mostrándole los dos cuerpos.

Vió, en efecto, el médico, y si bien no le admiraron, le extrañaron las vestiduras.

—¿Qué gente es ésta?—preguntó.

—¿Quién jinojo lo sabe? Aquí han venio, —contestó la guardesa con desabrimiento.

Pero ya el médico se había arrodillado, inclinándose sobre el que tenía más cerca, que era Sancho. Hizo un reconocimiento minucioso de él, lo pulsó, lo auscultó, retrájole el párpado de uno de los ojos, examinó la pupila, hizo presiones enérgicas en el lóbulo de una oreja, á ver si manifestaba sensibilidad, y repetía el reconocimiento, notándose en el médico á cada momento mayor interés. Dejó á Sancho y sin pronunciar una palabra reconoció á don Quijote, con la misma minuciosidad. Todos los circunstantes callaban, incluso el periodista, aunque éste deseaba ya desatarse en preguntas. Por fin, el médico se puso de pie «visiblemente» preocupado. El periodista no pudo contenerse más y dijo

—¿Graves, eh, Doctor?

Este contestó con cierto distraimiento:

—No lo sé,—añadiendo después:—estamos en presencia de dos casos, que no ten-

go inconveniente en calificar de únicos. Parece á simple vista que son dos congestionados y, sin embargo, no lo son, ni en todo ni en parte, porque aquí todo es regular: circulación, traspiración, respiración; en todo caso, en todo caso, parece que ahí dentro de esos cuerpos se opera un trabajo extraordinario de nutrición y asimilación asombrosas. Si me obligaran á diagnosticar de repente, aun á conciencia de que sé que me habían de tener por loco, y que yo decía una herejía científica, diría que se trataba de un trabajo de gestación perfeccionado por el ambiente.—Y se echó á reir de sí mismo, diciendo: ¡señores, el absurdo más grande que puede caber en cabeza humana!

Y luego, poniéndose gravemente serio, dijo: —¡Y sin embargo, es verdad! Ea, vámonos á otra habitación y dejemos á estos hombres aquí, que nada les hace falta por ahora; abrid esa ventana, que el aire circulante les puede favorecer, y díganos usted, guarda, lo que sepa de estos hombres.

Salieron de la sala, y sentados en una especie de zaguán, el guarda dijo:

—Yo me los encontré ayer mañana ahí abajo, como á una legua de aquí; les pregunté á dónde iban, me dijeron que á Jerez; yo los tomé por gente de esa que vie-

ne tocando el arpa, pero hablan muy bien, aunque yo no los entendía mucho; conocí que uno de ellos tenía más ganas de comer que de andar, y como gracias á Dios no llevan á nadie á la cárcel por hacer bien, porque comiesen y descansasen los traje aquí. Luego después el alto, que es el que parece que es el señor, le dijo al gordo, que le llama su codero, que diese á mi Rosario una moneda de oro, y eso que nada le habíamos hecho entovía, sino mostrarle buena voluntad. Luego después les dimos de comer todo lo que quisieron, porque no se veían hartos nunca.

—¿Pero no le habían dicho á ustedes quiénes son?

—Sí, señor; el codero cuando me dió la moneda, me dijo que me la daba de parte de su señor, que era el Caballero de los Leones, don Quijote.

—¿Don Quijote?—exclamaron á un tiempo el médico y el periodista, poniéndose éste de un salto en pie.

—Sí, señor,—contestó el guarda medio asustado, y dirigiéndose á su mujer le dijo en tono entre de reconvención y sentencia: —¡no te lo decía yo!

—¡Eso no es posible!...—dijo intrépidamente el periodista.

—Eso no lo sé yo; yo no sé más que lo

que pasó, y sé que al otro le llaman Sancho. Además, ahí en la sala tenemos un cuadro que ésta compró hace treinta años, y en cuanto el alto lo vió, llamó al otro y le dijo: «ve ahí, Sancho mis hechos de la gloria», ó una cosa así, y cuando el otro lo vió, comenzó á hacer exclamaciones, diciendo que eran ellos los mismos que su madre parió.

—¡A ver ese cuadro!—dijo el médico.

Lo llevó el guarda mismo, diciendo:

—Este es, éste.

Lo miraron el médico y el periodista, y el primero dijo:

—Digo como usted; eso no es posible; ó son unos impostores ó unos locos, y aunque los vestidos son verdaderamente de la época, eso no dice nada; cualquier histrión los puede mandar hacer. Son, sin embargo, raros como casos patológicos. Pero, en fin, vamos á tomar la broma en serio. Tenemos datos bastantes para hacer de él una reseña antropométrica, si no tan perfecta como las de Bertillon, lo bastante para identificarle; precisamente en esta batalla perdió media oreja, y por añadidura media oreja determinada: la izquierda. ¡Vamos allá, insigne émulo de Cavia y de los Figueroa! Usted estará saturado del libro clásico... y el periodista se estremeció.

—Yo, yo, doctor, poco más sé que aquello de «frisaba la edad de nuestro hidalgo en los cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza», y eso por haberlo leído en algún tratado de Retórica.

—¿Y le parece á usted poco? ¡Pues ya tenemos el aspecto general! Lo demás lo iremos buscando, ayudándonos mútuamente. Aparte de otros cincuenta mil molimientos, que aunque graves fueron sin lesión, tuvo esta media oreja de que hablé. Pero vamos allí y haremos la comprobación *in ánima vili*.

La guardesa, el guarda y el porquerizo no entendían una palabra, pero allá fueron todos en tropel.

—¡Veamos! Efectivamente, la oreja izquierda está seccionada por un corte irregular, y se puede decir que le falta casi la mitad. ¡A ver si nos acordamos de algo más!... En la batalla con los ejércitos de carneros, los pastores, apedreándole con las hondas, le hundieron en el cuerpo dos costillas; pero aquí debemos creer que el historiador habló en sentido figurado, porque con tal lesión no podría hallarse en condiciones de seguir el camino; fué más bien una fuerte contusión; lo que no puede

entenderse que era en sentido figurado, es en las muelas, que con la segunda pedrada le quitaron. Deduzcamos de qué lado podían ser: don Quijote no era zurdo, puesto que es defecto que censuró; luego con la mano derecha empuñaría la alcuza donde llevaba el bálsamo de Fierabrás, preparado por él en la venta; pero no, por lo mismo que no era zurdo y se encontraba en batalla, daría la preferencia al lanzón, y sin soltar éste de la mano atendió, á restablecerse con el bálsamo milagroso, y requeriría la alcuza con la mano izquierda y con ella la llevó á la boca. Vino la pedrada, y haciendo de la muñeca eje giratorio, al mismo tiempo que le machacó malamente dos dedos, la boca de la alcuza, que hemos de suponer la tenía dentro de la suya, actuando rapidísimamente como palanca, le arrancó *del lado derecho* todas las muelas, menos dos y media que quedaron en la mandíbula inferior, salvadas, tal vez, por haber abierto la boca simultáneamente con el golpe.

Abriósela á su vez el médico sin esfuerzo, pues tenía fácil flexión en todas las articulaciones, introdujo el índice y dijo:

—Efectivamente, la mandíbula superior está de muelas lisa *como la palma de la mano*, y en la inferior, hay dos muelas y

un fragmento de otra. ¡Pues son ya dos coincidencias! Veamos la mano izquierda: en los dedos medio y anular tiene cicatrices como de magullamiento y estriada una uña; ¿ve usted además en la piel de la cara rasgos más blancos, como de escritura? Son huellas indelebles del gateamiento en casa de los Duques. Hay otra señal, en la que no creo, porque parece dictada á Sancho, más que por la realidad, por la codicia de no perder el condado: el lunar en mitad del espinazo. No lo comprobaremos, porque son ya tantas las coincidencias, tan difíciles de reunir y de imitar, que yo no puedo menos de decir que si éste es un don Quijote contrahecho, es una imitación tan perfecta, que se confunde con el natural.

Volvió á reconocer nuevamente á los pacientes y dijo:

—Antes dije que si me obligaran, diría que estábamos en frente de casos de gestación perfeccionada por el ambiente, y ahora voy á decir otro disparate, pero lo digo formal y solemnemente: estamos en frente de un caso de reintegración á la materia.

—¿Y cómo se explica usted eso, doctor? —preguntó el periodista.

—Le diré á usted; el carácter positivo y esencialmente materialista de nuestra ciencia, pues aunque entendemos del espí-

ritu es solamente en su obligada relación con la materia, no me aconseja ciertamente el que crea en resurrecciones, sin que ésto sea afirmarlas ni negarlas, y mucho menos en resurrecciones á tres siglos fecha. ¿Que cómo me lo explico ésto? No soy un escéptico y no sé si seré un romántico; para mí la frase del Evangelio «la fe trasporta las montañas» es algo más que una brillante paradoja y una bellísima hipérbole. Creo que si la humanidad empieza á temer horrorosamente á un monstruo y á pensar en él con insistencia, engéndrase y surge uno... ¿quién diremos? un Nerón; y si empieza á desear á un hombre justo, prudente, sabio y abnegado hasta el desprecio de los peligros y el sacrificio mismo, y á pensar en él insistentemente, prodúcese... ¿quién diremos? un Moisés. Creo, pues, que estos dos hombres son un producto de la naturaleza sugestionada por la perseverante... ¿de toda la humanidad? No voluntad creo que haga falta; basta que sean muchos individuos que piensen y deseen intensamente lo mismo, sin previo acuerdo ni concierto, porque entonces ya dejaría de ser eficaz el deseo, y ahora que me encierren en una jaula por loco y desatentado.

—No es para tanto, que no es señal de

locura hacer hipótesis. ¿De modo que estos dos individuos han venido como llovidos del cielo?

—O vomitados por la tierra, eso no lo sé.

—¿Y el alma?

—¡Ah, esa, Dios sabe dónde está! Yo no afirmo más que una cosa; que ese cuerpo puede corresponder ó haber correspondido á un sujeto que se llamó don Quijote de la Mancha, que además él dice que así se llama; por lo demás, cuando pueda, que será pronto, ya le oiremos pensar, veremos obrar y si sus obras corresponden á su alma.

El periodista dijo al médico que quería volver á la Ciudad, para anticiparse á todos en dar la noticia y telegrafiarla á tres ó cuatro periódicos de que era corresponsal; el médico le concedió el permiso, urbanamente pedido para eso, y dijo que él se quedaba porque quería asistir á todo el desarrollo de aquel que él llamó proceso biológico. A poco de haberse marchado el periodista, le dijo el médico al guarda:

—Aunque sea con paja, es preciso que pongamos un poco más de mullido á esta gente, y de paso les registraremos las ropas, á ver si traen algún documento.

Trajo el guarda algunos esportones de paja, la esparcieron formando un tapiz de

unos diez centímetros de grueso, y transportaron á él las esteras con los durmientes encima. Los registraron y hallaron á Sancho, en una bolsa de flexible cuero, veintisiete escudos de oro.

—No sé de dónde ni de qué puede proceder este oro; pero en fin, ahí está.

—Cuente osté uno más que le dió á mi mujer.

—Ese de usted es y no hay para qué contarlo por ahora, pues puede que se averigüe que esto es el importe del precio del desencanto de Dulcinea y algo más.

Registraron á don Quijote y le hallaron únicamente, cosido al forro de su jubón, un pergamino doblado en forma de cartera. Lo abrió el médico y extrajo un papel que se cuarteaba por los dobleces, y sufrió una gran decepción cuando halló lo escrito desvanecido por la acción del tiempo, pudiendo, con gran trabajo, descifrar parte de una firma, sin duda más persistente, por haber sido estampada con pulso fuerte, que decía: AL-RO TARF.

—¡El acta de autenticidad!—díjose el médico, y aunque se le ocurrió reanimar ó revelar nuevamente lo escrito por medio de reactivos, no se creyó autorizado, y por tanto, volvió satisfecho los efectos al sitio que ocupaban en las ropas, cosiendo la

guardesa lo que fué preciso. Estando en esta operación, sintieron un remolino de viento, que agitando con cierta intensidad las hojas de las puertas y ventanas, produjo la impresión de un preludio de ténue tempestad que movió á prestar atención á los que en la habitación estaban, y oyeron, en vez de truenos y torrentes de lluvia, una voz de timbre y extensión perfectamente humanos, tanto más cuanto que, por añadidura, era tartamuda, que dijo: ¡Es... es... esos son... son mis amados hijos!

No produjo en los que la oyeron sobresalto ni espanto, porque la serenidad del médico contuvo á todos, no obstante entender que se trataba de algo sobrenatural, y volviéndose á quedar todo tranquilo, el médico dijo:

—¡Nada .. por si algo faltara, tenemos hasta la revelación! De modo que no hay duda ninguna: ¡¡Son ellos!!

Y luego, levantando la voz, prorrumpió con actitudes y arranques oratorios, como si él mismo se sintiese *aquijotado*, diciendo casi conmovido:

—¡Bien venido seas, preclaro Caballero de los Leones, de la Triste Figura, excelso y único don Quijote de la Mancha, en el valor, temerario; en la prudencia, modelo; en la discreción, maestro; imán de

las desventuras; luengo en la castidad; en los trabajos, sufrido; en la adversidad, paciente; en las prosperidades, humilde, y celoso del honor como el armiño de su blancura, ¡bien venido seas!, aunque no sepamos para qué, pero nada huelga en el mundo y tú alguna misión traerás.

Sin querer, la guardesa, el guarda y el porquerizo cayeron de rodillas, y no oraron porque no sabían.

CAPÍTULO IV

De lo que don Quijote dijo dormido y de lo que Sancho dijo despierto.

Como si la entonada voz del médico le hubiese despertado, ó lo más mullido del lecho tuviese alguna influencia modificadora en su estado, comenzó á rebullir don Quijote, y sin abrir los ojos, reposadamente, habló asi, estándole todos muy atentos, especialmente el médico.

—Habeisme dicho, señor guarda, que vos lo sois de esta propiedad, para evitar que caiga sobre ella toda una plaga de hambrientos, que la asolaría, no obstante la inmensidad de terreno, que los ojos no bastan á abarcar. Prueba ésto, guarda y señor mío, que alrededor de esta propiedad hay muchos privados de élla, donde tendrían ocupación y fuente de recursos para sus necesidades, sin tener que llegar al censurable procedimiento del hurto, pues como vos muy bien habéis dicho, porque muy bien visto lo tendréis, la mano del pobre no sólo lleva, sino que quema y esteriliza, mas no es porque sea mano de pobre, sino porque es de hurtador y no

mira más que á la momentánea codicia, sin reparar en el daño que causa en lo que le está vedado y defendido. Malo es que haya hurtadores, y aunque siempre los ha habido, nunca fueron plaga, pero es peor que haya ocasión de que los haya, y los habrá siempre que existan excluidos de la posesión y del usufructo de la tierra, lo que resulta del acaparamiento de unos pocos que la guardan con celo de avaros. Yo, señor guarda, aún disculparía ésto cuando viese que el acaparador de la tierra suplía los abandonos de las multitudes, cuidándola y cultivándola de tal suerte, que al mismo tiempo que daba trabajo y ocupación honrada, suministraba para vivir á los que tiene á su alrededor; mas viendo lo que aquí ocurre, no sólo no disculpo, sino que censuro, condeno y abomino al que así limita á los hombres el aprovechamiento de lo perdido y el espacio donde moverse, pues hasta el tránsito por aquí está prohibido, según vos dijísteis, y prefiere ver la tierra estéril, con hambrientos próximos, como esos maridos valetudinarios á quienes un matrimonio desigual dió esposa pujante y rozagante, y gózanse en los anhelos que ven en quienes podían fecundarla con provecho de la especie y aumento de la humanidad sana y robusta;

porque ¿cómo podréis justificarme que es buen título posesorio aquél por cuya virtud lo feraz está baldío, lo necesario detentado y lo común circunscripto á singular? La propiedad, señor guarda, es una antigua matrona que tiene aspecto agradable, y aunque no puede resistir las injurias del tiempo, las cubre y disimula con afeites y mudas y es soportable únicamente á condición de que sea pródiga en favores; una de las pocas hembras á quienes no solamente es lícito, sino obligatorio hacer partícipe de sus gracias al mayor número, y parece que con esto se remoza, se hace más atrayente y simpática, gana en respetos, es bendecida y aclamada, y, por último, defendida y guardada por el común afecto, viniendo á ser, por fin, innecesaria la institución de custodios á que vuestra merced, honrándola, pertenece. Porque, dígame vuestra merced, por su vida, y quiero que si no ha reparado repare en ello; en esa extensión de terreno, que no he podido apreciarla más que como enorme, ¡cuántos de los que hoy son hurtadores, porque el hambre no es vencible, no podrían ser productores pacíficos, á quienes vuestra merced, en vez de perseguir ampararía? No querría yo que los propietarios que á título de conquista, donación,

acumulación de herencias ú otro título que haya sido antes ó sea en la actualidad legítimo, se desprendan en absoluto de lo que les pertenece, y menos que se les despoje violentamente, si no hay una muy poderosa razón que lo aconseje; mas como todo extremo es vicioso, el que veo aquí irrita y provoca el otro, y así, ¿no sería mejor, señor mío, parcelar en porciones que fuesen ó pudiesen ser remuneratorias, todo este terreno, y darlo á título censual, enfitéutico ó precario arrendamiento, á todos esos que según vos son plaga, y transformarlos de peligrosos en útiles, de parásitos en laboriosas abejas? Y veríais pronto este yermo cambiado en vergel, este despoblado en poblado de chozas y casitas, que así alegrarían la vista como solazaría el ánimo el pensar que todos aquellos que en ellas se cobijasen vivían con la holgura que nace del trabajo que no agobia; porque le hago saber que el trabajo es uno de los mejores beneficios que Dios ha dejado al hombre, pero requiere esa condición, que no agobie y que mantenga á quien lo ejecuta. Los males, señor mío, apremian en proporción de la intensidad con que se sienten, y así como hay quien lleva en el cuerpo una consunción aparentemente tranquilo, porque no se da cuenta de que

lleva la muerte encima y no se procura remedio más que cuando ya no lo tiene, hay quien á la calentura y dolores de la formación de un colodrillo, acude con extremos de emolientes y atemperantes y exceso de gemidos. Pues yo creo que ninguno de los dos son cuerdos, mas tengo por de mucho menos juicio al primero, pues su abandono le lleva á la sepultura, y no es ésto lo peor, porque al fin este tributo debemos todos á la piadosa madre naturaleza, sino que deja por herencia á todos sus descendientes la misma causa de miserable vida y consunción, y era mejor que los hubiera dejado no engendrados ó muertos.

Hizo aquí una pausa don Quijote; todos continuaban con profundísimo silencio, esperando que continuaría hablando, y aunque sólo el médico le entendía, los demás le admiraban como á santo, estando dispuestos á continuar escuchándole. Pero he aquí que don Quijote cambió de postura, hizo una honda aspiración y no volvió á despegar los labios. Convencidos ya de que no continuaría hablando, el médico dijo al guarda:

—Creo que esto poco va á durar, unas dos ó tres horas cuando mucho, y no estaría demás que si tiene usted alguna man-

ta disponible, los abrigásemos un poco.

—Aunque sean de la cama nuestra se quitan, si á osté le parece que hace falta.

—Sí, sería bueno abrigarles.

Hiciéronlo y volvió de nuevo á decir al guarda:

—Usted no sabe lo que aquí va á pasar ahora, y es preciso precaverlo. Ese señor que se ha ido es uno de los que escriben en los diarios; llevará la noticia á Jerez, y cuando allí se sepa que están aquí estos dos hombres, vamos á tener una procesión. Menos mal que por de pronto no le creerán, pero no faltará alguno de esos desocupados curiosos que venga á enterarse, y entonces ya todos querrán lo mismo. Conviene que estos hombres estén dos días, por lo menos, aislados y privados de toda molestia, y si los dejamos aquí ésto no ha de poder ser. ¿No hay por ahí otra casa ó cortijo cerca á donde pudiéramos trasladarlos?

—No hay por aquí ninguna, que esté menos de una legua ó más; pero hay en el piso de arriba otras habitaciones, que son las que el amo ocupa cuando viene aquí; no creo que diga nada si pasan allí estos señores, y allí no los ve nadie. Hay también camas y otro ajuar que éste, como osté comprenderá.

—Vamos á verlo.

Fué del agrado del médico, se dispuso lo conveniente, y en las mismas esteras, cogiendo los cuatro, guardesa, médico, guarda y porquerizo, uno por cada punta, transportaron con facilidad á don Quijote, porque aunque largo, era de leve peso, y lo acomodaron en una cama.

Tocóle su turno á Sancho, y sea porque pesaba más, sea porque los transportadoreo estuviesen algo cansados, hubieron de moverlo más de lo conveniente, y al querer igualar los que flojeaban, dieron algunas sacudidas. Abrió Sancho los ojos, se agarró á uno de los lados de la estera y comenzó á gritar:

—¡Ay, ay, ay!—á cuyos gritos los transportadores amainaron, dejándole en el suelo; Sancho se incorporó, y en tono amenazador, volvió á gritar:—¿Estamos por caso en la venta de Juan Palomeque el Zurdo? Pues les hago saber que hay burlas que no son para dos veces, y lo que es ésta, juro que todos los encantadores del mundo no se huelgan conmigo «como con perro por carnestolendas»,—y con una rapidez inconcebible, dada su obesidad, se puso de pie y se trabó con el guarda á puñadas diciendo:—Ni ahora estoy molido de yangüeses, ni coceado de vestiglos, ni son

vuestras mercedes tantos ni tan malos como la otra vez, ni le debemos nada, y el que no debe, ni paga ni teme, pues por allá tiene vuestra merced un escudo de oro como un sol.

No sin trabajo, tumulto y vocerío lograron sujetar á Sancho, al ruido de todo lo cual despertó don Quijote, y desde lo alto de la escalera gritó:

—¿Qué discordia es esa? ¿Se ha llegado ya por ventura al reparto de la tierra? ¿No es posible sino que las contiendas no se han de ventilar más que con furiosas voces de ira y golpes homicidas? Ténganse y sosiéguense que á cada uno le tocará su parte, por las reglas de la justicia distributiva.

—No es nada de eso que vuestra merced dice—contestó Sancho—sino que estos desalmados quieren volver á repetir conmigo la broma del manteamiento.

—Advierto á todo aquél—gritó don Quijote—que toque á sólo un pelo de mi escudero, que lo desgarraré entre mis manos como desgarra un león á un tierno corderillo.

Disponíase á bajar, pero antes de que ganase dos peldaños, llegó el médico, quien, sombrero en mano, y obsequiosos tono y ademán, dijo á don Quijote:

—Vuestra merced, invicto Caballero de los Leones, tenga la bondad de tranquilizarse, porque nada de lo que vuestro escudero, el bueno y admirable Sancho teme, le pasa ni puede pasarle, hallándose entre quien se halla.

—Eso creo, señor mío, porque en esta casa hemos sido favorablemente recogidos, y esmeradamente asistidos... ¡Digo, en esta casa no!... porque yo no recuerdo haber sabido ninguna escalera, ni visto este recado. ¿No estaré bajo la influencia de nuevos encantamientos?

—Nada, de ningún modo, señor don Quijote, pues aquí todo lo que ocurre es perfectamente natural. Es que vuestra merced acaba de salir de un largo sueño, y pareciéndonos que estaría mejor, lo hemos trasladado blanda y suavemente á estos aposentos, más decorosos que los otros y más dignos de vuestra merced, ya que no podamos alojarle en reales alcázares. Pero está vuestra merced en una residencia de recreo señoril, nada le faltará incluso criados que le sirvan, de los cuales yo soy el primero y más honrado poniéndome incondicionalmente á sus órdenes.

Grandemente se holgó don Quijote oyendo el lenguaje y ofrecimientos del médico,

y así depuso su momentánea cólera diciendo:

—Vuestra merced, á lo que parece, debe de ser el amo de esta grandísima posesión, y siento no poder llamarla ademas floreciente, porque en efecto no lo es, y yo, por mal de mis pecados, no sé decir cosa que contra la verdad sea, ó que contra la verdad me parezca.

—Excelente y aun excelentísima condición, señor don Quijote, y en los tiempos que corremos tan rara como excelentísima, por lo mismo, á mí no puede parecerme mal, cuando ingenuamente se manifiesta, ni me lo parecería, aunque fuese yo el amo de esta posesión. Yo soy, aunque humilde, profesor de medicina.

—Grande y sublime ministerio es el de vuestra merced, señor mío, puesto que no puedan suprimir ó evitar la muerte, que ésto ni al autor de la vida es posible porque así lo quiso, saben al menos demorarla, y lo que es más importante, ahogar dolores y mitigar sufrimientos de los muchos que pesan sobre la castigada humanidad, y así téngame vuestra merced desde ahora por de toda su devoción.

Ganada toda la voluntad y el afecto todo de don Quijote por el médico, le invitó á que se entraran en el aposento y se senta-

ra en una cómoda butaca, y don Quijote llamó á Sancho diciendo:

—Sube, Sancho, hijo, sube, que no hay aquí manteamientos ni encantadores, sino gracias al favor de Dios, discretas y honradas personas de cuyo trato nada tienes que temer.

Subió Sancho, y don Quijote le dijo:

—Da gracias á este señor, que es un famoso médico de la gran ciudad de Jerez, porque ha sabido aplacar la cólera que los desaforados gritos tuyos y tus intempestivas amenazas habían provocado en mí. ¿Qué temías, pusilánime y miedoso para alarmarte en grado tan superlativo que has logrado despertarme de un tranquilo y dulce sueño?

—Temía volver á verme volando como haz de paja despedido por horquilla, y como me he visto llevado en una manta como en parihuelas, no quise esperar más señas, porque no está la Magdalena para tafetanes, y más vale un por si acaso que un quién pensara. Cuanto más que aún no sabe vuestra merced lo que hubiera pasado, porque ¿quién le asegura á vuestra merced que este señor es el famoso médico que vuestra merced dice? ¡Porque á mí que me pelen si me lo parece!

—Ruda franqueza es la tuya, tanto

como tú rudo. ¿Y en qué te fundas, pelafustán?

—Fúndome en que por lo regular estos doctores suelen llevar barbas como ruecas y unos antojos grandes que todos ó los más necesitan, porque de tanto estudiar se les ha consumido la vista, y donde no para ver las cosas, no como son, sino aumentadas.

Rióse el médico complacidísimo y dijo:

—Razón tiene Sancho, mi señor don Quijote, en atenerse á todos esos requisitos externos, necesarios cuando las disciplinas del humano entendimiento están en embrión, y los que las cultivan tienen que procurar aumentar el misterio como disculpa á la vaguedad misma de sus conocimientos, con una *pose* particular y una cierta *mise en scéne* que el hábito profesional va imponiendo y obra como coraza defensora de las miradas penetrantes del vulgo. Sancho y los médicos que él conoció están en carácter; además, el bueno y suspicaz Sancho, no debe de conservar muy halagüeños recuerdos y muy gratas memorias de los de la clase, porque si no recuerdo yo mal, hubo un Pedro Recio de Tirteafuera...

—¿Conociólo por caso vuestra merced?

—No lo conocí, pero supe el martirio

del hambre á que sometió al buen Sancho.

—Así Dios se lo aumente á él; mas... mejor es perdonarle, porque aquél te quiere bien, que te maltrata, y él, dejando mi estómago vacío, me libró de vahidos de cabeza y pude ver lo que harto y ahito no hubiera visto ni por pensamiento.

—Bueno es que Sancho lo reconozca para rehabilitar la memoria de aquel sabio á quien tanto maltrató.

—No tanto como él á mí y estamos en paz. Mas dígame, señor doctor, ¿se puede saber qué vientos le han traído por aquí?

—Vientos de paz y de caridad, amigo Sancho. ¿No recuerda el buen Sancho que después que comió aquellas cerezas...

—¿Todo eso sabe vuestra merced?

—Y mucho más, para lo cual no me hacen falta las barbas y los anteojos que echáis de menos. ¿No recuerda, digo, que después que comió aquellas cerezas, sintió así como pinchazos en el estómago y que después de comer lo que le dió el guarda, á quien por último aporreó pensando que era Juan Palomeque el Zurdo, le entró una soñarrera que no pudo con ella y se quedó dormido como un tronco?

—Sí recuerdo, pese á mí, que nunca tal me pasó.

—Pues eso es lo que me ha traido; ver si Sancho dormía ó Sancho moría.

En resolución, el médico dirigió sus argumentos delicada y amablemente expuestos, á convencer á don Quijote y á Sancho de la conveniencia de que permaneciesen dos días recluídos en aquellas habitaciones, donde serían atendidos como por la universalidad de su fama merecían, y para hacerles grata la estancia, les indicó que podían utilizar los objetos de instrucción y recreo que allí tenía el amo de la finca para distraer el tedio y el aburrimiento las pocas veces que iba á ella. En un estante había libros modernos, *albums*, *portfolios* y revistas, y en ellos se engolfó don Quijote, y Sancho se apoderó de un tablero y caja de ajedrez, y con las piezas de éste se entretuvo sin orden ni concierto, alternando con una caja automática de música cuyo funcionamiento le enseñó el médico, teniendo él en ambas infantiles ocupaciones tanta admiración como delicia. El médico instruyó al guarda de cómo tenía que valerse para alejar los primeros curiosos que se presentaran, diciéndole que se situase en el camino que de la ciudad conducia al cortijo, y á los primeros que llegaran les dijese que los hombres se habían puesto buenos y marchado la

noche antes con dirección á Lebrija, y regresó acompañado del porquerizo, el que llevaría provisiones, procurando esquivar encuentros y eludir preguntas.

CAPÍTULO V

Donde se refiere lo que les sucedió á don Quijote y á Sancho con una escopeta y un tonel de vino.

El sentimiento de la curiosidad tiene un límite, por satisfacción ó agotamiento, y lo agradable tórnase, por virtud de ésto, en indiferente, cuando no en mortificante. La repetición de lo mismo cansa, y se buscan nuevos objetos que estimulen para obtener nuevas sensaciones ó más fuertes.

Mientras don Quijote se enfrascaba más y más en la lectura, Sancho fué dejando los chirimbolos del ajedrez y la caja de música en reposo, y espaciando la vista, iba explorando lo que por allí veía, acabando por meterse en otras habitaciones, en las cuales lo escudriñaba todo, y todo lo tocaba como si tuviera en los dedos los ojos. Revolviéndolo todo llegó á dar con unas armas de fuego de diferentes sistemas que estaban en un armario simétricamente colocadas, y pudo, porque no conocía los mecanismos, manosearlas impunemente hasta que llegó á una escopeta-revólver, y apretando instintivamente con

el índice la palanca del disparador, como había hecho con otras sin resultado, con admiración vió que iba girando el cilindro en proporción de la presión que hacía con el dedo, y simultánea y lentamente elevarse el percutor, acabando por sonar una estruendosa detonación á la que siguió un grito hondo, intenso, inortográfico, algo así como ¡*uay*! rugido y lamento, mezcla de imprecación y angustia, que hizo brincar en su asiento al distraido lector don Quijote, quien más y más engolfado en sus lecturas continuaba. Orientóse hacia donde la detonación y el grito habían sonado y halló á Sancho tumbado y contraído con una escopeta en la mano y los ojos fijos en un grande y reciente desconchado del cielo raso, mudo de terror.

—Si no fuera que sé quién eres, creería que eras el mismo demonio ó que los tenías en el cuerpo.

—¡Ay, mi señor don Quijote de mi alma —dijo Sancho «con voz blanda y enfermiza»—razón tiene vuestra merced, que si no los tengo yo en el cuerpo por aqui cerca deben de andar, tal vez metidos en este cañuto que parece arcabuz, y si no mírelo vuestra merced que de ahí salió el mal!...

—¿Cañuto llamas á esa excelente esco-

peta? Poco sabes tú de armas, y aunque las de esta clase no me han sido muy familiares, bien se echa de ver por la forma: ¡trae! Y cogiéndola don Quijote comenzó á examinarla con minuciosidad é instintivamente también, teniéndola empuñada por la garganta, introdujo el dedo por el guardamonte y *¡pum!* La tracción y la detonación fueron simultáneas, tanto, que don Quijote no percibió los rapidísimos movimientos del percutor y del cilindro. Y allá tenemos á nuestro Caballero de los Leones también caído en el suelo, encima de Sancho, formando con él grotesca y desproporcionada cruz. Don Quijote no gritó, pero la emoción pudo más que él y cayó en postura semejante á la de su escudero. Al completarse la «reintegración á la materia», que dijo el médico, recobraron la pusilanimidad é impresionabilidad correspondientes y respondían á sus efectos, y hay algo más que barruntos de que perdieron, en cambio, el recuerdo de su vida espiritual ultraterrena.

Por haber oblicuado más don Quijote el arma, el proyectil, en vez de dar en el cielo raso fué á herir en el punto de conjunción de las duelas fronteras con las laterales un mediano tonel, del cual, imperfectamente perforado, comenzó á rezumar-

se el liquido que contenía, que era un excelente y aromático vino que, deslizándose suavemente por el circulo interior, comenzó á caer en delgado hilo y sobre un recipiente colocado allí para prevenir los derrámenes del uso. Pronto el olor tentador del viejo zumo de uva dió en las narices de Sancho, y dilatándolas como pachón en pista de caza cercana, se fué escabullendo de la suave presión de su amo, y derecha y certeramente á lo que había herido su olfato y que además se mostraba á la vista. Dudó en si aplicar la boca al tenue hilo liquido, ó en llevar á ella el manejable recipiente, optó por esto y trasegó en un minuto á su estómago todo el vino colectado, que seria poco más de medio cuartillo. Colocó nuevamente el recipiente en posición adecuada, y á poco comenzó á sentir efectos fortificantes extraordinarios. Miró á su amo que extático y suspenso permanecía, y tuvo la ocurrencia de darle de lo mismo que él había bebido, seducido por los salutíferos efectos que sentía.

—A fe mía, señor, que es bien cierto el refrán que dice que Dios que dió la llaga dió el remedio, porque sin saber cómo, ha aparecido aquí un licor que no parece sino que da la vida.

Se inclinó, cogió nuevamente el recipiente, dió en él un largo sorbo y poniéndole en su sitio continuó diciendo:

—Levántese y acérquese y tome un trago de este licor que le ha de quitar todo el susto, si susto es lo que vuestra merced puede tener.

Don Quijote permaneció callado, con los ojos fijos en el desconchado producido por el disparo de Sancho y sumido en, al parecer, honda meditación. Visto ésto por Sancho se decidió á abandonar el chorro, aun lamentando la pérdida que ésto ocasionaría; cogió el recipiente que era una mediana escudilla y rápidamente se dirigió con ella á don Quijote, y apoyándole la cabeza con el brazo izquierdo, se la inclinó, acercóle la escudilla á los labios y diciéndole:—¡Beba, señor, por su vida, que éste es sin duda ninguna el verdadero y único bálsamo del fiero Blas!—iba elevando la mano y obligando así á que su amo bebiera, si no todo, gran parte de lo que en la escudilla había. El resto lo agotó Sancho volviendo á colocar inmediatamente el recipiente en su sitio para aprovechar con comodidad lo que caía del tonel. Salió de su ensimismamiento don Quijote diciendo:

—No siento, Sancho, más que la humi-

llación que representa para mi que esa máquina diabólica, haya producido en mí el mismo efecto que en ti, y me hayas visto en el suelo confundido en montón contigo, y por la misma causa.

—Pariónos á los dos mujer, y, en efecto, somos ambos de carne y hueso, y ¿qué mucho que nos pase lo mismo en ciertas cosas? No haga caso de eso y tome otro traguito de este bálsamo que debe de ser de la señora hurganda ó Urganda ó como quiera que sea y vuestra merced ha dicho.

—Tráelo aquí, Sancho, tráelo, porque en efecto, noto que robora y conforta—dijo don Quijote en tono suplicante.

Sancho elevó la escudilla, la empinó en la boca, y después que bebió casi sin deglutir el último trago, que era en realidad continuación del primero, contestó:

—Acérquese, que con las idas y venidas se pierde el chorro, y no sabemos si habrá para mucho ó para poco.

Fué perezosamente poniéndose en pie don Quijote, y mientras lo hizo y se afianzó, porque pensó en más de un instante que estaba descoyuntado, iba acumulándose vino en la escudilla y Sancho lo respetaba por un sentimiento parecido al del que, pletórico de fuerza, la reserva para el débil, ó si se quiere, como el pájaro

hambriento sostiene en el pico la ración recogida para sus polluelos. Sí; la tentación hacía en Sancho el efecto de apetito, y supo resistirla, no por otra razón que por considerar más preciso que á él mismo á su amo el licor benéfico, y aún podemos decir que el sacrificio de la abstención le produjo deleite. Cuando don Quijote estuvo al lado de Sancho, éste elevó á plomo la escudilla y preparando á su amo con un «¡tome, señor!» como voz preventiva, le alargó rápidamente el vino recogido, y él poniéndose en cuclillas, la cabeza torcida y la boca en cazoleta, no quiso que se perdiese el chorro y lo aprovechó de la manera dicha. Él en esta forma y don Quijote llevando con pequeñas intermitencias y con las dos manos la escudilla á la boca estaban, cuando llegó el guarda que exclamó:

—¿Pero estáis ostés dejados de la mano de Dios? ¡Pues no han barrenado el tonel del amo, un vino del que sólo él bebe cuando viene y que yá estaba ahí desde antes de morir el padre! ¿Estáis ostés locos ó sus hacéis?

—Tenga la lengua el señor guarda y repórtese, que los que lo han hecho tienen licencia para eso y mucho más; y digo que se reporte y tenga la lengua si no

quiere que yo se la pegue en la boca; y repórtese, vuelvo á decir, que no somos nosotros de los que barrenan toneles. Ese licor precioso y roborante ha aparecido ahí por obra y gracia de no sé quién, y sin duda ninguna para que nos sirva de cordial—y como don Quijote sorbía y medio se tambaleaba, y Sancho continuase sin conmoverse, no parecían sino dos chicos traviesos que se habían apoderado de una golosina y eran sorprendidos por alguien sin autoridad para quitársela. Visto lo que por el guarda, le pareció bien cambiar de tono y actitud diciendo:

—Si su merced quería beber ¿tenía más que decírmelo? Ahora mismo le traeré un vaso, que no está bien que un señor como su merced esté bebiendo por un dornajo, que eso es un dornajo mesmamente.

Entonces reparó don Quijote en que la escudilla no era vasija digna de usarla él y dándola á Sancho, que la tomó apenas vió el ademán dijo:

—En estos y otros trances me pone ese escudero para deshonrarme con su poco miramiento. ¿Te parece á ti, zafio descomedido, que á mí se me ha de servir en un inmundo barreño ó cuenco ó el diablo que te lleve?

Acudió el guarda inmediatamente que

vió distraído á don Quijote con Sancho á restañar la leve herida del tonel, lo que logró facilísimamente con un pedazo de papel mascado, y cuando Sancho vió desaparecer el chorro, volvió á ofrecer nuevamente á su amo lo que el guarda había llamado despectivamente *dornajo*, diciendo con regocijo:

—No haga caso, señor, que las cosas han de tomarse como se presentan, y aquí no había vasos en que escoger ni otro ninguno más que éste, cuanto más nosotros que en nuestras caballerías andantes hemos bebido en las fuentes y en los charcos á cuatro pies como las bestias, mal comparadas, y este bálsamo, no en una escudilla, sino en la cabeza de un tiñoso lo tomaría yo,—y haciendo morisquetas de ebrio empinó otra vez la vasija.

—No te lo bebas todo, Sancho, que es posible que me haga falta á mí otro traguito.

Con él don Quijote quedó no menos ébrio que su escudero, y encarándose con el guarda le dijo con enojo:

—Ha de saber vuestra merced, señor mío, que las leyes de la hospitalidad piden mayores miramientos y más atenciones que los que vuestra merced quiere tener y ha tenido con nosotros, porque si en efecto, no estamos en nuestra casa, como nues-

tra nos la han ofrecido, con derecho á usar y aun abusar lo que bien nos pareciere, y si ahora vuestra merced obra y procede así es que nos da á entender que aquí estorbamos, que somos huéspedes molestos, y porque no se diga eso aunque sea sin razón, desde ahora mismo se queda vuestra merced libre de la carga ó molestia que le causamos, porque don Quijote de la Mancha, el Caballero de los Leones, famoso en toda la redondez de la tierra, no es parásito pegajoso y molesto al que hay que tolerar.

—Muy bien dicho, señor, y el que le pasa la fortuna por la puerta y se la cierra, con el tiempo sabrá que yerra. ¡Pues qué! ¿No hay más que tener en casa dos hombres como nosotros, con los que se han honrado duques y venir así sin más á llenarlos de improperios como si fuesen algunos cualesquiera? Pues sepa, señor guarda, que si nos ve vestidos de lana no somos borregos, y tal pudiera venir por ella que fuera trasquilado.

—No te metas en discusiones, Sancho, que á quien no ha de sentenciar tu pleito no conviene que le alegues razones,—y cogiendo de nuevo la escopeta-revólver añadió:

—Bueno es que me acompañe de algún

arma, pues hombre sin ella, es, por lo que llevo visto, como pájaro sin alas. ¡Sígueme, Sancho!

Y se lanzaron fuera de la estancia para buscar la salida.

El guarda no sabía si oponerse, pero cualquiera se metía con *aquel tío* que tan gran personaje debía de ser á juzgar por lo que el médico le había dicho y encargado. Así que, únicamente, con mal disimulada timidez, dijo:

—Ostés podéis marcharse si queréis, pues sois dueños de vuestras personas, pero esa carabina hay que dejarla ahí porque yo tengo que dar cuenta de ella al amo.

—Por esta carabina y por todas, el amo se mostrará honrado sabiendo á quién se la presta, que como préstamo me la llevo y no por otra cosa, y párese aquí, y basta.

Habían andado unos cien pasos cuando don Quijote dijo:

—En verdad, Sancho, que hemos sido un poco demasiado severos, ó yo lo he sido, con ese pobre hombre, que después de todo es un encargado y nada puede hacer ni permitir por cuenta propia, y además debémosle de estar agradecidos, porque con buena voluntad nos ha asistido. Vuelve, Sancho amigo, y dale como expensa un escudo de oro.

—¿Otro, señor?

—Y otros veinte si yo te lo mandara, y no me repliques más.

Volvió Sancho mohino y con pasos algo tartamudos y la lengua un poco coja, dijo al guarda:

—Vengo de parte de mi amo á decir á vuestra merced, que cuando vuelva el señor doctor le diga que en la primera ínsula que gane le nombrará médico de ella, y á vuestra merced corregidor, y dé vuestra merced memorias á su oíslo.

Bien sabía el guarda que el vino no hace dar razón concertada, y así, sin tener á Sancho por simple, sino por borracho ocasional, le dijo:—¿Qué es eso de mi oíslo, ó quién es?—y ya lo dijo con la entonación peculiar del rústico campesino cuando se las ha con de quien no espera merced ni teme daño.

—¿Su oíslo? ¿Pues no lo sabe vuestra merced? Yo se lo diré, vuestra merced atienda: cuando nos dan tratamiento en casa, algo malo pasa. ¿Quién tiene vuestra merced en casa que le advierte á todas horas si sube porque sube, si baja porque baja y si se está quedo porque se está quedo, y queriendo clavar lo que dice golpea como con mazo con un ¡oíslo! ó *lo oís*, *¡ó te enteras?*

—Mi mujer—contestó cándidamente el guarda, admirado del discurso de Sancho.

—Eso es, y no «persona querida y estimada», sino únicamente «la mujer respecto del marido».

Y el guarda se echó á reir viendo la seriedad enfática de Sancho, que tornó hacia su amo triunfalmente, y... sin dar el escudo.

—Me ha dicho que le dé á vuestra merced las gracias, y que él y su mujer cuando vuelva lo han de agradecer mucho.

Echáronse los dos á andar sin rumbo fijo y sin saber adónde, y aunque el guarda tuvo intención de seguirlos por poder y saber decir adónde iban, se metió filosóficamente en casa diciéndose:—Este don Pijote, ó don Bigote, ó don mis... zajones, que parece medio chiflado, es capaz de soltarle un tiro al lucero del alba, y después adivina quién te dió. Que vayan adonde quieran, que ya parecerán, que no se los comerán los lobos, pues no los hay.

A unos tres ó cuatro kilómetros de la casa hallaron á la mujer del guarda, que regresaba de buscar espárragos y cardillos, y apenas don Quijote la conoció le dijo:

—Debe vuestra merced de ser una hacendosa y honradísima mujer, porque eso

de venir á estas lejanías, y soledades en busca de esas pobres plantas, bien alto proclama que para vuestra merced no hay fatiga, ni cansancio, ni molestia para acopiar y recoger lo que hace falta en casa. Así es como se labra la felicidad, que en el matrimonio es la paz conyugal, y no la habría si la mujer no tomara parte en las fatigas del marido, en el duro ajetreo de buscar el pan de cada día. ¡Sea, pues, la paz con vuestra merced, honrada y santa mujer!

—Honrada, bien pudiera ser, pero de santa no tengo un pelo ni lo quiero.

—Pues no os estorbaría.

—Si se ha de ganar la santidad, como dicen, á fuerza de rezos y de golpes de pecho, no he sido yo mogigata nunca ni las puedo ver, y si he de decir á su merced la verdad, tampoco me gusta ir á contarle mis secretos á nadie por muy cura y por muy fraile que sea, pues son hombres como los otros y tienen su alma en su almario, y como eso que dicen confesar también hace falta para ser santa, con ser honrada me contento, y no es poco para una pobre.

—Estando vos tan convencida de eso como al parecer estáis, no he de procurar yo convenceros de otra cosa y así, adiós

quedad, y en casa hallaréis un escudo de oro que ahora al salir he dejado á vuestro marido.

—Dios se lo pague, señor, que esos son los mejores consejos que se nos pueden dar; algo contante y sonante ó que se nos pegue al riñón, que lo demás todo eso de la santidad no es más que engaña bobos y saca dineros—y posando la espuerta (cenacho) en el suelo añadió, dispuesta á continuar indefinidamente:—Allá cuando yo era moza, que ya ve su merced que va larga la fecha, sí que era un poco devota; sabía la oración de San Antonio, la de Santa Polonia, la del torbisco y otras, cada una para su cosa, pero con la mocedad se me fué la tontería, y como no he tenido hijas á quien enseñárselas, también las olvidé, y crea su merced que no me pesa, porque ¿sabe su merced para qué me servían? Para desesperarme y maldecir, porque en los apuros, vaya, queriendo y sin querer, me encomendaba al santo con su oración y todo, y como del apuro no salía acababa por mandar á todos los santos á Barrabás.

Que era como daros á Barrabás vos misma, mujer blasfema. ¿Véis? Por eso mismo os sería conveniente que frecuentáseis el sacramento de la penitencia, que confesá-

seis á menudo, pues allí encontraríais la sabia palabra del prudente sacerdote que os habría de aconsejar en las situaciones difíciles, consolaros en las tribulaciones, animaros en los desalientos...

—O espantarme con un bufido hoy, que no pueden proponerme cosas para que entonces servía... Y después de todo ¿para qué? ¿Para que me digan, después de ponerme verde, *que tenga paciencia?* Eso con una vez está dicho para siempre y aun callado estaba dicho.

—Y dígame, buena mujer, ¿piensan muchas como vuestra merced?

—Aquí, por estos contornos, todas, y en la ciudad, las de mi clase, todavía peor, porque para que se entere su merced, hay quien ha ido cambiando las vocaciones de Dios y de los santos por otras á su capricho, que no son nada santas ni decentes siquiera, y si su merced oyera á los hombres ¡esos, esos si que tienen una boca de hacha!... Lo mejor que tienen para el de arriba es... ya me entiende su merced.

—¿Pues por qué se rebelan contra El, la criatura contra el Creador? ¿Qué culpa tiene El de sus contingencias desagradables ó de sus desgracias?

—Pues... pues... le diré á su merced. ¿No dicen que es el autor de todo y que

recompensa á los buenos y castiga á los malos y que es justiciero y no sé qué más? Pues por eso, como nada de eso vemos los pobres, y andan unos papeles por ahí que los leen los obreros de noche, después de retirarse del trabajo, se nos han abierto mucho los ojos, y hemos visto que no hay más Dios ni más Santa María que los curas, que han inventado esas monsergas para vivir ellos lucidos y descansados, engañándonos á los pobres, para servir á los ricos que los mantienen.

—Pero... ó yo sé poco, ó soy un sandio, ó soy la pura inocencia—replicó don Quijote haciendo ademanes de poco menos que desesperado— esos curas y esos frailes, que vuestra merced dice que los mantienen los ricos para que engañen á los pobres, procurarán hacerlo, y ya ve vuestra merced que yo, pecador y mal cristiano, no digo que no los engañen, que en tal caso sería transmitir un engaño de buena fe porque de buena fe se tiene... En fin, mujer y admirable relatora, esos curas y esos frailes vendrán por aquí á buscarles á vuestras mercedes, á congregarles, y á todos juntos y á cada uno de por si les hablarán de las verdades eternas; iluminarán esas almas con la luz de la palabra divina; procurarán sacar de las tenebrosi-

dades de la ignorancia y de la falsa luz del error á todos los que como vuestra merced están á obscuras ó mal iluminados...

—¡Ay, señor! Para venir aquí hay que pisar las trochas, dejarse picar del sol, dormir mal en los cortijos y comer si á mano viene peor, y ellos se están muy cómodos en sus iglesias y en sus conventos, viendo qué moza garrida entra, qué intrigante los solicita, ó qué presente les manda la rica dama devota á cambio de las absoluciones para seguir pecando tranquilamente. ¡Así que no lo dicen bien claro esos libros y esos papeles que los gañanes leen después que dejan el trabajo!

—¡De modo—dijo filosóficamente don Quijote—que son vuesas mercedes un rebaño total y absolutamente entregado y abandonado al lobo!

La mujer, en quien la gratitud y estímulo del anuncio del escudo dejado al marido se habían disipado, no pudo aguantar que les llamaran rebaño, y recogiendo del suelo donde lo había puesto el cenacho con los espárragos y cardillos, replicó hecha una furia:

—Ostés seréis del rebaño y de la piara, tío esqueleto, almacén de huesos, que no páece sino una buitre pelada, y ese tío bo-

tijo, que huele á pastor y á chotuno de media legua. ¿Si seréis ostés también de esos que andan por ahí hablando bien de los curas y de los frailes porque les dan? Y dando ella una *rabotada*, echó á andar apresuradamente sin volver la cabeza ni hacer caso de lo que don Quijote decía. Sancho, que se desternillaba de risa, cuando pudo le dijo á su amo:

—Esta, mi señor don Quijote, es una aventura en que si se descuida sale tan arañado como en el gateamiento de marras. ¿Pero no sabe vuestra merced que predicar en desierto es sermón perdido? ¿Y esto que es más que un desierto, voto á mí, donde no se ve alma nacida?

—En ella lo tiene esa pobre mujer, Sancho, ó más valía...

El *sermón* y su resultado contribuyeron á aminorar la semiembriaguez de don Quijote, y más que por ésta por la turbación continuó andando vacilante y mohino.

CAPITULO VI

De los razonamientos y discusión que don Quijote tuvo con el morador de una choza.

Los tres ó cuatro periódicos de Madrid que absorben ellos solos las cuatro quintas partes de los lectores que hay en España y tienen, por decirlo así, monopolizada la opinión, pues á su modo la encauzan, la varían y modifican, llamándose, por uno de tantos equívocos convencionales, órganos de ella, publicaron un suelto que, refundidos el de cada uno, decía algo parecido al siguiente:

«Nuestro corresponsal en Jerez nos remite un extenso telegrama, que no publicamos, porque á pesar de la conocida seriedad de dicho corresponsal y de merecernos entera confianza, nos da cuenta de una novedad tan estupenda que no podemos menos de considerarla una broma á las que son tan aficionados nuestros apreciables vecinos del mediodia, que no saben qué hacer muchas veces con los engendros de su fecunda imaginación, y tratan de exportarlos por la vía más adecuada: el telégrafo. Como aún estamos bas-

tante distantes del 28 de Diciembre, no queremos exponernos á que nuestros lectores puedan decir que *abusamos*. ¡Figúrense ustedes que nos da por cierta nuestro corresponsal ú otro que lo ha suplantado para gozarse en la broma, nada menos que la resurrección de don Quijote y de Sancho, acogidos en una casa de campo ó cortijo aristocrático de las inmediaciones de Jerez, y con decir ésto creemos que ya podemos omitir todos los demás detalles en que el telegrama abunda.»

Sin embargo, los corresponsales, abominando esta vez de la funesta fama de bromistas de que gozan los del país, por la que cuando dicen verdad no les creen, y por no «defraudar» dicen las menos posibles, insistieron, mandaron los periódicos de la ciudad con sendas acotaciones de lápiz azul, y la noticia se divulgó entonces por toda España; y como curiosidad y prueba de la credulidad y fantasía extraviada de este pueblo, hubo corresponsal de la prensa extranjera que la acogió comentándola humorísticamente. ¡Al fin el pueblo en que se anuncian polvos para hacer sardinas, y lo que es más ¡se venden! Esto es, hay compradores.

Pero ya la noticia llevaba «el sello de origen», recalcado por la saludable previsión

de los grandes órganos de la publicidad, y quién más y quién menos, queriendo competir en *pupila* con los informadores de quienes recibían y asimilaban la opinión, se limitaban, unos, á sonreirse desdeñosamente y otros, predispuestos, á reir con franqueza la gracia, y de todos modos de gracia no pasó.

A ésto sean dadas, pudo vagar tranquilamente por la dilatada campiña jerezana el héroe de los molinos de viento, que «llevaba otros tales en la cabeza», sin que le molestaran y asediaran los mil y mil que de haber creído en su real y verdadera aparición le buscarían para comprobarla, y pudo vivir la vida cortijil de la comarca sin más inconvenientes que los que le ocasionaban su facha é indumentaria, atenuados por su lenguaje, que exótico lo consideraban, y como, dígase lo que se quiera, hay en el generoso pueblo español un gran caudal de nobleza, la manifiesta natural y espontáneamente con el extranjero, al que, sólo por serlo, las gentes le consideran débil, y no solamente no le hostilizan, sino que le ayudan y protegen, si por su conducta no provoca reacciones defensivas.

Vagaron, pues, al azar don Quijote y Sancho después del encuentro con la guar-

desa, se les echó la noche encima y se arrimaron á una cabaña, achaparrada construcción de cañas, que vieron descollar en la planicie. Salióles al encuentro un estrepitoso gosquecillo con tan persistentes ladridos, que por ellos, encorvándose para acomodarse á la altura de la puerta, un hombre surgió de la cabaña y se adelantó hacia los dos forasteros con desenvoltura y sin recelo.

—¡Salud, señores!—les dijo.

—Caudal es ese—contestó Sancho—del que sólo nos acordamos cuando no lo tenemos, y no debe de abundar mucho por esta tierra, porque ya nos lo han dicho tres ó cuatro de los que topamos, en vez de Dios os guarde.

—Dios es la salud y nosotros salud pedimos, porque es el único bien que los pobres podemos perder y el único que nos es lícito desear.

—Verdaderamente que es un gran bien la salud, pero no es único, como lo es Dios. de quien todo bien procede, y sólo fué permitido á los gentiles, que cayeron en las aberraciones de la idolatría, hacer de cada bien, ó símbolo de él, un dios; mas los cristianos, los que han oído la revelación, no pueden ni deben considerar como Dios la manifestación de uno de sus atri-

butos, ni una sola de sus obras, por perfecta y maravillosa que sea—replicó don Quijote.

—A eso podría decir yo, señor mío—contestó el de la choza—que para todo hay argumento, y si volvemos la oración por pasiva, tendremos que no hay Dios, ó que si le hay es fuente y origen de todo mal.

Oyendo tamaña herejía don Quijote, se llevó ambas manos á la cabeza exclamando:

—¡No he oído ni he querido oir lo que vuestra merced ha dicho!

—Ese mismo ademán—contestó el de la choza con tranquilidad—y esas mismas palabras hacen y pronuncian los que tienen por oficio ponernos en relación y á bien, según afirman, con Dios, pero no pasan de ahí, y hágame usted el favor de decir: ¿lo opuesto al bien existe? ¿Existe el mal?

—Sí; como una forma del bien, y según la naturaleza, propiedades y fin del sér á quien afecta ó produce el acto..........

....

Don Quijote y el de la choza se enredaron en una discusión teológica, no sabiendo don Quijote qué admirar más, si el número é importancia de los errores, ó la lucidez y convicción con que el de la cho-

za los exponía, y pasito á paso fueron acercándose á la choza, de donde extrajo su dueño rústicos y primitivísimos asientos, que ocuparon.

Había tropezado don Quijote con uno de los obreros que tenían más cultivada la inteligencia por medio de la asidua lectura de periódicos y folletos ácratas, siéndolo él convencido, curtido además en la discusión, porque en realidad no era obrero del campo, aunque en el campo se encontraba y á faenas agrícolas se dedicaba entonces.

El mismo se lo explicó á don Quijote: La decadencia urbana era enorme por razón de la depreciación y escasa salida del vino, pero independientemente de ésto, desde que se habían constituído las sociedades obreras, y éstas habían promovido algunas protestas más ó menos tumultuosas para oponerse á la creciente absorción de los obreros por la clase patronal, y desde que éstos habían alcanzado dos ó tres *reivindicaciones*, existía entre los patronos un acuerdo tácito de ir negando paulatinamente trabajo á todos aquellos obreros que más se habían singularizado por su inteligencia ó por su tesón en la lucha, y por este medio habían conseguido que, acorralados por el hambre, unos emigra-

sen y otros, los menos, se refugiasen en pequeños pegujares que, con el auxilio de los individuos de la familia, cultivaban penosísimamente, porque á duras penas reunían para la renta anticipadamente pagada y para semillas, y que careciendo de útiles de labor y de animales, estaban trabajando en no mejores condiciones que los salvajes. Y esto es doblemente irritante —decía—porque aquí, á dos pasos de aquí mismo, ve usted el ganado ocioso, ó siente el chirrido de las máquinas agrícolas ahorrando esfuerzos al hombre y enriqueciendo al dueño con la cantidad y la calidad de la producción, porque si bien es cierto que ésta es muy inferior á la que debía obtenerse, es porque las máquinas no han venido por *vocación* de los dueños, sino cómo un instrumento de venganza, como un medio de emanciparse del obrero, prescindiendo de él cuanto se pudiese, teniendo las mismas áreas y los mismos sistemas de cultivo que antes. La recolección era lo apremiante y para la recolección se precavieron. ¿Qué han logrado así? Que si antes segaban en un mes ahora siegan en una semana, que si antes trillaban, limpiaban y recogían en dos meses, ahora recogen en quince días con la cuarta parte de gente que antes necesitaban,

pero no meten un grano más en sus trojes hoy que antes de traer las máquinas. Por eso los obreros parecemos refractarios al progreso, siendo todo lo contrario, puesto que amamos el progreso, somos agentes de él y de él esperamos la disminución de muchas fatigas y privaciones, pero naturalmente, si vemos que los adelantos del progreso se convierten en nuestro daño, y no se aprovechan más que para oprimirnos, vejarnos y escarnecernos, nos volvemos airados contra los instrumentos mismos, porque los que los adquieren se ponen lejos del alcance de nuestras manos y de nuestras censuras. Pero de todos modos el pueblo es dócil, se estremece una vez, da una acometida y luego se tranquiliza por el agobio de sus propios trabajos.

—Todo eso que vuestra merced dice me parece muy bien como causa humana, y aun le doy la razón en muchas cosas; pero ¿qué tiene que ver Dios con eso? ¿Por qué mezclan su nombre sacrosantísimo en sus odios y abominaciones?

—Porque es preciso destruir la causa para que desaparezcan los efectos. Solamente por el nombre de Dios nos concitan á la resignación; solamente nos hablan de él como remunerador en la otra vida, y nos aconsejan el desprecio de las riquezas

terrenas los mismos que las acaparan y disfrutan, en fin, porque nos hablan de Dios lo mismo que si estuviéramos en la primera edad de la humanidad, tímida y supersticiosa, porque la intimidaban y cohibían los mismos fenómenos atmosféricos que ahora nos explicamos perfectamente, y aun los producimos artificialmente, de modo que no es de Dios en rigor contra quien protestamos, no es de él contra quien maldecimos por lo que tenga de Dios, autor y sustentador de lo creado, sino por lo que tiene de parapeto tras el cual se cobijan inicuos explotadores y ambiciosos que si no hay Dios, son despreciables por cobardes, y si lo hay, porque venden á Dios y á su conciencia á cambio de satisfacer apetitos y concupiscencias. Nó nos hablan en nombre del Derecho, ni en nombre de las teorías economicas hoy más autorizadas por los hombres de más talento y los más desapasionados pensadores, ni en nombre de la moderna sociología; todo... Dios, Dios y su justicia *futura* como de un pisón para machacar ideas. Son un anacronismo que digiere y piensa por una estereotipia incrustada en el cerebro, y, claro, á la persistencia de ellos en el error convencional, tenemos que contestar nosotros con argu-

mentos que no tendrán nada de metafísicos, como usted me decía antes, pero que no lo necesitan tampoco, porque creo que la mejor metafísica es la evidencia, á menos que la metafísica no sea el arte de vestir y desfigurar la mentira para darle apariencias de verdad.

—Poco tendré que decir á vuestra merced, aunque lamente que un hombre de tan buen y tan cultivado juicio, parece que discurre sometido al influjo de una irritación, y ésto poco, porque he ya visto que está muy extendida esa opinión negadora, y bien podré decírselo como consejo paternal, pues puedo serlo de vuestra merced, es que no pierdan ni oscurezcan nunca la idea de Dios, no de un Dios maniquí, como vuestra merced decía, sino del Dios que preside las armonías de la creación, Dios augusto y único, que prescindan en sus luchas y elucubraciones de zaherirle blasfemamente, y pues tienen defectos sus ministros, pues en efecto, están vestidos de carne corruptible como los demás hombres, prescindan de ellos y háganse, si vuestras mercedes quieren, sacerdotes de vuestras mercedes mismos; cada uno sacerdote de sí mismo, en último término, que no creo que sea indispensable un intermediario para que la

criatura se ponga en relación con el Creador. No está ésto muy conforme con la Iglesia, á la cual reverencio y venero, pero paréceme á mí preferible que padezca la fundación antes, mucho antes que el fundador, y que lo que ella no sabe guardar, busque en sí mismo el refugio y llegue por sus propias fuerzas á la salvación, y si no hablo en nombre de nadie, respondo á mi propio entendimiento, que por encima de todas las ortodoxias me dice que los oficiales de un oficio no hacen falta cuando son nulos en él ó más desbaratan que componen. ¿Qué puedo decirle yo a un hombre que como vuestra merced con buena voluntad observa y deduce, al parecer de buena fe, pero le atropellan los hechos, los hombres le niegan la razón y los poderosos le persiguen? ¿Sería yo don Quijote de la Mancha si incurriera, aunque fuese por equivocación, en lo mismo que censuro y de que abomino?

Al oir el de la choza decir: «¿Sería yo don Quijote de la Mancha? se afirmó sobre el busto, inclinóse algo hacia atrás y miró con intensa sorpresa al huésped que tan seriamente se adjudicaba el nombre del popular desequilibrado, y comenzó á pensar si se las había realmente con un loco lúcido, ó con un vagabundo vividor que

se fingiese loco para explotar la estultez común.

—¿Don Quijote de la Mancha?...—replicó—y soltó una sonora carcajada.

—No se ríe un hombre de otro así en sus barbas y sin más ni más—dijo don Quijote algo airado.

—¡No he de reirme, si se ha bautizado usted con el nombre de un ser fantástico, que no ha existido más que en la imaginación de un escritor que le llamó así, como pudo haberle llamado don Pedrote del Camino!

—Hable vuestra merced con más reverencia del que se ha expuesto á mil magullamientos en bien de los desvalidos, y si existió ó existe, ya se lo dirán los hechos. Lo que es como en todas las cosas esté vuestra merced así de bien informado, bien puedo decir que ¡qué lástima de tiempo perdido en estar oyendo y contestando á vuestra merced! y también puedo decir, con mi escudero Sancho, que donde piensas hallar tocinos no hay estacas.

—Pero santo varón, aun suponiendo que don Quijote haya existido nò ve usted que hace tres siglos que debió haber muerto y á estas horas ¿dónde estarían sus huesos?

—Don Quijote no puede morir nunca,

como algún malandrín ó ejército de gigantes por malas artes no lo maten, y la inmortalidad tiene el privilegio de la actualidad permanente, está presente de continuo, y negar ésto es señal de poco entendimiento y de ningún ó mezquino discurso. Yo soy don Quijote de la Mancha, á quien lo niegue estoy dispuesto á probárselo de cualquier modo, á pie ó á caballo, en campo abierto ó donde quiera que sea.

Y levantándose, comenzó á blandir la escopeta revólver cuyo manejo ignoraba aún, y visto esto por el de la choza pensó: «Será mejor transigir con el tío éste, que loco como parece ó se hace no vaya á descerrajar un tiro que le ase á uno vivo», y pensado hecho: sin levantarse del asiento y acomodándose al estilo de su interlocutor reposadamente dijo:

—Yo, señor mio, no tengo por qué dudar, sino por lo que he leido, de que vuestra merced sea ó no don Quijote de la Mancha, el Caballero de la Triste Figura y de los Leones, cuya historia he leído.

—Ese mismo soy yo, ese y no otro, y puede vuestra merced afirmarlo y aun jurarlo si á ello le invitan.

—Es cosa que no acostumbro á hacer, pues aunque emplee interjecciones que

parecen juramentos, es porque se usan para robustecer la afirmación, pero no creo ni en ellas ni en ellos. Mas es, creo que muchas veces, por no decir siempre, el juramento es pantalla tras la cual se oculta la falsedad, y así, vuestra merced se modere y tome asiento otra vez, que quienes tanto y tan amigablemente han departido, no es bueno que se separen como enemigos, que yo no quiero ni deseo serlo de nadie, pues por el credo anarquista que profesamos, tenemos á todos los hombres por parte de nosotros mismos, y no miramos de dónde ni quienes sean, bastándonos con que sean dignos, y ya que no cooperen al ideal, no lo contraríen, y pues vuestra merced parece lo primero y simpatiza ostensiblemente con lo segundo (pues inostensiblemente ó sea con recato y como vergonzosamente, por los intereses que comprometen, simpatizan muchos) tiene derecho á lo que con menos no se lo negamos á otros.

—¡Bendito sea Dios y su soberana bondad—exclamó don Quijote—que no deja nunca desierto el corazón humano de humanitarios sentimientos, ni la mente de nobles ideas, llámense como se llamen, que lo que haya de prevalecer, prevalecerá, y así hace posible un estado social,

y negando el famoso apotegma *homo homini lupus*, confirma el *nihil novum sub solem*, pues lo único nuevo son las palabras...

—Palabras, palabras, palabras y esas las lleva el viento. Para que no sean vanas, han de ser curadas y de peso como las avellanas—dijo Sancho bostezando que había estado durmiendo beatíficamente todo el tiempo que el de la choza y don Quijote habían invertido en su infructuosa discusión.

—Por cierto, mi señor don Quijote, que más valía que nos volviésemos á la casa de donde hemos salido, que con el relente parece que se me ha entumecido el cuerpo, la hambre no está queda, y por aquí, como no sea que hallemos alguna cabaña de pastores que tengan tasajo, no sé que haya mucho que podamos comer.

Sonrióse el de la choza pensando: «éstos, por lo que se ve, han tomado en serio el papel de don Quijote» y dijo:

—Ni mucho ni nada, porque el señor Sancho debe de saber, ó quizá lo ignore por no ser de su tiempo, el refrán que dice: «si al campo vas, lo que lleves comerás». Los pastores de ogaño, á lo menos los de esta tierra, no tienen reserva de tasajo, ni aún lo prueban, como no sea de

extranjis y á hurtadillas, disputándoselo á los cuervos.

—También sé que el pastor de un rebaño, saca su diezmo al año.

—Eso sería cuando los pastores estaban al frente de los rebaños años, pero ahora no están trimestres, y hay entre ellos un espionaje que no bien han pensado hacer una cosa cuando la sabe ya el allegado del amo.

—¡Pues viven como encarcelados!

—Con la amenaza perpetua de serlo, ó despedidos por la más leve sospecha que despierten. En fin, señores, sean ustedes quienes quieran, que á mí no me importa, y vengan ustedes de donde quieran—continuó diciendo animándose y entrando en calor el de la choza—lo que yo veo es que son ustedes hombres aficionados á saber y que no conocen este país ó estos tiempos. Han de saber ustedes que todo eso que ustedes piensan y dicen, que tal vez se practique en vuestro país ó se haya practicado en vuestro tiempo, aquí ahora no se practica ni se conoce. El trabajador, ó para decirlo en los términos con que se conoce al que vive del trabajo muscular, el obrero, es un sér no incorporado, extraño á las bases de sustentación social, de modos de vivir tan eventuales y con-

tingentes que puede decirse que no tiene ninguno, propio desde luego, y seguro... tanto en cuanto se deja explotar, como una bestia, sin demostrar que tiene conciencia, porque si discurre lleva en este pecado la penitencia de quedarse sin comer, aunque sea necesario, y cuando no lo es, de todas las maneras se queda. Aquí no hay trabajador alguno que tenga ni pueda buenamente tener, según los medios hoy lícitos de adquirir, reservas de sustancias alimenticias, porque no las toca más que para producirlas por cuenta ajena, ni reservas de metálico porque su jornal medio no excede de cinco reales diarios, cuando los gana, que es una cuarta parte del año, y pueden ustedes figurarse qué economías podrá acumular. Es, en cuanto á la hacienda, un elemento de labor, que se nutre de ella mientras cambia esfuerzos por alimentos; se acerca y se presta cuando le llaman y se separa y se aleja cuando deja de ser instrumento de producción, porque le despiden; y él podrá mirar con envidia ó cariño, lo que ustedes quieran, ó quieran los que dicen que es odio y envidia, el terreno que ha regado y los frutos fertilizados con su sudor, pero tiene que apartarse de ellos como de cosas malditas, ó si lo fuese él. Y en las

noches frías y largas del invierno, y en las estaciones duras ó irregulares del año, cuando en su hogar no se enciende fuego, cuando los días se le pasen y repitan sin probar ni un bocado, porque ésto, señores, que parece que se dice para dar relieve á una queja, y que el sentido común lo admite sólo como extremoso alarde retórico, es tan verdad, es tan tristemente cierto, que yo mismo he pasado por la angustia terrible de estar días sin comer, y por la más angustiosa todavía de no poder dar de comer á mis hijos; pues bien, cuando todo eso le pase, importa poco que se acuerde del sudor vertido y de los frutos que han sido su consecuencia; para él están tan vedados como los que procedentes del extranjero importa un industrial, y las puertas del cosechero indígena, tan insensibles á los llamamientos del obrero como las del que acumula sin entrañas atento sólo á la mayor ganancia (1). En estas condiciones los obreros y los productores, ó para decirlo de modo que no dé lugar á confusiones, los obreros y los co-

(1) Me asalta el temor de que aquellos que no conocen directamente al obrero moderno, piensen que este lenguaje es impropio. Para disipar todo escrúpulo, diré que esto es casi una nota taquigráfica. Hay obreros, y muchos relativamente, que se expresan con tanta corrección y tan abundante léxico como cualquier letrado.—(N. del A.)

secheros coexisten con recíprocos odios, y yo no he de decir, porque lo dejo á la consideración de ustedes, quién los provoca, quién los sustenta y quién los fomenta. Por estas mismas condiciones es admirable cómo puede conservarse de un año para otro el obrero: misterio es, que si lo ha intentado, no ha podido explicarlo la economía, ni tiene racional explicación por los medios de conocer de esta ciencia, y es preciso recurrir á otras, é indicadas por un sabio é ilustre de nuestro país la *sobriedad bromatológica y cosmetológica* (1), como una especie de medios de sustentación supletorios, puede ser el punto de partida para la explicación de lo que no la ha tenido hasta ahora.

Sancho y su amo escuchaban al de la choza con tanta atención que parecían embobados, el cual continuó así:

—En efecto, señores, la benignidad de este clima, permite que se pueda *ir tirando* con poco alimento, poco nutritivo, y con poca ropa, y gracias á esto hay cierta alegría inmarchitable, que disfraza un malestar efectivo. Si esto mismo pasara en las brumosas regiones del Norte, se traduciría en sombrías y devastadoras

(1) Don Rafael Salillas, *Hampa*, pág. 416.

conspiraciones y alzamientos, porque no es verdad que *Dios da el frío en proporción de la ropa que se tiene*, sino que da uno soportable y otro insoportable, y cada cual produce sus peculiares efectos.

—Como el que yo tengo ahora, pese á mí—dijo Sancho—que en Dios y en mi ánima que más agradecía á estas horas una ropilla pesada ó una manta, que un buen consejo—y castañeteó jocosamente los dientes, estremeciéndose con cómica exageración.

—Eso es, Sancho, que después de haber andado tanto, te echaste al sereno, y si dieras otros paseos por ahí te se quita el frío como si nunca lo hubieras tenido.

—¿No decía yo que quería mejor una manta que un buen consejo? Porque estando vuestra merced delante sabía yo que el consejo no había de faltar.

—Lo mismo nos pasa á nosotros los proletarios en esto que se llama cuestión social; no oímos ni nos dan más que consejos y nadie sabe otra casa ó no la quiere.

—¿No sabe vuestra merced que el que aconseja no paga?

—Pasa como cuando una caterva de indiferentes ó de tibios están presenciando la posibilidad de una catástrofe más ó menos inminente; todos dan planes é in-

dican medios para evitarla, pero nadie realiza un acto ni hace un sacrificio para dar ejemplo ó demostrar que la catástrofe le interesa.

—Eso, señor mío—replicó picado don Quijote—si lo quiere vuestra merced aplicar á mi consejo, debe de pensar y tener presente que no tiene comparación una cosa con la otra en primer lugar; y en segundo, vuestra merced no sabe, si yo tuviera aquí una manta, si le daría el consejo y la manta, ó cuál de las dos cosas le daría, ó si le daría alguna. Noto, y hace ya rato que lo tengo aprendido, que vuestra merced tiene el espíritu de crítica demasiado desarrollado, y no sé cómo vuestra merced procedería si se hallara del lado de los que critica, pues no sé por qué barrunto que vuestra merced profesa ó sería capaz de profesar aquel principio de no ser lo mismo predicar que dar trigo. ¡Hola! Toda excesiva crítica es hija natural de la soberbia, y las dos madres de la rebelión, vituperada y castigada desde el principio del mundo...

—Cuando estaba todo opaco
y salió vendiendo tabaco,
el glorioso San Raimundo,—

—añadió epigramáticamente el de la choza.—Con esas ranciedades, olvidadas y

desacreditadas puede usted ó *vuestra merced*, pretender ponerse en carácter, pero no lo conseguirá de ningún modo.

—Y vuestra merced, con saber colocar una palabra delante de la otra de modo que no desconcierten, puede pensar que está autorizado para criticar de todo lo divino y lo humano, y que tiene genio para cambiar la faz del mundo y ponerlo á su capricho y antojo.

Y terciando la escopeta, añadió echando á andar:

—¡Vámonos, Sancho amigo, que convencer á un villano erudito, es lo mismo que querer moldear el agua.

—¿Y vuestra merced que lo sabe, pese á Caifás, por qué lo intenta?

—Inténtelo, Sancho—contestó don Quijote—porque todos tenemos obligación de decir la verdad y todo aquello de que estemos seguros y convencidos.

—Según eso, no dirá vuestra merced que el hombre ese no cumple con esa obligación, y así no sé por qué vuestra merced lo maltrató.

—Puede que tengas razón, Sancho, pero... de todos modos, todo engreimiento es nocivo.

Por su parte, el de la choza se dijo: «Con estos neos siempre se acaba así, á linternazos.»

CAPITULO VII

Que sirve de puente para pasar al VIII.

Tres ó cuatro días más vagaron por la campiña don Quijote y Sancho, hasta que llegaron á la ciudad noticias de sus rarezas y extravagancias y del sitio en que más recientemente habían sido vistos. La curiosidad estaba en la ciudad sobradamente excitada con las noticias de los periódicos, las afirmaciones categóricas del médico, y el luminosísimo informe que con tal motivo presentó, y temiendo que el sublime loco no se mostrase en la población y se alejase á donde ya no pudieran verle fácilmente, se organizó una numerosa caravana, con propósito de *cazarlo*, si era preciso ó traerlo mañosamente á Jerez. Formaban parte de la caravana el médico y el dueño del cortijo en que se habían hospedado amo y mozo, y constituíanla jinetes, carruajes tirados por fuerza animal y automóviles. Dieron con ellos en las cercanías de una colonia agrícola numerosa, especie de paréntesis de un desierto, en que la vida civil está en parodia

y la rústica pierde las timideces de lo solitario para manifestarse más brutal y egoísta que en los caseríos y cortijos ais lados.

Si hubieran entrado en aquel poblado los dos extraordinarios personajes es seguro que serían corridos y apedreados, hasta que viniese en su auxilio la fuerza representante de la del Estado acogida en la Casa Cuartel, que librándoles de las burlas pesadas y peligrosas de los moradores jabileños, harían presa en ellos para remitírselos, con voluminoso «atestado» al Gobernador civil de la provincia, por indocumentados y sospechosos. ¡Ah! Esto con toda seguridad. Hasta ese punto llega la perspicacia de los encargados de velar por el orden y seguridad en los campos y caminos; prenden á un naturalista que va capturando insectos y *pueden* no ver á un cuatrero que arrastra una recua heterogénea en especies y aparejos, y hasta ese punto es eficaz el artículo del Código *fundamenatal* que dispone que nadie debe ser detenido como no sea por causa de delito...

La Colonia está asentada en un valle ameno que forma admirable contraste con el resto de lo recorrido por don Quijote, y puede decirse que hacia él le atrajeron las esplendideces de la vegetación que de le-

jos pudo ver. En donde era más compacta y exuberante, allí se internaron los ínclitos manchegos, como si tuviesen, no deseo de aislarse y esconderse, sino necesidad de recibir fuertes inhalaciones de oxigeno y el instinto les dijera que allí se producía, bien así como algunos animales buscan y hallan con sorprendente acierto lo que conviene para el alivio de sus dolencias ó el remedio de sus necesidades.

Parecíales que allí era el mundo distinto; más amplia la circulación, más honda la respiración, y al sentir que les acariciaban efluvios sedantes, se tumbaron en el césped y hasta Sancho se revolcó diciendo:

—Más y mejor dormiré yo aquí sobre este mullido de hierba fresca y olorosa que en camas de príncipes. Yo no sé cómo los hombres no cuidan de los árboles y de las plantas todas como de sus mismas personas, porque son, para mi entender, los mejores amigos que tienen, y no parece sino que los persiguen como á enemigos, ó los descuidan como inútiles. De mí sé decir, y Dios no me lo tome en cuenta, que más á gusto me encuentro rodeado de árboles que de hombres, y que con más placer estoy en un prado, aunque sea recién segado, que en una sala.

Don Quijote asintió á lo que Sancho decía, añadiendo:

—¿Pues hay nada que muestre tanto la Divina Providencia como un terreno cubierto de frutos de varias clases y colores, de diferentes aromas y sabores y de infinitas propiedades? Aquí la corpulenta encina adornada con la dulce y nutritiva bellota; allí el castaño de ancha hoja y obscura sombra, que defiende su sabroso fruto, envolviéndolo en fundas de erizadas y agudas espinas, el verde nogal de oleoso fruto; allá el lujurioso manzano, que después de una exuberantísima floración se desgaja al peso de su numerosa prole; acullá el almibarado melocotón, más allá la jugosa pera, tan varia en tamaños como rica en múltiples sabores; la dorada naranja, el agrio y salutífero limón, que así cura el escorbuto, robora y conforta el estómago, como rebaja la agudeza del reuma; y tantos y tantos otros de exquisito fruto que yo no puedo enumerar, sin contar los árboles de adorno y los que llaman *maderables* que tan útiles son mientras viven, y tantísimas necesidades llenan después de muertos. Son además asilo donde se refugian confiadas multitudes de pájaros de mil clases y matizados plumajes, que alegran la vista, y de-

leitan el oido. Una tierra desprovista de árboles es nuncio de desolación, poco agradable desde luego, y está muy cerca de la esterilidad, y si no has de fijarte, Sancho, en cómo nos pintan el Paraíso, y así cuanto menos se parezca la tierra al Paraíso, tanto más nos alejamos de él.

En coloquios por el estilo les sorprendió el sueño y se apoderó de ellos, durmiendo de un tirón hasta el amanecer.

De brillantes, rubíes, topacios y esmeraldas parecía cuajada la frondosidad de la selva, cuando los dos abrieron los ojos y tendieron la vista por la sábana de vegetación que les rodeaba, porque el rocío titilando en las hojas y ramas, todo aquello imitaba al quebrar inquieto los rayos del naciente sol. Rompió á hablar don Quijote diciendo:

—Tanto esplendor y magnificencia tanta, sólo en las obras de Dios se puede producir, y sólo pueden ser admirados donde el hombre, en consorcio con la naturaleza, ayuda y favorece sus manifestaciones. Este hermoso espectáculo de un amanecer verdaderamente risueño, sólo puede presenciarse en un lugar como éste, donde los árboles y plantas parece que se despiertan al contacto del beso cariñoso de su padre el sol, que vistiéndolos de luz, los engala-

na y da vida, los hace susurrantes y como bulliciosos.

—Yo no sé qué ojos tiene vuestra merced que todo eso ve y oye, y yo, pecador de mí, no veo ni oigo nada de todo eso.

—Como les pasa á todos los de tu condición, y así anda ello, pues más placer sienten en tronchar un árbol que en plantarlo.

—No reza conmigo eso, que si se mirara, son mas los que planté que los que rompí, pero nada veo ni oigo de lo que vuestra merced dice.

—Es que no los sientes con toda la poesía que encierra en sí una frondosa arboleda.

—Eso de poesía es otra cosa, ni sabía que tal árbol había...; de la peonía sí.

—Pues atente á ella que es, entre las dos, la única que te es asequible, y diciendo y haciendo, don Quijote se puso con ligereza de pie, hizo varias flexiones de las extremidades, separándose seis ú ocho pasos del sitio en que había estado echado. Sancho le imitó, y al echar á andar, dió un espantoso grito, presa del mayor terror. Alarmado don Quijote se volvió á mirarle, y al verle asustado pero ileso, le dijo:

—¿Qué te pasa, pusilánime y para poco, que eres capaz de inquietar el corazón del

mismo Hércules, pues no parece sino que te han herido en la más sensible de las entretelas?

Y Sancho, señalando patéticamente con el dedo y tartamudeando contestó:

—¡La Santísima Virgen de la Consolación de Utrera, que es abogada contra animales dañinos, nos valga como nos ha valido, pues hemos dormido sobre un monstruo ó un vestiglo, que tal parece esa espantosa serpiente!

—¿Cuál?...—preguntó don Quijote acercándose, y cuando vió el objeto señalado por Sancho, no pudo reprimir un movimiento de retroceso, haciéndolo con medio paso, quedando erguido en las puntas de los pies, fijo y perplejo. Se rehizo, retrocedió dos pasos más y dijo:

—Por algo decían los antiguos *latet anguis in herba*, y contemporáneamente decimos «en la confianza está el peligro», porque en efecto hemos sido demasiado confiados en dejarnos seducir por lo bello y ameno de este prado, para que saliese lo que ha salido.

—Pues salgamos nosotros de él y todo peligro está pasado.

—Aunque reparo que el reptil ese tiene demasiada quietud, habiendo oído tu grito y la conversación de ahora.

—¿Y si es sordo?

—No suelen estos animales padecer enfermedades que en los hombres son frecuentes. ¿Sabes lo que puedes hacer? Porque no se diga que tú y yo, especialmente yo, hemos huído de una alimaña cualquiera, no habrás olvidado de cuando guardaste cerdos y gansos, silbar algún aire alegre; sílbale, que es cosa que á estos animales les encanta ó les enfurece.

—Eso no haré yo, porque enfurecidos ninguno somos buenos, y si no júzguese por vuestra merced mismo.

—Si tú no lo haces, yo lo haré, que tal vez sepa, cuanto más que ese animal no puede ser muy peligroso, pues pasó tranquilamente la noche entre los dos—y comenzó don Quijote á silbar lo más alto y lo mejor que supo.

—No tiente, por Dios, á Dios, señor, que el que ama el peligro, ya sabe vuestra merced lo demás.

Pero estas advertencias de Sancho servían para enardecer más y más á su amo, aferrándole en su propósito, y de tanto servía el silbar, puesto que el supuesto reptil quieto é inmóvil continuaba, como habían servido el grito y la conversación. Viéndolo don Quijote, dijo:

—Mejor será, Sancho, que desgajes de

uno de esos árboles una rama con que hostigar al animal ese, y procura, á serte posible, que sea de avellano, porque tiene virtud especial para combatir á los reptiles.

—¡Sea como vuestra merced quiera!—dijo Sancho, y se fué, no tanto por obedecer como por alejarse.

Desgajó una rama de lo primero que halló á mano, y desde lejos, se la entregó á su amo diciendo:

—Milagro será que no se vaya vuestra merced á meter en algo que le pese.

Comenzó don Quijote á hurgar con la rama al insensible bicharraco y en uno de los movimientos puso totalmente al descubierto... ¡la escopeta revólver, que por la noche había dejado caer á su lado, y de la cual ni amo ni mozo se acordaban! Quedó don Quijote entre confuso é indignado diciendo:

—Está visto que tus espantos no me han de llevar á mí más que á trances ridículos y de oprobio. ¿No podías haber pensado, condenado y no de Dios, ó visto lo que era?

Acercóse Sancho y al verla replicó:

—Pues así como estaba entre cubierta y descubierta, talmente parecía lo que parecía, y á vuestra merced mismo que la conoce más que yo, ¿no se lo pareció tam-

bién? Pero demos gracias á Dios que después del susto pasado venimos á dar con ella, que si nos fuéramos, cuando viniésemos á recordar, quién sabe dónde estaríamos, ni sabríamos dónde la habíamos dejado, y ¿qué cuenta iba á dar vuestra merced de ella á su amo cuando le vea?

—Los préstamos que se hacen entre caballeros, son donaciones indirectas, y cualquiera que sea el uso que se hace de las cosas, tiene disculpa, cuanto más cuando interviene caso fortuito como es la pérdida. Por eso no lo sentiría yo, Sancho, sino por verme privado de los servicios que esta arma puede prestarnos. ¡Figúrate que la tuviéramos cuando nos pareció serpiente, y que la serpiente fuese serpiente verdaderamente!...

Por el camino practicado en la llanura á fuerza de circular carros y trajinantes adelantaba un numeroso grupo de vehículos de diferentes formas y clases, que iba guiado por un pastor de los montes aquellos, y se detuvo cuando el pastor indicó.

Son los pastores en la comarca donde llevan larga residencia vigías y buzos, y notan la presencia de cualquier elemento extraño á ella con tanta rapidez y exactitud como si lo tuvieran en su propia cabaña. Como si participaran de la vista pe-

netrante del águila y de su sensible olfato, y tuvieran la propiedad de elevarse como ella, hacen indicaciones precisas respecto al punto de su «demarcación», en que puede haber ocurrido alguna novedad ó se ha turbado de algún modo la normalidad perenne de los silenciosos y tranquilos campos que lo son diariamente de sus uniformes operaciones. Ninguno había visto á don Quijote, pero tan pronto como á uno le preguntaron los de la caravana, interrogó el monte, el llano, los árboles y arbustos, las veredas y encrucijadas, y como si se «polarizara», como si hubiera estado en mudo é indescifrable coloquio con todo lo que se veía dijo:

—Venirse ostés por aquí, á ver si están en aquella arboleda.

Llegó á indicarla, cuando Sancho se alejó de don Quijote para desgajar la rama y el ruido de la fractura de ésta llegó, si bien confuso y débil, á los que les buscaban, y además entre los pies fijos de los árboles, aunque bastante oculto por la maleza, vieron circular y moverse algo relativamente voluminoso. No necesitaba el pastor tanto para afirmar categóricamente que estaban allí, y en su vista, dos de los de la caravana descendieron de los carruajes y acompañados del pastor se di-

rigieron á la arboleda señalada. Eran los que á ella se dirigian uno, el médico ya conocido, y otro el amo del cortijo en que don Quijote sufrió ó completó la metamórfosis que el médico explicó. Habian convenido entre los de la caravana, por indicación del médico, que solamente dos se acercasen á los forasteros por no alarmarlos infundadamente, y que uno de ellos fuese el médico por haberlos tratado con anterioridad y haber quedado en buena paz y amistad. Pero al divisarlos y ya cerca, dijo el médico al dueño del cortijo, señor de Rubiego, barón del Cuévano:

—Adelántese usted, á ver qué hacen y cómo le reciben.

Cuando el señor de Rubiego los abordó estaban los dos parados, distraídos en explicarse lo que no sabian: el mecanismo de la escopeta, y los sacó de su distracción dicho señor Rubiego diciendo:

—¡Dios guarde á la buena gente!

Miráronle y replicó don Quijote:

—Buena es la que á la buena busca, y Dios la guarde á toda, señor mio, y á vuestra merced le bendiga y enaltezca, puesto que es el primero que invoca el nombre de Dios al acercarse.

—Así es la verdad—añadió Sancho—que todos los demás no hacen más que

decir: ¡salud, salud! como si tuviéramos tercianas ó mal de infartos.

—¡Bah!—replicó el señor de Rubiego—esos son cuatro *mandrias* que andan por ahí predicando *infundios* á cuatro *panolis* que les *maran* la *gazuza*.

—¡Fundas de panoplias que les amarga la gamuza!... ¿O qué es lo que vuestra merced dice, pues tal manera de hablar no la he oído en mi vida?

—No, señor; tontos que matan el hambre á cuatro *infundiosos* que no *camelan currelar*, y esto es tan *chipén* como usted podrá *diquelar*, don Quijote.

—¡Para servir á Dios y á vuestra merced! ¿Y cómo es que vuestra merced lo sabe?

—Se *aquera* por ahí y *menda* he *camelao diquelarlo* con los *clisos* de la *fila*.

—Ni fila, ni ha filado en su vida, ni él es hombre que file, que tiene quien se lo haga en casa, y aun quien le teja, y puede vuestra merced irse noramala si es que viene buscando pan de trastrigo—gritó Sancho cansado de medio entender, y más de medio no entender su jerigonza al señor Barón del Cuévano.

El médico iba lentamente acercándose, pero al oir las voces de Sancho y ver sus ademanes, apresuró el paso, y antes de incorporarse al grupo gritó:

—¿Qué le pasa al buen Sancho?

Todos volvieron la cabeza y Sancho dijo:

—¡Sea bien venido y en buen hora, señor doctor! Aquí este cristiano, ó lo que sea. que viene diciendo que si mi señor fila ó no fila, y que me hilen á mí las barbas si él ha hilado en su vida.

El Barón dijo para sincerarse:

—Nada, doctor, es que le decía aquí al señor Quijote, que yo había *camelao diquelarlo* con los *acais* de la *fila*.

—¡No, señor — replicó enérgicamente Sancho—que no sé qué ha dicho vuestra merced de *crisos!*

Hizo cuanto pudo el médico por contener la risa, y tendiéndole á don Quijote una mano le dijo afectuosamente:

—Por la calma y tranquilidad de vuestra merced noto, Caballero insigne de los Leones, que ha interpretado cómo es el florido y galano lenguaje de este caballero, mi amigo el señor Barón del Cuévano, que quiso decir que es tal la admiración que siente por don Quijote que ha querido verlo por sus propios ojos.

—Yo, si he de ser franco como suelo, entender, no lo he entendido, pero me parecía que lo adivinaba, porque el lenguaje de la burla, tiene su trasunto en el rostro,

pero si lo ha querido decir ¿por qué no lo decía en castellano corriente y moliente, ó qué lengua es esa?

—Es un lenguaje encantador para estos señores, por lo *sintético*, porque con una palabra expresan dieciséis y media ideas de *plataforma*.

—Yo creo que vuestra merced está tocado también de él.

Se sonrió el médico diciendo:

—¡El que entre lobos anda á aullar se enseña! Y vuestra merced debe conocerlo también. Se llama lenguaje flamenco ó *caló*.

—Del lenguaje flamenco algo y aun algos entiendo y se me entiende, y ese nada se parece á él; y en cuanto á lo de caló no he oído ni leído en mi vida semejante palabra, ni tal lenguaje.

—Es posible lo que vuestra merced dice; es como si en su tiempo dijeran lenguaje jerifalte ó ahora chulesco; pero habrá vuestra merced oído hablar del lenguaje *germano* ó de *germanía*.

—¡De ese sí!

—Pues el caló es descendiente directo de la germanía, muchos de cuyos elementos conserva.

—Pues ahora me admiro más, porque ese lenguaje no lo ha empleado nadie más

que los truchimanes de la mala vida: rufianes y rameras, ladrones y galeotes, vagabundos y tahures, ¿y cómo puede ser instrumento de pensamientos honrados lo que nació para ocultarlos tan malos?

Al médico le pareció demasiado filosófica la pregunta, y que exigía una contestación para lo que no estaba preparado, y por eludirla contestó:

—Fenómenos de la evolución y aun de endósmosis y exósmosis social, que hacen que unos elementos se transmitan y apropien recíprocamente propiedades y caracteres de los otros; además no es lenguaje para expresar pensamientos, sino apetitos. Y por cambiar, de corridilla, como quien termina un paréntesis, añadió:

—Aquí el señor de Rubiego, Barón del Cuévano, es el opulento propietario á quien pertenece el Castillo, digo, la casa en que yo he tenido el honor de conocer á vuestra merced. Don Quijote se inclinó y dijo:

—Doy á su alteza las gracias por la hospitalidad que en nombre de vuestra merced se nos ha otorgado, y al mismo timpo he de pedir á vuestra merced perdón porque sin su permiso y beneplácito héme traído esta arma.

Cogió la escopeta el Barón y la examinó diciendo:

—Lo sabía y ha podido usted coger otra mejor, porque ésta es una *pusca* que no vale una *flima*, y hay allí una de *buten*, de las mejores que se fabrican en Inglaterra; me costó treinta y cinco libras.

—¿De qué?—preguntó Sancho.

—Esterlinas.

—Pues diga vuestra merced que es como los chicos que rompen á hablar, que hacen las palabras á su antojo. Luego dice mi señor don Quijote que yo corrompo vocablos; ¿ve vuestra merced cómo á todo hay quien gane? ¡Detrás vendrá quien bueno me hará!

En este momento el pastor, cuya sensibilidad hacía rato había sido impresionada por algo para él extraño y conocido á un tiempo, y observaba, tocó en el brazo al Barón y le dijo:

—¡Por allí viene!...

—¿El qué?

—La zorra—¡lagarto, lagarto!—véala su merced, que asoma la cabeza por entre aquellos matojos.

Efectivamente, un vulpinesco cuadrúpedo, con una curiosidad encantadora y con una tranquilidad admirable, miraba al grupo como si fuera capaz de y quisiera enterarse de algo que le importara. El Barón elevó lenta y disimuladamente,

al mismo tiempo que hincaba una rodilla en tierra, la escopeta al hombro, apuntó dos segundos, sonó el disparo, dió el bicho un salto de carnero y cayó como un trapo.

La bala habíale entrado por la base del hocico y salidole por el occipital con tanta limpieza, que su huella parecía la perforación de una barrena en un tronco.

—¡Buena puntería y admirable manejo de esa complicada máquina, voto á mí! —gritó don Quijote entusiasmado.—Siempre ha sido privilegio de los caballeros la suma habilidad en el manejo de las armas; por ella conozco que vuestra merced lo es y por ella casi le absuelvo del inmoderado uso que hace de esos jirones de lenguaje truhanesco que, en efecto, no me resignaría á oirle sin otra alguna cualidad noble.

—Sí—dijo el médico—aquí el señor Barón es una gran escopeta; mata un mosquito volando, tira á derechas y á izquierdas...

—Y ha de conocer minuciosamente todos los elementos componentes, principales y accesorios del conjunto de su arte, porque arte y arte regia es, para mí, el buen manejo de las armas.

—No, eso no; al señor Barón no le hace falta; no sabe lo que es la pólvora, porque las fábricas las producen *ideales*, ni el pre-

cio le preocupa. Las armas son también producto de fábrica, y el señor Barón las juzga por sus resultados, y por la aceptación que tengan entre otros tiradores autorizados ¿verdad, señor Barón? sin preocuparse de las leyes físicas ni mecánicas de que son resultado, porque eso le calentaría inútilmente la cabeza, ¿verdad, señor Barón?

—¡Tan *chipén* como un *Divé* está en *otalpe* (1)—contestó halagado el Barón.

Celebrado como merecía el certero disparo del señor de Rubiego, y recogida la pieza muerta, por el pastor que la amarró con la faja por las cuatro patas y colgada del cayado se la echó al hombro, adelantándose de los demás, salieron los cuatro de la arboleda para unirse al resto de la caravana. Algunos de ésta, viendo el animal muerto y creyéndolo de mal presagio, abandonaron disimuladamente el lugar, volviéndose á Jerez. Adelantáronse los demás, impacientes por ver á don Quijote, y habiéndole visto á lo lejos, muchos se arrepintieron de haberse molestado, no obstante el carácter de *juerga* que la excursión tenía. ¡Pero si tipos así los veían todos los días! Y como no le vieron que

(1) Tan cierto como Dios está en el cielo.

hiciese ninguna cabriola y andaba, como los demás, poniendo un pie delante de otro, padecieron un desencanto. Sin embargo, á uno más erudito se le ocurrió gritar: ¡Viva don Quijote de la Mancha, viva Sancho Panza! Grito contagioso casi siempre; expresión primera y elemental, tanto de verdadero entusiasmo á veces, como de neutros sentimientos hacia quien se dirige, oposición mecánica á un silencio indiferente y que tan bien suena en los oidos de los vanos. Y el vocerío se generalizó y los ademanes de saludo se mezclaron con él.

—Toda esa expresión de simpatía y de admiración, es un débil homenaje á la alta personalidad de vuestra merced, y puede mostrarse orgulloso porque sólo los grandes hombres son objeto de ella, pues sólo á ellos se concede—díjole el médico.

—Ya lo has oído, Sancho, y atente á mis vaticinios, que los hijos de la gloria sólo gloria reciben por donde quiera que van.

—¿Y á eso llama vuestra merced gloria?

—¡Pues qué! ¿Hay otra mayor que verse agasajado y oirse aclamado por lo común de los hombres?

—Yo no sé más que una cosa, y es que después de Domingo de Ramos siempre

vino Viernes de Pasión, y no me fiaría mucho. Después de todo ¿qué le debe á vuestra merced esa gente, ni qué espera?

—Débeme la admiración y débeme el agradecimiento á mis grandes hechos, realizados y por realizar, que quien las sabe, las tañe y todo será que se me presente ocasión favorable.

En esto dió don Quijote un paso en falso en un bache, y cayó largo y tendido, empolvándose con el del camino como si le hubieran cernido encima una calera. Y ya *fué una gracia*, ya los excursionistas tuvieron de qué reirse y lo hicieron con algazara y estrépito. Trató don Quijote de desempolvarse la cara con las manos, y cuando hubo desembarazado la boca dijo:

—Si la risa que de leve causa procede deja de ser discreta para entrar en los linderos de lo necio, cuando además de leve la causa es lastimosa, entonces la risa es necia y cruel.

Le objetó el médico que es común tendencia, sin que responda á ningún sentimiento de crueldad ni de desprecio, reirse cuando alguien se cae sin lastimarse, y que no debía ofenderse ni mortificarse por ello don Quijote, así como la risa se transforma en seguida en expresiones compasi-

vas y en auxilios, si la caída ha producido algún daño.

—De esta ley—añadió—no se sustrae nadie, y sólo los que no discurren con la elevación y lucimiento que vuestra merced lo hace, pueden molestarse por ello.

—Verdaderamente, señor doctor, que no se puede ser juez en causa propia, y no sabemos cómo opinaría vuestra merced, si en vez de aconsejar le aconsejaran.

—Don Quijote tiene razón—dijo el Barón—á mí me fastidia soberanamente cuando doy un *trompezón* ó me caigo y alguno se ríe; ¡paso unas *ducas* como un *borne* sin *chusquel!* y tiene uno que hacer algo para vengarse, aunque no sea más que un corte de mangas ó sacar la *machiri*.

—¿La qué?

—La lengua.

—¡Peor me parece el remedio! replicó severamente don Quijote.

CAPITULO VIII

Del peligro en que estuvo un maestro de escuela con don Quijote irritado.

Unidos y juntos los que habían buscado y los buscados, hubo presentaciones, expresiones de sentimiento por la caída de don Quijote, que hubieran querido evitar, y elogios, ditirambos y cumplidos que reconciliaron totalmente á don Quijote con los que se habían reído. Estos, sin embargo, sentíanse excitados á la risa, y ya que no se burlaban con ella burlábanse con frases y retintines de imposible transcripción, produciendo una baraúnda mareante para Sancho, que no entendía la mitad por el *ceceo* peculiar y la mezcla del lenguaje que tanto había admirado á don Quijote oirlo en boca del Barón.

En un campo mullido por musgo macilento, y sombreados por árboles, sin tender manteles, sino supliéndolos con periódicos en que llevaban envueltas las vituallas, almorzaron los excursionistas con Sancho y su amo, y durante el almuerzo hubo derroche de ocurrencias é ingeniosidades, más ó menos originales y cultas,

pero todas graciosas, porque eso sí, la naturaleza habrá podido negar dotes de reflexión, pero prodigó en cambio espontaneidades que se revelan en chispazos de la imaginación, chocantes por lo inesperados y muchas veces por lo disparatadamente incongruentes. Por eso se quedaron por allá, pues pretender recogerlos, no sería más discreto que intentar recoger granizo en una tormenta con el revés de un plato.

Desde el lugar del almuerzo, salieron al camino general para tomar los carruajes, y se disputaron quién había de llevar en el suyo á don Quijote. Llamóle á éste la atención que algunos de los carruajes careciesen de tiro, y preguntó que ¿si los tenían por allí pastando por qué no los habían uncido? y dándose entonces cuenta algunos señores de la excursión de que don Quijote no conocería los automóviles, tres que había fueron ocupados inmediatamente por sus dueños, y como á porfía, los hicieron evolucionar ante don Quijote admirado y Sancho atónito.

—Lo que es á mí no me la da nadie—dijo Sancho, después que vió ir, girar, volver y correr con diversas velocidades á los rápidos andacaminos—si eso no es por arte del mismo diablo, es que van den-

tro los caballos, y por eso corren tanto, porque ellos mismos van en el carro.

Se aproximó, arrastrado por una invencible curiosidad, y como deseando ver confirmada su ocurrencia, que tenía por luminosa é infalible, y examinó cuanto pudo el carruaje sin descubrir los caballos que él suponía, ni dónde podían estar ocultos. En esta operación estaba cuando el que ocupaba la máquina abrió cautelosamente una válvula, por la cual hubo un pequeño y rapidísimo escape de vapor, que tocando en la mano de Sancho le hizo dar un salto y caer de espaldas gritando: ¡Ahí va el mismo demonio! Y se santiguaba *furiosamente* sin cuidarse de ponerse en pie. Se rieron todos, levantaron á Sancho, y uno de los de la caravana, que era profesor de instrucción, le dijo:

—Sólo el fundador de la orden del Cister supo y pudo hacer servir al diablo de complemento para su carruaje mutilado. El diablo ahora es menos travieso, más sesudo, no se mete en niñerías, ni se deja ver, ni tal vez se moleste en salir de sus antros, donde impera sin peligro de que nadie lo cace ni con liga ni con lazo. Eso es... Y explicó el mecanismo y la fuerza impulsora del automóvil, el por qué de su suave deslizamiento, y cómo se regulaba

su andar hasta adquirir velocidades pasmosas, ó reducirlo al paso tardo y lento de los bueyes de carreta.

—Todo eso es admirable, pero al fin son propiedades artificiales, obtenidas por el hombre por la combinación y matamórfosis de la materia y de la forma, pero lo que no ha podido el hombre infundirle es lo que tienen las máquinas creadas por Dios: ese algo espiritual, instinto de conservación, sombra ó remedo de inteligencia que yo llamaré autodirectora ó autodirectiva, si les parece mejor, ya que vuestras mercedes dicen á eso *automóvil*, y esa combinación y esa forma, pueden faltar en un momento inesperado, por algo que contra toda ó sobre toda previsión las altere, y entonces no monta uno sobre una máquina que se puede gobernar á voluntad, sino sobre la fatalidad misma, que así puede conducirle á buen puerto, como al abismo, como estrellarle contra un escollo, ó quedar inerte é inofensiva, y, por de pronto, no me creo dispensado de decir, por vía de consejo, una observación, que es bueno tengan en cuenta, por lo que deduzco de verlas funcionar, los que usan y manejan esas máquinas, y es que ceja el buey, ceja la mula, y no tengo para qué nombrar al noble caballo, pero el burro

no ceja nunca, y puede haber tropiezos funestos. De todos modos, no tengo por de gente cuerda hacer uso y menos abuso de esa clase de artefactos, ni me parece que se estima mucho quien los frecuenta sin urgente necesidad, porque tampoco los considero inútiles. Yo, por lo mismo, no pienso servirme de ellos, como no sea extrema precisión la que me obligue, pues me ha criado Dios, El sabrá para qué, no tengo el derecho de exponerme á peligros contra los que el valor no es eficaz ni aun siquiera utilizable, pues al suicidio también se llega por imprudencia, y sin que ésto sea entrar en los designios justicieros del Supremo Juez, no me parece que dicte sentencia absolutamente absolutoria. De modo que, señores míos, yo me iré en un coche que lo arrastren caballos de carne y hueso, y no de vapor, que es tan sutil ese *agente*, como vuestra merced, señor maestro, le llama, que puede jugar una trastada... y yo tengo el deber de conservarme, por mí y por lo que de mi se espera—acabó diciendo enfáticamente don Quijote.

Curó el médico una leve quemadura producida en la mano de Sancho por el chorro de vapor, y en un carruaje tirado por caballos, se acomodaron el maestro,

don Quijote y Sancho, ocupando éste el pescante al lado del conductor, porque no quiso separarse de su amo, á pesar de las instancias de que se subiera á diferentes vehículos, pero recelaba no sé qué, desconfiaba de tanto obsequio, seguramente por la insistencia en ofrecérselos, y se puso en marcha la caravana.

—Yo, señor mío—le dijo don Quijote al maestro á poco de echar á andar su carruaje, que por expresa decisión de don Quijote fué el último en partir—estoy admirado del buen humor de todos estos señores, y de su familiaridad y llaneza entre sí, que no parece sino que todos sean, no diré hermanos, pero sí camaradas, y bien se echa de ver que son gentes de diversas condiciones, porque no la producción, sino la indumentaria lo pregona, á pesar de ser yo un recién llegado.

—Ese es, precisamente, uno de los escollos del trato social en este país, esa recíproca tolerancia de unas clases con otras, esa nivelación en el trato, cuando la necesidad, un caso fortuíto ó lo concupiscente los junta, y digo escollo porque si no se ha nacido aquí, como á mí me pasa, se tropieza con él, da señales de existencia y hay que aprender á evitarlo.

—Yo no sé cómo puede ser, y vuestra

merced puede considerar escollo, lo que debía de ser ideal común humano, la fraternidad en el trato, la mutua tolerancia de las clases entre sí.

—Porque esa fraternidad y esa recíproca tolerancia son ficticias, puramente aparentes, y lo que realmente hay en el fondo es desprecio y odio recíprocos.

—Pues señor mio, y sin que esto sea contradecir á vuestra merced, ha de permitirme que le diga que será como vuestra merced dice, pero harto bien lo disimulan.

—Es consecuencia, ó por mejor decir una de las consecuencias del enorme desnivel económico, de la falta de espíritu cooperativo, y de la del reconocimiento del valor ó mérito de las buenas aptitudes personales. Aquí, señor don Quijote, no hay más que dos clases sociales: la rica, desproporcionadamente rica, con riqueza *inerte*, y la pobre, la extremadamente pobre, que no tiene más patrimonio que el que tienen las aves del campo. Esta vive, no incrustada en la otra, sino *paralela* á ella, prestándole de mala gana esfuerzos á cambio de malos y no abundantes alimentos. Hay una clase intermedia, constituída por mercaderes y oficiales y profesores de especialidades, pero es en tan

pequeña cantidad que apenas altera el componente. Los extremos se tocan, y son, como usted muy bien sabe, viciosos; pues bien, de esta absoluta y general pobreza, de la carencia completa de propiedades y de medios fijos y seguros de vivir, y hasta del desdén en las épocas calamitosas, nace una despreocupación algo semejante á la que es originada por el exceso de medios... Es la ponderación, necesaria en todo, mi señor don Quijote, que obliga á que haya equilibrios, aunque no sean más que aparentes. Esa despreocupación se manifiesta en una gran libertad en el trato, que si no es el insulto, es lo que se traduce en la frase «no me importa», y en una gran independencia, por lo mismo que no existe entre ricos y pobres más vínculo que el de necesitarse mutua y periódicamente, y satisfecha la necesidad sepáranse, volviendo cada uno á ser potencia independiente: los servicios y las remuneraciones los cambian con desdén, sin efecto ni interés, á manera de deyecciones inevitables. No procura el pobre congraciarse con el rico, porque sabe que éste extremaría las exigencias de sumisión hasta grados de esclavitud, y obtenida, sin ser más caritativo, sería más cruel y más irritantemente despectivo. El rico no

se manifiesta condescendiente y generoso porque sabe que una concesión graciosa ó espontánea, es seguida de la exigencia de otra, y así, encasquetándose cada uno en una pasividad de crustáceos, están guarecidos en ella como éstos en su concha y... ¡que los entren moscas!... Hay, sin embargo, un elemento que establece la circulación de la riqueza, que sin él estaría estancada: la comunidad en el vicio, una simbiosis compleja... hay en eso verdadera mutualidad...

—¡Triste y lamentable!—debía de añadir vuestra merced.

—Y hasta despreciable, si usted quiere, pero es un hecho, y los hechos son, por decirlo así, personas, cuya existencia hay que admitir, y de los que no puede prescindirse, pues sería lo mismo que prescindir de la vida. Y como el vicio, ó lo á que se da por extensión el nombre de vicio, aunque es uno en su esencia tiene matices, el que aquí prepondera es el de la lascivia, con su cohorte de mediadores, provocadores, y la secuela de despilfarros de todo género.

—¡Pues diga vuestra merced que este país, ó este pueblo es una Babilonia!

—Menos grande, señor, y no lo digo por el número ni la extensión, sino porque le

falta la esclavitud *verdad* y tiranos viriles.

—Pero tiene, en cambio, un profeta fatídico, que es vuestra merced, y perdóneme que tal adjetivo le adjudique, mas no sé cómo poder llamar á quien echa de menos la esclavitud como remedio.

—Reinando la justicia cualquier cosa sería preferible á ese amontonamiento de miserias, de muchas de las cuales se hace alarde vanidoso y con jactancia.

—Nunca fué la humanidad perfecto dechado de virtudes, pero ¿es que ahí no hay ninguna?

—Si en la mutualidad del vicio la mujer es agente para la difusión de la riqueza, también lo es en las manifestaciones de la virtud. Soy ante todo, aunque me haya llamado usted, señor don Quijote, profeta fatídico, bien que nada vaticino por ahora, sino que refiero hechos, soy ante todo, repito, verídico y desapasionado. Hay virtud ¿pues no ha de haberla? y hasta podría decir que hay ejemplares de heroica virtud, y además la semilla del bien no falta quien la derrame, pero ¿qué dirá usted de mí si le digo que produce frutos negativos? Es tal la idiosincracia moral ó el hábito, que «si dan los ricos se atribuye á miedo, si muestra afabilidad el

docto, ó es atento el independiente, se atribuye á poquedad, pobreza espiritual, y por decirlo de una vez, á insuficiencia varonil»; los buenos consejos son medios de engañar, *timos*, como diría nuestro amigo el Barón del Cuévano. La mujer rica, como iba diciendo, forma asociaciones de fines caritativos, bajo la advocación de algún santo, de ordinario el Sagrado Corazón, y persevera en ellas, porque también es ejercicio que absorbe actividad, distrae y en él se cosechan adulaciones...

—¡E insultos, buen hombre!... Tal manera tiene vuestra merced de explicar las cosas, y á tales móviles atribuye las acciones buenas, que le voy teniendo á vuestra merced por un demoledor; y no me faltan dos dedos para diputarle por funesto y nocivo para la república. ¿De cuándo acá la Caridad puede ser estimulada por la adulación, ni qué Caridad es esa? Vuestra merced confunde el de la caridad con cualquier otro vano sentimiento, ó tiene vuestra merced el encargo de desacreditarla.

—Ni lo uno ni lo otro; inquiero, procuro entrar en las intenciones; á veces lo consigo, y no pocas siento haberlo conseguido.

—Entonces—dijo don Quijote sombria-

mente—que baje el fuego del cielo y consuma ese aglomerado de... de... no sé qué decir.

—Lleva dentro de sí los gérmenes de la consunción, que le ahorrarán al cielo ese trabajo—replicó el maestro satisfecho y en tono sentencioso.

Era este profesor de instrucción un ente peligroso por sus funciones. Tocado de ateísmo, escéptico en la apreciación de los móviles de las acciones nobles, se vengaba de la desproporción existente entre sus aspiraciones y deseos y los medios de realizarlos. Sensual y ambicioso de notoriedad y de poder, resentíase de la situación incolora en que estaba colocado por razón de su oficio y de los exiguos rendimientos de éste, porque permitiéndole concurrir á lugares en que se reunían personas de capital, quería igualarlas en el disfrute de *bienes* ó de lo que por tales se tienen, y en el derroche de caudales. Y sus mismos maldicientes pujos, sin que él lo notase, le restaban apoyos y le aumentaban desvíos, produciéndole dos padecimientos: el de la abstención forzosa de lo que apetecía, y el de anhelar con fuerza de envidia los medios adecuados para satisfacerlo, y considerándose más merecedor que nadie de poseer riqueza, acusaba

de ciega á la Providencia que la había repartido sin tenerle á él en cuenta. Y se vengaba también inculcando una instrucción superficial, la indispensable para ir saliendo del paso y cubrir las apariencias, pues ya que no pudiese producir otro mal de presente, producíalo de futuro porque ni quería despertar amor al saber, ni intentaba que adquiriesen éste tan completo que él por sí fuese suficiente para aficionar el espíritu á conservarlo y ampliarlo, y podía hacer todo ésto impunemente porque los interesados conscientes, los padres de los alumnos, no podían ser censores peritos, ni llevaban su celo hasta el punto de comprobar por sí mismos y como supieran los progresos en la instrucción y educación de sus hijos, considerándolos instruídos por manifestaciones pnemotécnicas y mecánicas de saber fragmentario. Y así el maestro podía «ir trampeando», saliendo adelante sin sacrificios ni especiales cuidados que le obligasen á prestar y sostener atención á su oficio. Era, sin embargo, bastante perspicaz, y no tratándose de él, veía con alguna exactitud los defectos de los demás.

Don Quijote le dijo:

Yo, señor mío, que he estado oyendo á vuestra merced con gusto, porque habla

como bien informado, tengo, no obstante, que hacerle un cargo, porque al fin, de ese estado de decadencia ó si á vuestra merced le parece mejor, de falta de energía moral, que yo no pienso que sea otra cosa más que falta de tonificación moral, á la que tantas cosas pueden contribuir, porque á vuestra merced alguna parte de culpa le alcanza. Es vuestra merced, según me ha dicho, profesor de instrucción, y si no lo es lo parece por lo bien que piensa y la claridad con que expone, y no tengo yo para qué decirle cuánto influyen vuestras mercedes en la formación de los caracteres por medio de la educación, que en efecto es una segunda naturaleza, y si los hijos deben á sus padres el sér, la existencia, los discípulos deben á los maestros poco menos, puesto que les deben el alumbramiento de las facultades del alma, y no sé qué es peor, si no tenerla ó tenerla en estado de rudeza tal, que en vez de mandar sea esclava del cuerpo, de sus apetitos y pasiones, y ciega en términos que sólo por la sensibilidad nativa se impresione y juzgue de las cosas. No forman, como se dice, vuestras mercedes el espíritu, que es tarea á más alto artífice reservada, pero le señalan rumbos y moldean las aptitudes para que se acomode el

sujeto á la realidad de los objetos y no pretenda adoptar éstos, por malos medios, á su peculiar modo de mirar y de ver. En fin, vuestras mercedes forman las generaciones, buenas ó malas, labrándoles el alma.

—Eso, señor don Quijote, es un bello «lugar común» que nadie, que yo sepa, se ha cuidado en deshacer, y que conviene deshacerlo. El alma, realmente, se labra y se moldea, adquiere hábitos y le determinan tendencias en la familia. Es verdad que el maestro puede obrar como fijador, por ampliación de conocimientos, ó si se quiere de motivos, de las aptitudes naturales y de los ejemplos y doctrinas que ve y escucha en el seno de la familia el discípulo, ó para generalizarlo más, puesto que no todos la tienen, en el medio habitual de vida, en lo que constituye el *domus* de cada uno. El hombre, y sobre todo el niño, es esencialmente imitativo: esta cualidad es común á casi todos los animales. Usted habrá reparado, que baja una pareja de gorriones con su nidada de polluelos volanderillos al arroyo, para enseñarles á comer; éstos siguen todos los movimientos de los padres, y si se aproxima algún peligro permanecen tranquilos, quietos, hasta que cualquiera de los padres se

da cuenta de él, lanza el *piido* de alarma é inicia el vuelo, que todos siguen. Si los padres hubieran continuado la busca de granos y desperdicios comestibles, los habrían imitado tranquilamente, á pesar de la presencia del peligro. Bastan, no obstante, dos ó tres ejemplos de estos para que cualquiera de los polluelos que note el peligro píe y emprenda la huída, ya por su cuenta y riesgo, y es de advertir que no produce alarmas falsas, ni se descuida en caso de necesidad, ni aun en el de que haya también allí, y no se alarmen, individuos de la misma especie pero de distinta nidada... Generalice usted la observación á otros géneros y especies, y hallará en los mismos domésticos caracteres de mayor ó menor *humildad*, de más ó menos *sociabilidad*, según las tengan los individuos de la especie (salvando lo característico de cada una) en cuya compañía hayan sido criados. No sucede de otra manera en el género humano; los hijos son imitadores de la conducta y manera de ser de los padres, ó *contrarientes de ellas*, y este es ya fenómeno que se da exclusivamente en los humanos, provocado por la coacción social, esa fuerza que debilitada y todo como está, es eficaz todavía para evitar la exteriorización de de-

fectos, y hasta para corregirlos, y así es frecuente hallar hijos de ladrones, estafadores ó falsarios, que son verdaderos modelos de probidad, é hijas de mujeres livianas que rinden al pudor y á la honestidad fervoroso y sincero culto. Esto es resultado de un contraste, de que los hijos de los *tachados* pueden darse cuenta, merced á la más libre censura que en los años infantiles llega á sus oídos, y al menor recato ante ellos en los actos de desprecio, de desconfianza ó de la ninguna consideración que por sus ascendientes se siente. Y he aquí, señor don Quijote, que ésto mismo puede provocar dos reacciones opuestas: la dicha ó la de que los hijos, por una especie de represalia, procuren igualar ó exceder los defectos censurados en sus padres. En nada de esto influye ni puede influir el maestro; si acaso el alcalde y el párroco, de modo que de ese cargo que usted quería hacernos, es preciso que nos absuelva.

—De buena gana lo haría, si considerara que lo que vuestras mercedes siembran era de la naturaleza de esas plantas que nacen, crecen, florecen, fructifican y mueren, todo en un día, tan efímeras son; pero como no es así, sino que el producto del trabajo de vuestras mercedes ha de

verse á fecha lejana, aunque no tanto que vuestras mercedes mismos no puedan apreciarlo, están en el deber de poner de su parte cuantos medios les dan la autoridad de maestros y la delegada de los padres que con tal objeto les prestan.

—¡Tá, tá, tá, tá, mi señor don Quijote! Eso habrá podido suceder antes que el maestro era *preceptor*, pero no hoy que es meramente un funcionario con facultades regladas, inspeccionado por juntas, y cohibido por amenazas, que son muchas veces consecuencia de su celo. Hoy es un funcionario público que tiene su oficina abierta durante el tiempo reglamentario, y desea que concurran á esta oficina el menor número posible, hace las operaciones que le están señaladas, menos las que puede omitir sin compromiso, vierte su saber, ciencia ó doctrina al montón, y *el que apaña, apaña.*

—Plúgole al Sumo Hacedor reservarse la facultad de derramar la gracia sin individualizar la proporción en que cada uno la había de percibir, ni cuidarse especialmente de las particulares condiciones de receptabilidad, y quienquiera que en ésto pretenda solamente imitarle, no es menos digno de condenación que el soberbio Luzbel, y ese es vuestra merced y to-

dos los que en el ministerio de la enseñanza procedan como vuestra merced dice. ¿Qué es eso señor?... y al decir ésto, para dar más energía á lo que iba á hablar se puso *resortivamente* de pie, olvidándose sin duda de que iba en coche, dió un fuerte testarazo en la cubierta del mismo y por la acción del movimiento cayó sobre el maestro de escuela clavándole en el epigastrio un codo, que no le hizo menos efecto que el regatón de un paraguas empujado con ira. No pudo el maestro decir más que ¡uy! quedándole momentáneamente en suspenso la respiración y la palabra. Las recobró lentamente, y cuando pudo, apoyando una mano en el sitio del dolor, y abriendo con la otra una de las portezuelas, dijo con voz desmayada al que guiaba: ¡Para! y echóse abajo del carruaje diciendo:

—No son locos los locos, sino los que andan tras ellos dándoles prerrogativas de personas. ¿Quién me ha metido á mí con este mentecato, que no solamente todo le parece mal, sino que no pone mano á cosa que Dios bien le haga?—y miró á don Quijote con aire de amenaza.

—A ese que vuestra merced acaba de nombrar debe de darle gracias porque no acabo de quitarle el poco resuello que le

queda, pues para ser maestro y de niños, tiene vuestra merced demasiado poco recato en la lengua, y en la intención demasiada mucha perversidad.—¡Anda!—gritó al que guiaba el carruaje.

—¿También ha salido vuestra merced á la greña con este buen hombre?—le preguntó Sancho.

—Lo de bueno le falta, y ya podías estar acostumbrado á no meterte en mis cosas.

—¿Pero vamos á dejarle aquí en este desierto?

—Pues así fuese el africano que llaman el Sahara, donde el impetuoso *simoun* juega con montañas de arena y las moviliza como si fueran puñados de paja, á éste y á los como éste allí los dejara sin escrúpulo de conciencia ni asomo de remordimiento. Has de saber, Sancho, que por su ministerio es respetable, pero por su racionalismo y procederes es despreciable, y cuando la función y la intención no están al unísono, no existe sujeto estimable, aunque tenga la más digna investidura. Y no tengo más que decir. ¡Anda!...—digo, no.—¡Arree vuestra merced, señor Autodemonde!

El que guiaba, que conocía al maestro, se hacía el remolón para seguir andando, y notándolo don Quijote le dijo sacan-

do la mitad del cuerpo por la ventanilla:

—No espere vuestra merced á que yo me suba á esa tribuna y haga que sus caballos tengan alas como las de Pegaso y que no los igualen todos los automóviles del mundo ni á bufar ni á correr.

—No; si con mi amo no hay bromas, y cuando él quiere dejar ese hombre ahí sus motivos tendrá, y vuestra merced hará bien en no desobedecerle, porque si no hace lo que ha prometido y tres más.

El del pescante se tiró de él, y fingiendo repasar el atalaje, dió de ojo al maestro diciéndole: ¡A la trasera! Acomodóse el maestro en la barra transversal del carruaje y éste arrancó al trote largo de los caballos.

Había ocurrido que distraído el que conducia el carruaje de don Quijote, con la conversación y preguntas de Sancho, fuese quedando rezagado de la caravana, y ésta adelantándosele tanto que llegó á perderla de vista. Por ganar el tiempo perdido sostuvo el trote largo y vino á descubrir á toda la caravana acampando á la orilla de un río, con manifiestas señales de que la detención tenía por objeto único esperarle. Llegó, precipitáronse varios á las puertas del carruaje para abrirlas, é invi-

taron á don Quijote á que bajara, diciéndole uno:

—Contemple su merced el histórico río Guadalete, en el que murió don Rodrigo, último rey de los godos.

—Ni fué último, ni se puede afirmar que murió ahí, ni ese río se llamaría entonces así; pero sea como quiera, todas las decadencias se ahogan en fango, ó comidas por la exudación corrosiva de sus propias pestilenciales llagas. Yo no he de hacer una elegía más ¿para qué? que sería lo que vuestras mercedes esperasen de mi discurso. En esa trágica traición, al único que encuentro vituperable por lo que era y por lo que hizo, es al Obispo don Oppas, pero no me atrevo á condenar al buen conde don Julián, porque cuando no se encuentra justicia en su patria, débese de ir á buscarla á donde la haya, aunque sea á tierra de moros, tanto más si la injuria parte de lo que es y debe ser fuente inenturbiable de justicia. Y conténtense vuestras mercedes con este mi somero juicio, porque si lo ahondo y generalizo á otros reinados y tiempos, tal vez, tal vez, tuviera verdades amargas que decir, y vale más que se queden en el fondo de los pensamientos ignorados, no vaya á tener que hacer con cualquiera de vuestras mer-

cedes ó con todos juntos, lo mismo que he hecho con el maestro de escuela que me tocó de compañero.

Miráronse todos sorprendidos, y alguno exclamó: ¡Y es verdad, que no está aquí!

No faltó quien le buscara entre los vehículos, y halláronle medio asfixiado por el calor, embutido entre la caja y la barra del coche, sin sentido y contraído como un ovillo. Extrajéronlo y al verlo don Quijote dijo vengativamente enojado:

—Ese tiene que haber venido en alguna nube, porque no es posible que desde el sitio en que yo lo dejé haya podido llegar en tan poco tiempo y menos en ese estado. Y deben vuestras mercedes de tener cuidado con él, porque así como tiene de viperina la lengua, no me extrañaría que tuviese pacto con el diablo, que será el que lo transportó.

—Y es verdad—dijo Sancho—lo que mi señor dice, porque ese maestro sabe muchas cosas del diablo: si sale ó no sale de sus atrios, y si se deja ó no cazar. Y luego comenzó á pensar y á decirse:

—¿Qué le habrá hecho este hombre á mi amo, él, que después que desahoga el enfado no le guarda á nadie ni un tomín de rencor? ¿Si le habrá llamado, como oigo que se llaman aquí unos á otros, y cuando

hablan de alguno, más pronto que decir Jesús, á troche moche, y no por lo que me lo explicó mi compadre Tomé Cecial, hijo de la gran... hijo de la gran... ¿y por qué no lo he de decir yo? *hijo de la gran puta*? ¿Si se lo habrá llamado, porque no se les cae de la boca? ¡Pero bueno es mi amo para que se contentase sólo con ahogarle! Y si no ¿cómo dice de él esas cosas, mi amo, que nunca jamás habló mal de nadie? ¡Pues si ha sido así ha hecho bien, porque bueno es que haya quien les trabe la lengua!

No pudo resistir sin acercarse á don Quijote y preguntarle:

—¿Se lo llamó á vuestra merced?

—¿Qué?

—Eso de... la gran...

—A mí no hay quien me lo llame, ni quien me tosa. ¿Me conoces de hoy?

CAPITULO IX

De la entrada y recibimiento de don Quijote en Jerez.

En peligro estuvo don Quijote de no tener en donde alojarse en la que él llamaba gran ciudad de Jerez, porque el inexplicado incidente con el maestro entibió mucho los entusiasmos entre los excursionistas que fueron en su busca, y porque cierta decepción y la laxitud propia del viaje templaron la curiosidad que inspira lo desconocido, de que se ha formado concepto por referencia, y se halla que la realidad no corresponde á éste, y ya ninguno de los mismos que habían ido á buscarle pensaba continuar la broma. Era preciso, no obstante, hacer ruido, y no entrar en la ciudad como vencidos por un desengaño que excitase la mofa de los que no habían sido tan impacientes, y contagiar á éstos, ya que no para que sufriesen molestias semejantes, otras poco menores y duraderas. Como heraldos avanzaron los automóviles propalando la noticia de que los exóticos personajes venían inmediatamente, y contaban anécdotas, chascarrillos y ocurrencias chistosísimos é ingenio-

sos, que no habían ocurrido, pero que provocaron hilaridades y aumentaron la curiosidad. Cuando el grueso de la comitiva llegó, á las voces y aclamaciones de los que la constituían se unieron las de una gran multitud, que entre afanosa y burlesca les esperaba, y escoltados los carruajes por ésta contribuyeron á alarmar la ciudad, que pareció en el primer momento invadida y presa de las hordas anarquistas, desprendidas de los campos y serranías próximas, que venían á segar cabezas, puesto que para la siega de espigas se oponían dificultades nacidas, según unos, de la codicia y miseria de los propietarios, y según otros, de las intolerables exigencias de los obreros. Pedían éstos pan digerible y que no repugnase, y un real más de jornal sobre los dos y medio ó tres de costumbre, ó siete reales, comiendo por su cuenta, y que fuese de la del amo la leña para guisar y los lebrillos y cántaros de uso. Esta enorme diferencia los separaba y tenía en alarmantisima actitud hostil: era intolerable aguantar que los que se habían de reunir de mil puntos distintos en uno dado, alejado leguas de la residencia de cada cual, pidiesen que aquel á quien iban á servir, que podía saber de antemano el número de servidores que

iba á tener y los predios y faenas en que los había de ocupar, se cuidase de acopiar unos cuantos haces de leña y unas cuantas docenas de cacharros (cántaros y lebrillos) que uno con otro no costarían á real, y entre todos no costaban medio ciento. Era vergonzoso transigir con esta pretensión: la dignidad de propietarios se sublevaba contra esta *imposición*, y era preferible, antes que *sucumbir*, dejar que las mieses se perdiesen en el campo, que ya se echaría mano de cierta clase de ganado para aprovecharlas, y todo sería un cambio del género de la misma cosecha: el grano transformado en tocino y en sebo. ¡Veríamos quién perdía! Y los descamisados, tenían la avilantez, pasando hambre, de demostrar tesón y consecuencia, y más y mejor, ó tanto y tan bueno, sentido del orden y de la utilidad común, que los «encamisados». Esto no obstante, el temor al tumulto ó el deseo de que se produjese existían; así es que la inopinada manifestación resultante del recibimiento hecho á don Quijote, repercutió en el despacho presidencial de la *Casa de la Villa*, produciendo dos encontrados ú opuestos efectos: de ansiedad por las consecuencias de la temida resistencia al premeditado uso de la fuerza, y de mal disimulado regocijo

porque sería la solución, la única *viable* y más fácilmente *concebible*, al conflicto existente entre propietarios y obreros. Corrió la policía, se informaron los confidentes, se registraron los gritos que profería la multitud, y acabó por sintetizarse un parte verbal en estos términos: «Nada; dos locos cogidos en el valle, llamados don Quijote y Sancho, de quien han hablado los periódicos estos días». El corregidor presidente, contrayendo la comisura izquierda de los labios, y enarcando levemente las cejas, y con expresivos gestos exclamó: ¡No veo eso muy diáfano! Posible es que bajo esos pobres perturbados quiera ocultarse falaz y engañosa la hidra del anarquismo, que constituye mi obsesión y es mi constante pesadilla—y aparte: aunque es la base de mi importancia—y no me perdonaría nunca que por un exceso de mi benevolencia, y porque abusen de mi sistemática bondad, me viese desagradablemente sorprendido con algo culminante é irremediable, y es preciso suplir la hiel que á uno le falta con la previsión. Procure usted, Comandante, traer á mi presencia á esos dos sujetos históricos, previo un examen que usted hará de sus personas, á ver si puedo recibirlos sin precauciones.

El corregidor-presidente tenía de la autoridad un concepto parecido al del Alcalde de «El médico á palos»: la autoridad, por serlo, «no se equivoca nunca», y además, las majaderías que brotasen de su boca, debían tenerse por sentencias senequianas, lo que le produjo algún choque y altercado, en los que puso de manifiesto estar dotado de una inteligencia cilíndrica, de escaso diámetro, que, dada la primera vuelta, ofrecía siempre las mismas fases.

Le pareció bien recibir á don Quijote campanudamente, y cuando le tuvo en su presencia fué retrocediendo hasta apoyar la espalda en las molduras de una chimenea, mientras el héroe manchego decía:

—Muy honrado me considero y soy, levantado señor, de comparecer ante la vuestra grandeza—que no puede menos de serlo quien está á la cabeza del corregimiento de esta noble y grandísima ciudad—y lo único que me disgusta y contrista es que no pueda hacerlo con el decoro debido, pues con el polvo del camino...

El corregidor-presidente pensó que ya debía de dar una prueba de su viveza y perspicacia, le interrumpió diciendo:

—Aquí no hay para qué hablar de polvos ni de lodos ni de nada que mancille,

enturbie ó impurifique la diafanidad que envuelve todos mis actos, sin excluir los que tienen relación con la inversión de fondos, y aquellos que tienen por término y fin velar por el orden y tranquilidad de la ciudad. Usted se ha presentado aquí y ha sido causa eficiênte, propulsora, de una manifestación con tumulto y vocerío; eso es perturbar el orden público y necesito saber quién es usted, qué busca y á dónde va ó qué se propone. Porque yo, como lo que soy y por lo que soy, tengo que saber...

—Gracia especial que debería vuestra merced pedir á todas las horas del día al Todopoderoso, y aun la de entender, que me parece que tampoco le holgaría. Yo, señor mío, no estoy acostumbrado á verme tratar de esa manera, pues quien tiene mi historia y procederes, otras atenciones y miramientos merece de vuestra merced como lo que es, según vuestra merced dice, y aun como lo que no es, que ojalá no tenga que decírselo yo. Honrado y digno proceder es, voto á mí, cargar sobre mí la culpa de que se junten y voceen sus regidos y ministrados, y cómodo y desahogado recurso salir por los cerros de Ubeda, si no es mezquindad y raquitismo del entendimiento, y así, retiro la grandeza que le otorgué al entrar, que yo no suelo dar

á nadie más que lo suyo, y cuando hago merced anticipada la recojo siéndome notoria la causa de indignidad.

Todo esto dijo don Quijote á presencia de los altos empleados de la casa, sin que pudiesen detenerle los ademanes y monosílabos del presidente-corregidor, que, interiormente, sentía haber provocado tan sin querer (porque él no quería más que darse tono) el enojo de don Quijote.

—En fin—continuó éste—tal le juzgo por lo que le oí, que le creo capaz, estando aquí, de dejar el pueblo sin misa, por no saber arbitrar vino, que sería peor que dejar perder un caballo si estuviera en Bilbao por falta de hierro para un clavo. ¿Quién ha padecido la equivocación de ponerle en este sitio? ¿O es que vuestra merced no está en él por cuenta propia? Pues retírese á donde no pueda ser ludibrio y perjuicio de las gentes, que toda altura es picota si no se está en ella con la dignidad correspondiente.

Surgió en esto de la parte reservada del despacho presidencial, desde donde había escuchado todo, un señor rechoncho, rubicundo, que tenía algo de pera, lejana semejanza con las calabazas de peregrino que llaman vulgarmente de cuello, hizo con los hombros unos cuantos movimien-

tos de extrañeza interrogadora al grupo atónito de altos empleados, y conciliador, sonrió afable á don Quijote diciéndole:

—Creo que debe usted tranquilizarse...

—Señor mío, no está en la mano del que se ve desconsideradamente tratar, reprimir el movimiento primero del ánimo excitado, y como tengo razón, voy en la repulsa más lejos tal vez de lo que la agresión y el agresor merecen.

—Sí; los nerviosos tienen ustedes eso... Pero debe usted de tener en cuenta que está ante la autoridad.

—Que la tengo siempre en mucho, y la pongo sobre mi cabeza, siquiera no sea más que por ser como yo pienso, trasunto y representación de la de Dios en la tierra, pues de El dimana y procede, á mi parecer; pero quiero que encarne en órgano, por lo menos, por lo menos, discreto, que esta cualidad cubre y disculpa la falta de otras divinas luces y propiedades, y se adquiere con algo de atención sobre sí mismo... Por eso, el que no la tiene, es culpable de abandono ó vanidad.

—Bueno, pues esto se acabó y puede, si le parece bien, retirarse, en la seguridad de que este señor no ha tratado de ofenderle.

—¿Es vuestra merced, por lo que veo,

su fiador ó curador *ad litem*?—preguntó sonriendo don Quijote.

—No, señor; soy su teniente y amigo, —y acompañaba á la puerta de salida al díscolo, despidiéndose dándole una obsequiosa palmada en el hombro.

Cuando se reincorporó á los que quedaban en el despacho, dijo melodramáticamente:

—¡Señores! ¡Que de lo ocurrido aquí no se sepa ni una palabra!

¡Pero encargo inútil! La noticia del altercado circuló rápidamente entre los grupos expectantes, que celebraron el que don Quijote dijese al corregidor presidente lo mismo que muchos le dirían si tuvieran oportunidad y arrestos, quedando una vez más defraudada la política de misterio á que tan aficionado era el teniente mediador.

En la calle, y abandonado don Quijote por todos los que habían ido á buscarle, que se habían retirado, después de la estrepitosa *triunfal* entrada, con la precipitación de quien trata de librarse de una carga molesta, se hallaba sin saber qué rumbo tomar ni qué camino emprender, viéndose objeto de la tácita curiosidad del populacho, de chiquillos y burgueses que pasivamente le miraban, pues su alterca-

do con el corregidor-presidente había impuesto una especie de frialdad, que esa eficacia tienen el temor á persecuciones scherifianas y el sentido de la subordinación, que se estima á veces la insubordinación y aun se la alaba, pero no se hace pública estimación del insubordinado si no resulta caudillo que arrastre, aunque sea impopular y odioso el sujeto en quien la autoridad se personifica.

Rompió el hielo Sancho dirigiéndose á uno, que cuando vió que hacia él iba, fué retrocediendo pasos á medida que Sancho los avanzaba.

—No huya vuestra merced, que no mancho, pues no soy cazo ni sartén, ni lo que me encontré esta mañana...

—¿Pues qué se encontró usted?—le preguntaron despectivamente.

—Una serpiente (movimiento de terror) como una viga de lagar, que la matamos entre mi señor y yo. Y diga: ¿no habrá por aquí una posada donde haya cama blanda y comida dura?

—¿Y por qué ha de ser así?

—Porque si fuera al revés, pesiami, ¿hay cama más dura que el suelo, ni cosa de llevar á la boca más blanda que el agua? Y para eso no nos hace falta ir á posada ninguna, pues toda la tierra es posada, y

ésta la conocemos mi señor don Quijote, que está aquí presente, y yo, y la tenemos tan palmeada como un mercader la vara de medir.

Los grupos se *compactaron* (creo que se puede decir así para indicar que se aproximaron entre sí y á los dos forasteros) alrededor de don Quijote con una explosión de hilaridad contagiosa y reveladora de una naciente simpatía.

—¿Pues no sois ostés caballeros?—gritó alguien.

—Mi señor lo es, y de los más famosos; yo no soy más que su escudero, aunque tengo caletre para ser, como he sido, gobernador, y de los que entran pocos en libra.

—¡Pues tenéis más que tomar una fonda!

—Eso de fonda, ó de honda, también la sé manejar, y aun donde pongo el ojo pongo la piedra.

—Deja, Sancho, tus chocarrerías y simplezas, que para solazar á las gentes están los de la farándula, y déjate de buscar posada, que no ha de faltar en esta noble y rica ciudad un caballero español, fastuoso y opulento, que quiera honrarse alojándonos en su palacio.

Como si lo dicho por don Quijote fuese un conjuro de tanta eficacia como la que

la leyenda atribuye á los de los magos y nigrománticos, un coche se aproximó y descendió de él un caballero elegante, correctísimamente vestido, que con exquisita urbanidad y obsequioso respeto se dirigió á don Quijote diciéndole dificultosamente lo que sigue:

—Mí, señorr Caballerro de la Triste Figurra, tenerr noticia de vuestra arribada á la poblation, y mí serr muy honrrado de ofrecerr á voste y al escuderro lojamiento en las habitaciones del Hotel Cosmopolitano. Mí admirar vuestras caballerrías, y ponerr á tuta su disposition lo que demande voste. Mí serr súbdito británico y considerrar ésto mandato imperatorio de tuta la nation inguelesa.

—¿Dónde oí yo este lenguaje?—dijo Sancho con el entusiasmo de quien se encuentra con un antiguo conocido:—¡Ah, *jur á Di*, á los compañeros de mi vecino Ricote! ¡Bon compaño, siñor—y también se disparó en risa.

—Ruego á vuestra merced, señor Caballero súbdito británico—dijo don Quijote inmutado por la vergüenza—que no tome en serio, ni haga caso de este botarate de mi escudero, que si así como él es de leal fuera de discreto y comedido, no habría dinero con qué pagarlo.

—¡Oh, mí conocer á Sancho y estimarlo mucho, mucho!

—No tanto como la trucha al trucho! ¿Veritá siñor súbito beltránico?—y volvió á dispararse en risa.

Irritado don Quijote, hizo un ademán violento, como de descargar un puñetazo diciendo:

—¡Ni aun impuestas por penitencia te aguantaría tantas majaderías y sandeces, cuanto más por voluntad ó condescendencia, y mira no tenga que hacer contigo lo que te pesara, y yo no pudiera remediar.

Se encogió de temor Sancho, y puso freno á la risa y á la lengua, dando como en testimonio de ésto tres pasos atrás, y libre de tal estorbo, don Quijote dijo al que llamaba Caballero súbdito británico:

—Habeisme dicho, señor, ó me pareció haberlo oído (porque con las intempestivas demostraciones de mi indiscreto escudero posible es que confunda el concepto) que sois súbdito británico y que en nombre de la magnífica nación inglesa, y en el vuestro propio me ofrecéis vuestro alojamiento. No soy acreedor ni merezco tanta honra ni tan subido homenaje, pero no fuera correcto rechazarlos á pesar de la desproporción entre ellos y el sujeto á quien se hace. Al fin es la vuestra la na-

ción en que si no tuvo origen, más brilló y descolló la noble institución de la Caballería andante, y dió al mundo los modelos de los más perfectos y arrojados Caballeros, y aparte otros motivos, éste es suficiente para que yo le otorgue con todos mis respetos, todas mis simpatías y así, señor mío, téngame desde este momento mismo, si no le place retraerlo al mismo instante en que pensó honrarme con la invitación, por huésped suyo aunque indigno y seguramente molesto, pero no desagradecido. Porque es el del agradecimiento sentimiento delicado que se alberga en los corazones capaces de realizar el mismo beneficio que reciben ó de dispensar la misma atención, y tanto mayor cuanto éstos son menos esperados y merecidos. Yo, no sé por qué designio del destino, ando ahora recorriendo el mundo de esta forma y manera que vuestra merced ve, á pie, sin armas, cosa tan contraria á mi profesión y ministerio, y sin propósito ni fin determinados, como aquel que despierta de un sueño y se echa á andar con lo puesto á donde la ventura le lleve. Y no puedo quejarme de ella, antes la bendigo, porque me condujo á topar con vuestra merced, á conocerle y á quedarle ya obligado *per saecula seculorum*.

—Amén—dijeron burlescamente varios del grupo.

El inglés, que no había querido interrumpir á don Quijote complaciéndose en oirle hablar, miró desdeñosamente á los grupos, é indicando á don Quijote que le siguiese, se dirigió al coche cuya puerta abrió y sostuvo obsequiosamente, hasta que después de algunos cumplidos sobre la preferencia en entrar, mientras Sancho se acomodaba sin ninguno en el pescante, lo hizo don Quijote, sentándose en el frontero asiento el inglés, que cerró con impetu la portezuela, y reflejaba en su cara, al partir, la misma despectiva mirada é irónica sonrisa que cuando adquiría por una *bicoca* una joya del arte antiguo, un trozo de algún célebre monumento ú otra preciosidad arqueológica. Era despectiva la mirada é irónica la sonrisa porque no podía compadecer de otra manera á una multitud constituída por gentes tan pagadas de sí mismas y tan satisfechas, qué le miraban á él también despectivamente y se sonreían irónicamente cuando les compraba algún *trasto viejo* y creían ¡¡haberlo engañado!! ó cuando con más piedad lo juzgaban que era un *chiflado*.

En el Hotel Cosmopolitano puso á disposición de don Quijote las mejores habi-

taciones contiguas á la suya, y como don Quijote era de suyo limpio, sin más que indicarle el cuarto del baño, él pidió recado para hacer unas abluciones generales, de las que según dijo había más menester que de gabán nuevo. El inglés mandó avisar á un barbero para que mondase la cara y escarmenase la cabeza á amo y mozo, y surtió al primero de ropa interior nueva, de una bata de tisú rameado, y de un gorro y babuchas hebreos, para que se los pusiera al salir del baño, en el cual le ayudaron y asistieron Sancho y un mozo de la fonda, directamente al servicio del inglés como ayuda de cámara.

Vestido de aquellas prendas después del baño, parecía don Quijote... ¿Y para qué tengo que decir yo lo que parecía don Quijote? Como el tipo es tan conocido, cada uno se lo figurará mejor que yo sabría decirlo, y por otra parte, bastará recoger el parecer de Sancho que cuando lo vió ataviado y moverse con cierta señoril distinción y calma dijo:

—Parece vuestra merced el abad de un convento, y si tuviera un libro y un báculo en las manos, un obispo talmente, y por el mostacho y la pera uno de aquellos que llamaban templarios. No; yo no sé qué

tiene vuestra merced que todo le cae tan bien como á un jerifalte.

La ropa con que venía don Quijote la encomendó el inglés al fuerte brazo y á los cepillos de su criado, encargando que se limpiase con esmero y se colocase en el cuarto de dormir destinado á su dueño. El inglés, mientras se bañaba don Quijote, expidió á Londres el siguiente cablegrama: «Tengo en casa al primero y auténtico Quijote de la Mancha. Recogeré hasta la última palabra.—Mungo Landmis.»

A la mañana siguiente, bastante antes de que sus huéspedes se levantasen, recibió el inglés un cablegrama de Londres que decía: «Si es auténtica primera edición Quijote complétela á cualquier precio. De todos modos adquiera lo que encuentre.—*Sociedad acaparadora de rarezas históricas.*»

Sir Mungo Landmis, mal humorado por la interpretación dada á su aviso, contestó en el acto lo siguiente: «Españoles encendieron fuego y envolvieron especias con primera y aun primeras ediciones Quijote, y sospecho ocurrirá otro tanto con historia de esta tercera aparición. Tan difícil como hallar hombre serio es ejemplar primera edición. Lo que tengo son las personas auténticas y vivas de don

Quijote y Sancho, resucitadas ó sostenidas por no sé qué género de milagro, y recogidas por mí del arroyo abandonadas de todos. No pidan confirmación, que no deliro. Absolutamente cierto, auténticos de toda autenticidad, tanto como yo.»

Y si se hubiera dejado llevar de su convicción en este punto, y no costase caro transmitirlas, aún estaría escribiendo afirmaciones.

CAPITULO X

Que pudiera llamarse de los «subrayados».

No hemos de seguir á don Quijote en todos los pasos que dió por la ciudad, de la cual minuciosamente y con exactitud se enteró, sirviéndole de *cicerone* el inglés, que estaba al corriente de todo, hasta de intimidades y secretos que no eran del dominio público, de muchos de los cuales informó á su huésped ilustre, mostrándose éste al conocer unos admirado por lo pueriles, y al tener noticia de otros indignado por la perversidad, falacia ó falta de sentido moral que revelaban, pero aún así tuvo pensamientos indulgentes y de benévola simpatía para la sociedad local en general, no obstante haberle sido confirmado alguno de los juicios emitidos por el maestro de escuela, contra el cual no había depuesto totalmente el rencor. El, por su parte, fué labrando un asenso *gracioso*, agridulce, como quien dice, porque no se podía decir dónde terminaba lo burlesco y empezaba lo serio, ó viceversa: no le es-

quivaba ninguno de aquellos á quienes el Inglés (creo que ya tengo el deber de escribirlo con letra mayúscula) le presentaba, pero no le buscaba nadie. Era considerado como una de esas superioridades, de que se puede prescindir como de las grandezas caídas, y por tanto despreciadas, porque no vienen impuestas por coacción alguna, que no gozan de ningún género de imperio, *ni aun* el de la riqueza, que es el más acatado y el de más tonto acatamiento de los imperios habidos y por haber.............................

....

....

Es deber continuar la historia y la continuaremos como ella se ha desarrollado y *laus Deo*.

Don Quijote no se ofrecía ni mucho menos como un titiritero, ni como un director de *menagerie*, ni aun como una directora, una de esas condesas y duquesas trashumantes que negando las timideces del sexo y los *recatos* de la clase, llenan de papeles colorados las esquinas anteponiendo sus nombres á los de espantosos leones domesticados, elefantes ó tigres, panteras y leopardos que son menos felinos que ellas, pero no menos condes y duques, según el concepto reinante de los

que pretenden serlo, y los que lo son se muestran.

En una región del Norte, don Quijote habría sido tal vez buscado, agasajado; en ésta del Mediodía han procedido como «curados de espantos». Hay una indiferencia *chisposa*, tal vez pasividad, que si por una parte confirma, por otra niega ese fatalismo musulmán que mucho les han atribuido, pues por una parte les permite esperar tranquilamente la montaña, y por otra parece, oyéndoles, que están dispuestos á ir á buscarla; en fin, *son como son*, y no se puede decir de otra manera, porque no se parecen á nadie más que á sí mismos, y tales, que á un temperamento nervioso, vehemente é ingénuo lo desesperarían seguramente, y así les va.

Ello fué que don Quijote y el Inglés pudieron ir y venir, en los ocho días que ya el héroe manchego llevaba de estancia en la ciudad, con toda tranquilidad á donde bien les pareció, sin que nadie se interesara por ellos y sin llamar ni despertar ruidosamente la atención, hasta que se le ocurrió á don Quijote, después de haber visto los monumentos y edificios más notables de la ciudad, visitar el Centro de sociedades obreras, de cuya existencia le habló su ya obligado, por único, guía y

custodio, y de cuyo fin le enteró de palabra y por medio de folletos y de libros que en diferentes idiomas tenía en su poder sir Mungo Landmis.

Hubo necesidad de hablar con tal motivo con el Presidente de las sociedades, que en un mismo local las de varios gremios se reunían, y ésto bastó para divulgar la noticia, despertar la curiosidad y vencer la indiferencia hasta entonces reinante. Comenzó á ser interesante y *casi* personaje don Quijote. La preferencia dada á los obreros, halagó á éstos y alarmó á los burgueses, que no se la explicaban sino atribuyéndola á una de las rarezas vesánicas del andariego Caballero, cuyas aficiones extravagantes estaban ya descontadas, pero no esa. ¿Qué pretendería, qué buscaría allí, á qué iba? Y como esas familias insignificantes y cursis en los pueblos chicos, celosas entre sí de preeminencias, se disputan el alojar en su casa al predicador ó al director de la murga el día de la fiesta, así comenzaron á nacer emulaciones, y á ser sentidos desvíos y á hacer ostentosos actos de presencia y alardes de conocimiento y trato anteriores.

Convenidos el día de la recepción de don Quijote y la hora, dos antes de la concertada estaban en el Hotel Cosmopolitano

el Presidente del Centro de sociedades obreras, y un individuo de la Junta directiva de cada una de las agrupaciones que en el indicado Centro tenían el domicilio social. Y no parecían obreros. El que más rendía tributo, ó el que más tributo rendía á la indumentaria del traje popular, llevaba sombrero de alas anchas y horizontales, los demás *bombín* y todos americana, corbata de lazo, con brillante camisa, pantalón y botas de elástico, los más con bigote, y los menos totalmente afeitados. Así vestían, no los días de fiesta solamente, sino todo el año, después de dejar el trabajo, que era en todo tiempo á las cinco de la tarde, ó siguiendo la denominación cronométrica oficial, á las diecisiete. Verdad es que éstos eran obreros *manuales*, artesanos, porque los agricultores, cedieron agradecidos los puestos que en la Comisión les correspondían, porque no estaban acostumbrados á estas exhibiciones y las temían.

Fueron afablemente recibidos por sir Mungo Landmis, y como éste sabía la manera de lograr adhesiones y asentimientos, mandó en seguida descorchar botellas para obsequiar á los comisionados. Sirvió ésto de pretexto para la presentación de cada uno, que hizo el presidente por los

gremios á que respectivamente pertenecían.

—Este es del gremio «artes de construir», porque siendo aquí relativamente pocos los de cada una, se han agrupado por analogías, ó sea por el engranaje y dependencia de unas con otras para el mismo objeto, y figuran en él albañiles, labrantes, carpinteros, pintores, herreros y demás; éste es del gremio de toneleros, bastante numeroso para constituir por sí una agrupación importante y la más poderosa, porque depende de ella la normalidad en la exportación de los vinos y en su almacenaje; este es del gremio de arrumbadores, tan numeroso y poco menos importante (porque es más fácil hallar *esquirols*) que el otro, formado por los trabajadores de las bodegas; las artes gráficas, fundidores y trabajadores en metal, están fusionadas con las más afines, porque son pocos en número los individuos ocupados en ellas, y las representa este servidor.

—Falta, sin embargo, un gremio importante, más numeroso que todos los demás juntos, que es el de agricultores—dijo sir Mungo—cuya dificultad de expresión supliremos para lo sucesivo.

—Traemos también la representación

de ellos, porque como en ese gremio no abundan los *intelectuales*, formamos parte de sus Juntas directivas unos ú otros de los otros gremios. Esos se pueden dividir en dos clases: los viticultores y los agricultores propiamente dichos, y por ellos, si bien se mira, luchamos nosotros, porque están peor que los antiguos siervos de la gleba.

—¿A cuántos cree usted que ascienden en conjunto todos los que se ocupan en Jerez y su término?

—A unos quince mil, con los agregados de la Sierra.

—Que es un ejército imponente—dijo don Quijote, que no había hecho hasta entonces más que escuchar—y puesto al servicio de una mala idea... ó mal aconsejado, puede ser peligroso.

—Ya lo ha dicho usted todo: puesto al servicio de una mala idea ó mal aconsejado, y como eso no lo hay, no hay el peligro.

—Sin embargo, estoy informado de que hace pocos años ha habido aquí una irrupción que sólo á las de las hordas salvajes se puede comparar.

—Eso la historia lo juzgará con el tiempo, y tal vez pruebe que hubo más de artificio que de realidad. No soy yo el llama-

do á hacer la defensa de aquellos mártires de malas codicias. Yo sé que ese es el baldón que pesa sobre los obreros jerezanos y por eso siempre que nos movemos se extreman las precauciones gubernativas y las represiones, y así como nos afiliaron entonces á la *Mano negra*, como una sociedad de criminales que habían de exterminar por exterminar, sin ideal ni fin, ahora nos afilian al anarquismo y nos suponen dispuestos á lanzar bombas y á clavar puñales á diestro y siniestro, y ni somos todos anarquistas, ni ninguno es capaz de lanzar una bomba ni de dar una puñalada á sangre fría.

—Eso será verdad; pero no negará usted que á los anarquistas se atribuyen, y nadie lo ha desmentido, comenzando por publicarlo á voz en cuello sus mismos autores, esos odiosos regicidios, esos atentados á personas inermes que no han cometido más falta que la de estar, con el beneplácito de todos y el respeto de otros tantos, al frente de los Estados ó de los gobiernos, y esas horribles catástrofes producidas por bombas, en que perecen y quedan mutiladas multitud de inocentes criaturas.

El representante del gremio de toneleros, que había sido militar, y viajado y leído algo, tomó la palabra y dijo:

—En eso debe usted de tener presente una cosa: los derechos de los beligerantes en toda lucha, que no son responsables de los daños innecesarios para el fin, pero sí necesarios como medio; ésto en cuanto á lo último. En cuanto á lo primero hay que distinguir anarquistas de anarquistas. *Terroristas* los ha habido siempre, antes, mucho antes de que la palabra anarquia como aspiración política sonase en el mundo. Sin ir más lejos, ahí tiene usted los fenianos de Inglaterra, y los nihilistas en Rusia; pero éstos tenian una organización para el terror, que era su arma, mientras que los anarquistas no la tienen, ni tal hay, digan lo que quieran los policías de oficio, que son ó han sido muchas veces provocadores de atentados, y no los han sabido evitar nunca. El anarquista que lanza bombas ó clava puñales es preciso buscarlo precisamente donde se produce, y no en otra parte. Para lanzar una bomba son necesarias ciertas cosas que no las tienen todos, ni siempre: primero tenerla ó saberla fabricar; segundo, tener con qué, y tercero tener corazón para lanzarla. Es verdad que según dicen, hay folletitos con recetas para fabricar bombas y explosivos, pero eso comprenderá usted que es lo mismo que si yo diera una rece

ta para hacer un tonel, que no habría en el mundo nadie que lo hiciese. ¡Pues si pasa hasta con las recetas de cocina, que nunca sale el guiso como debe ser! Esto para fabricarlas, y para lanzarlas ¿cree usted que nace todos los días un descabezado que le importe lo mismo jugar la suya que una de ajos? De éstos los hay, puesto que los hemos visto, pero vea usted dónde surjen. No es entre los obreros de las pequeñas ciudades, ni entre los del campo, ni siquiera en las agrupaciones mineras, no obstante dedicarse á los trabajos más rudos y peligrosos, emplear diariamente explosivos de los más potentes cuyo manejo llega á serles familiar (1) y ser entre ellas donde se cometen mayor número de agresiones personales y homicidios; no buscarlos tampoco entre los de bajo salario con más ó menos continuidad ganado, ni entre los abrumados por numerosa familia, que parece que debian tener más disculpa para sus extravíos.

—No la hay nunca para cometer crímenes, voto á mí—gritó don Quijote—ni fin que lo justifique, y la sola hipótesis de ésto, ya me subleva todos los nervios del cuerpo y todas las ideas del cerebro, y no

(1) Téngase presente la nota de la pág. 141.

sé cómo me contengo, porque sólo el oirle á vuestra merced, señor representante del gremio de toneleros, hablar con tanta naturalidad de una especie tan peligrosa, supone un tanto de simpatía y un cuanto de concomitancia que yo no quiero tener.

El tonelero, que se había visto en más apurados trances, pues más de una vez había tenido que contestar á severos interrogatorios judiciales acusado de sedicioso, contestó con una espontaneidad desconcertadora:

—Pues si estamos perfectamente conformes, y yo no lo decía por eso! Todo hombre honrado tiene que condenar la efusión de sangre, cualquiera que sea el motivo con que se haga.

El Inglés, que temió que el *arrechucho* quijotil acabase de otra manera, y se aguasen la recepción y la anunciada reunión en el Centro de sociedades obreras, medió humorísticamente diciendo:

—Aquí el señor estaba haciéndonos, con notable imparcialidad y gran complacencia por mi parte, lo que llamamos modernamente una *información*, interesantísima, no hecha por nadie puede ser, y vuestra merced, señor don Quijote, nos ha hecho como con el retablo de Maese Pedro, que ha sido desbaratárnosla á lo mejor.

—Pues si así es, que haga cuenta aqui el señor diputado que no he dicho nada, y así como aquel desconcierto tuvo remedio, más fácil lo tendrá éste.

No dejó de halagarle al oficial tonelero oirse llamar *diputado* y hasta casi, casi, se lo creyó, pero acostumbrado á una gimnasia especial de reservas mentales que tocaba los límites de lo taimado y pasaba los de lo socarrón, se propuso «recoger velas», y dijo riéndose:

—Mira qué bien ha traido á cuento aqui *monsiú* Mungo Landmis lo del retablo de Maese Pedro, y yo creo que más que al desbarate aquél; lo que aquí el señor don Quijote ha querido decir es aquello de «no te encumbres, muchacho, que toda afectación es mala», porque conoció que también me salía del argumento,—y añadió dirigiéndose especialmente á los compañeros como si les hiciera una reflexión de un convencido admirado,—por eso, con los hombres así de talento y de inteligencia superior, hay que palparse la ropa para hablar, porque en seguida le conocen á uno cuando desbarra.

—¿De modo—preguntó sir Mungo—que de lo que estaba usted diciendo, no tiene seguridad?

—¡A buena hora! Son cosas que yo me

figuro que deben de ser así. ¡Pero cualquiera lo sabe!...

—Permítame usted que le diga, señor, que no están ustedes tan desprovistos de vínculos y medios de inteligencia y de relación como usted quiere dar á entender, pues tienen por de pronto y es conocida una palabra «confesional», como quien dice, que es ¡SALUD!

Aquí tomó la palabra el representante de las artes gráficas y dijo:

—No sé por qué ha de ser sospechoso en nosotros, porque yo no le negaré á usted, como no se lo niego á nadie, ni á los miembros de justicia cuando me lo preguntan, que soy anarquista, y digo que no sé por qué ha de ser sospechoso en nosotros lo que en otros se considera como expresión de humildad y voto caritativo. Además de ser ó haber sido modismo local ó regional de saludo «¡salud!» dice el Papa al dirigirse á la grey católica, y aun á los que no lo son, porque ya le gusta ser oído de todos, y si bien añade «y bendición apostólica», es porque es el único, según dicen, facultado para darla...

—También ustedes usan *estrambote*...

Hizo el representante de las artes gráficas como que no había oído y siguió diciendo:

—Y cualquiera que le imitase en ésto sería un usurpador. De modo que nosotros no podemos decir más que «salud» y no es ésto motivo para alarmar á nadie, pues no es, como usted piensa, ninguna palabra «sacramental» ni cabalística», y hasta sería preciso averiguar cómo comenzó á usarse ó cómo nació. Quizá es una síntesis aconsejando resignación; ó aplazamiento á impotencias del momento; ó recomendación ó promesa de perseverar, ó quizá sea algo semejante al balido del cordero cuando lo sacan del aprisco... y no sé si le habré dicho á usted demasiado. Porque por lo mismo que esa temida anarquía ó idea anárquica, que no es lo mismo, no es un pacto, no es más que comunidad en la idea, no tiene nada convenido ni preestablecido, más que una cosa, derivada del principio «todos para uno y uno para todos»: el que se halla *instruído* en la idea y se *siente* anarquista, debe sentirse ya virtualmente sacrificado, porque ya es un redentor en potencia, y éstos débense á la verdad y á los redimidos, y debe seguir adelante con los medios de que pueda disponer y su inteligencia le sugiera, procurando obrar individualmente, sin buscar la cooperación ni aceptar el consejo de nadie, porque en ambas cosas

hay peligro. Es como una de esas estrellas errantes, aparentemente desprendidas y fuera del concierto de los astros, y que sin embargo, desempeñan papel importante en la mecánica universal. Pero también en ésto «son muchos los llamados y muy pocos los elegidos». Los medios. . son, si fría é imparcialmente se mira, más racionales que á primera vista parece... El Estado, según la moderna concepción, es, como afirman los especialistas en la ciencia política, un superorganismo, una institución, si bien natural, para hacer cumplir el derecho, no éste ó aquél, sino *todo* el derecho. Cuando el cumplimiento de éste no es espontáneo, necesita compeler á su cumplimiento, y para ésto el Estado tiene *fuerza*. Pero he aquí que los *órganos* por medio de los cuales actúa y demuestra vida ese superorganismo, hacen un empleo abusivo de esa fuerza, y en vez de emplearla para su objeto, la emplean precisamente en lo contrario, reiterada, sistemática y desconsideradamente, y surge y reprodúcese la injusticia, se nota y agrándase la ofensa al derecho, alterando las conciencias, y sucede lo que con todo acto antinatural: sigue la *reacción*, el esfuerzo por restablecer la actividad funcional á la normalidad *racionalmente indis-*

pensable para el cumplimiento del fin de *todos*, esta clase y la otra, que no hay ninguna que sea *superior* á su inmediata ni á la aparentemente más lejana. Esto en tiempos en que es rápida la difusión de noticias, pensamientos é ideas, en términos que un sólo lugar es todo el Globo ó todo el Globo un solo lugar, y de ahí el carácter de cosmopolitismo de ciertas ideas y procedimientos, hace cundir la *irritación*, de la frecuencia en provocarla se convierte en crónica, y lo que la provoca se hace odioso. Por ley natural de defensa, á la fuerza se opone la fuerza. El Estado la tiene almacenada en centenares de miles de bayonetas, obuses y cañones que *hoy* sirve y maneja con nutridas filas y pelotones de hombres. Al que quiere llamar la atención sobre las injusticias que ofenden su conciencia ¿qué le queda? El *protestante* llamado anarquista que quiere *subvertir el orden social* ¿qué puede hacer? No puede oponer bayonetas á bayonetas, fusiles á fusiles, cañones á cañones, esbirros y carceleros á esbirros y carceleros... Pues recurre á la ciencia, que por algo es *el árbol*, ó del árbol, *del bien y del mal*, y ésta le suministra medios de encerrar en volumen no superior á su puño miles de atmósferas, cuya fuerza ex-

pansiva neutraliza ó aniquila la de batallones. La mecánica le provee de ingeniosísimos artefactos que parece dotan de voluntad á los minúsculos receptáculos, y... ¡ya está ahí!... Es un producto de génesis tan lógica, que no puede ser más. Y nada de loco, nada de desequilibrado en el sentido vulgar de la palabra, nada de degenerado, ni nada de estímulo por la fama.

—Y todo eso que usted ha dicho, servido por la ignorancia...—dijo como reflexión final sir Landmis.

—No tanta, y perdone usted, como se quiere suponer, y en último término, cada cosa tiene el adobo que necesita y le conviene, porque desengáñense ustedes, lo que no tiene razón de ser, no es, y algo tendrá una idea que se ha difundido y echado raíces por todos los ámbitos del mundo, y además, si la ignorancia es vehículo y elemento sustentador de ideas y de sistemas, muchas cosas tenidas por muy santas no quedarían bien paradas... Me van ustedes á permitir que diga ya solamente una cosa, y pido permiso para ello porque parece que es extraña é impropia de mi humilde condición y de mi cultura, pues tiene así como apariencias y color de definición científica; así, pues, no sería absurdo decir, en muchos casos, que

el anarquismo, que dista mucho de ser un sistema...

—Y que no podrá serlo nunca, debe usted de añadir—interrumpió sir Landmis.

—Bueno; pues según el concepto reinante por lo que toca al modo de manifestarse, es un sentimiento obsesionante de la idea de justicia, que induce á realizar actos injustos, con desprecio de las consecuencias para el que los realiza, que obra bajo la influencia de un órgano impulsivo, incoercible para la voluntad deformada, no degenerada del sujeto.

Hubo unos instantes de pausa, hasta que sir Landmis dijo:

—¡Esa mosca hay que cogerla por el rabo!

—Cójala usted por donde pueda y después someta usted al microscopio, no la mosca, sino el *fermento* donde se produce, porque ella, después que eyaculó el virus, puede que quede convertida en una mosca como otra cualquiera, y no le enseñara á usted nada, esto es, no pudiera usted aprender nada en ella. Y ya no hablemos más, señores, porque la hora se aproxima y puede que no tengamos tiempo para entretenernos más, porque esto no ha sido otra cosa que un entretenimiento por no saber de qué hablar, ó como decimos, hablar por hablar.

—¡Cuando ustedes gusten!—dijo finamente sir Mungo—estamos á disposición de ustedes, tan pronto como el señor don Quijote se vista con un traje adecuado á las circunstancias, que tiene ahí preparado en su cámara—y llamó al ayuda de ésta ordenándole que vistiese á don Quijote.

No se sabe quién había convencido á éste y al Inglés de que don Quijote no se presentase á los obreros en el traje de su peculiar y habitual uso, alegando que podría parecerles ridículo, y facilitó para substituir éste un pantalón, un chaleco, un levitón semientallado de grandes faldones modelo del año 40 del siglo pasado, un sombrero de media copa, una corbata de nudo, todo ello negro, una camisa de lacio planchado, sin brillo, y zapatos de paño.

En menos de media hora el ayuda de cámara cumplió su cometido, y se presentó don Quijote transformado.

El oficial de tonelero, al verle reaparecer, dijo:

—Si no le hubiéramos visto marcharse y el objeto, al verle á usted ahora pensaríamos que no es usted la misma persona.

—No hace al monje el hábito—replicó sir Mungo.

Pero el oficial tonelero, cuando tuvo ocasión, aunque no fuese tan discretamente aprovechada que el «tacto de codos» pasase inadvertido para sir Landmis, dijo á sus dos más próximos compañeros:

—No sé si nos estarán dando el *camelo*, porque ese tío con ese traje huele á cera, y si con nuestras claridades habremos ido demasiado lejos, y sin querer habremos hecho algo de traición á la idea.

En dos carruajes que sir Landmis había mandado disponer partieron todos. Antes de llegar al Centro notaron una animación callejera desusada; á medida que se acercaban á él, que la animación aumentaba; y cuando llegaron, que una extensa y compacta masa humana obstruía la circulación por la calle y la entrada en el local de las sociedades obreras. Difícil hubiera sido que los comisionados y los visitantes pasaran, si no fuera por esa especie de misterioso respeto del pueblo al libre ejercicio de los derechos honradamente practicados, pues conocida la condición y misión de los hombres que iban en los carruajes, se les abrió como por encanto paso franco por entre la multitud como si fuera ésta un solo individuo ó una sola voluntad.

Salió á recibirles una segunda comisión

que les condujo á un local de modesto mueblaje, que era á la vez biblioteca, secretaría y despacho presidencial. En este local estaban entretenidos en asuntos de varia y curiosa información: libros de actas, contabilidad, recaudación é inversión de fondos, y todo ello era tan pobremente mezquino, que no descollaba, ó mejor dicho, no se notaba más que una cosa: la acendrada voluntad de que hubiese asociación, pareciendo milagroso, que con tan pobres y tan inseguros recursos pudiese sustentarse ni existir sociedad alguna. En dicho local y en tal ocupación estaban, y vino á distraerles una voz gangosilla como de esquilón sedado que dijo: ¡Buenas noches! al mismo tiempo que el que la emitió batía con la contera de un borlado bastón el suelo, sin duda para llamar la atención más. Todos, los doce ó catorce que en el local estaban volviéronse hacia él, muchos de los obreros se quitaron el sombrero, otros hicieron el ademán de quitarlo, pero del ademán no pasaron, otros permanecieron como indiferentes y don Quijote hojeando un librito sin levantar los ojos. El recién entrado, mirando sin saber á quién dirigirse, las caras de todos, como si quisiera leer con sus ojillos verdosos (por los cuales se aso-

maban, no al desnudo, pero sí de cuerpo entero, dos pecados capitales: el primero y el sexto) el interior de cada uno y haciendo alguna que otra halagadora inclinación de cabeza, preguntó por fin:

—¿El Presidente de la sociedad?...

Se adelantó el que lo era y contestó:

—Servidor de usted y á sus órdenes.

—¿Quién ha autorizado esta reunión?

Quedó suspenso el Presidente de las sociedades, é interrogando con la vista al Secretario, menudo hombrecillo, jorobado y vivo, y no sabiendo qué decir contestó:

—¿Quién la había de autorizar? Quien las autoriza todas.

Oido lo cual por el Secretario, se adelantó á su vez y dijo:

—No es ésta una reunión pública, no es *mitin* al que se convoca para fin determinado, pero á indeterminadas personas pertenezcan ó no á la sociedad, que sea preciso ponerlo previamente en conocimiento de la Autoridad, es un acto propio de la Sociedad, que estando como está legalmente constituída, no necesita autorizaciones especiales para sus ordinarias reuniones, ó á lo menos no las exige la ley.

—La ley soy yo, y yo no consiento esta reunión para la que no se me ha pedido permiso.

Había ocurrido que, en los ocho ó diez días que don Quijote llevaba en la ciudad, por uno de esos cambios políticos tan funestamente frecuentes en España, la ciudad había cambiado de corregidor-presidente, pues no era el mismo con quien don Quijote habia chocado en la *casa de la villa*, y habiendo tenido noticia don Quijote del cambio, no conocía, sin embargo, á la persona, aunque si algo de lo mucho que de ella se decía. Después que le oyó lo que le oyó, se levantó de la silla en que habia estado hojeando un librito titulado *Revelación*, una especie de pequeña enciclopedia que le había intrigado muchísimo por la *bárbara* manera de tratar los asuntos, y con libritos así le extrañaba que la humanidad no fuese toda anarquista ó algo peor, y que los hombres no quisiesen ser libres como diablos, pues el libro parecía escrito por el diablo mismo, tantas eran la ignorancia y la maldad que encerraba ó con ser todo él ignorancia era más que todo maldad. ¡Qué infernal engendro!—pensaba al leerlo salteadamente.—Se levantó y dijo dejando el libro sobre la mesa y con cierta torpeza en los movimientos hija de la falta de costumbre de verse vestido como estaba, pero sin

perder ni dejar nada de su distinción caballeresca:

—Bien parece el comedimiento en todos, pero en los que mandan y gobiernan, es como fulgor que destella de su alma providente, que envolviéndolos en la luz de la serena razón, ilumina y esclarece la de los que deben obedecer y son gobernados. Así evitan obcecaciones, previenen disturbios, y hacen tolerables las prohibiciones; ó lo que es ya un aforismo que será á no dudar, conocido por todos, y sin duda lo es especialmente por los que ejercen autoridad: «transigir es gobernar», y mucho más cuando se trata, como vuestra excelsitud dice que es, de una ley viviente que puede cambiar de bisiesto de una mano á otra, según sople el viento.

—¿Es usted, por lo que veo, el juglar ese que se exhibe por ahí llamándose don Quijote? Pues adviértole que no soy yo como mi predecesor.

—Yo no sé—replicó don Quijote sin descomponerse—si seré juglar ó no; los que no están desvanecidos dicen que no lo soy, pero lo que sí sé es que vuestra merced no sabría serlo, y en cuanto á que sea ó no vuestra merced como su predecesor, ya veo que es un diferente prisma, que concentra algo más *la luz*, del mismo cris-

tal, pero advirtiéndolo, tan sin preguntárselo, vuestra merced mismo, más que advertencia parece que es que vuestra merced quiere, como quien responde á sugestiones de camarilla, respirar por heridas que nadie le ha producido ni ha querido producirle mientras vuestra merced no diese ocasión para ellas; y siendo así, porque se le figuran los dedos huéspedes, la advertencia, tiene también visos de reto para disculpar ó fundar resoluciones premeditadas que vuestra merced piensa que habían de quedar impunes, y que con ellas iba vuestra merced á adquirir más importancia y á asentar respetos entre el pueblo. Conozco la especie á que vuestra merced pertenece; los datos que tengo y lo que en este momento realiza, me sobran para definirle y clasificarle.

—Adviértole á usted que soy la primera autoridad local en una población de tal importancia que es tanto como ser gobernador.

—Pero no es ser gobernador, que me parece que es lo que vuestra merced desea, porque aquello mentamos que deseamos. Cuando aunque sólo sea con la intención, se encomia grandemente una cosa, y elogiándola se encarece, si se posee, es que se la ama y si no es que se desea, y pro-

curársela por medios rectos, es digno y laudable, mientras que es oprobioso querer merecerla por procedimientos de que cualquier hombre honrado se avergonzaría ó no pueda aprobar...

Los intempestivos alardes de poder, son retos indirectos, que no se sabe por quién, cuándo y en qué forma pueden ser recogidos y aceptados, y más en estos tiempos que parecen estar caracterizados por un cierto desprecio de la vida que da al hombre, por ello, una cierta semejanza con la ciega y obstinada acometividad de los gallitos ingleses, y es necesaria una dosis de no vulgar prudencia para no provocar inmoderada y desconsideradamente. Si ésta es advertencia saludablemente común á todos, lo es más á aquellos que están en *pinganitos* y cuyas bravatas y provocaciones no están en relación con los medios efectivos y de buena ley que pueden emplear, ó de que no sea lícito echar mano para el ataque ó la defensa, ora provoquen, ora los provoquen, porque todo lo demás es hacer degenerar las luchas á los dictados del instinto, perdiendo el ennoblecimiento de la razón. Y ésto que en cierta manera es disculpable ó menos chocante en los sujetos de baja extracción ó humildes por la insignificancia de sus funciones, no lo es en

manera alguna en aquellos á quienes, no sus méritos, sino la casualidad, el caprichoso azar, puso en lugares cuya ocupación les impone el deber de velar sobre su temperamento, si es irritable, ó el de no abusar del medio, si es paciente ó pueril, y les veda saborear satisfacciones propias de incompletas criaturas, tengan ó no el estigma visible.

—Bien; pues menos filosofías. Esta reunión que se ha promovido por usted, por usted se disuelve, renunciando á presentarse.

—Siento mucho no poder complacerle.

El corregidor-presidente, por una especie de *mancinismo psíquico* (y á los especialistas les recomiendo esta observación de la que quizá pueden deducirse muchas y provechosas consecuencias) tenía de una manera continua el bastón en la mano izquierda, como si física y realmente fuese zurdo; elevó por su mitad la pajiza caña, poniendo á la vista las grises borlas y el áureo cónico puño, como en exhibición conminatoria, y como si llevara *embuchada* la frase, dijo:

—¡Mire usted; *á mí no se me oponen dificultades!*—dando al mismo tiempo dos pasos hacia atrás, se bamboleó de cierto modo que don Quijote, creyendo que era

traspiés, llevado de su bondad, hizo ademán de cogerle para evitarle la caida que presumió; pero se detuvo antes de que el ademán pareciese agresión, diciendo:

—Dispense vuestra merced; pensaba que eso era en vuestra merced un peligro transitorio, porque creía que vuestra merced tenía más sólidos fundamentos ó menos desiguales.

Mordiéronse los labios todos, el corregidor-presidente se puso lívido y don Quijote continuó impertérrito:

—Lo primero que vuestra merced debe mirar es si lo que pide ó quiere mandar es posible. Yo en este momento no me pertenezco, sino que me debo á la palabra dada á estos señores, al compromiso que ellos conmigo y yo con ellos adquirimos, y no habrá fuerza ni consideración humanas que me lo impidan, ni me hagan desistir.

A todo esto llegaban del salón de actos ó sesiones, que era el local de una enorme vieja bodega, rumores y voces de impaciencia, y como allí habían llegado ecos de la discusión y noticias del motivo, parecía que iba condensándose ese sordo rumor precursor de las asonadas, á las que el corregidor-presidente temía, con miedo efectivo, que quería disfrazar de

generosidad, como había demostrado en épocas anteriores de mando, poniéndose en una actitud *ecléctica*, aparentemente, pero inclinándose á los sediciosos y concediéndoles todo, de donde procedía el secreto de su circunstancial popularidad. Por eso los rumores y voces, procedentes del salón, no le invitaban á sostener su oposición, y no sabía cómo *apearse*, deseando que surgiese algo ó mediase alguien que le sirviese de apeadero. Poniendo el oído en el salón, y la vista en los circunstantes, dijo:

—¡Yo le haré desistir á usted, llevándole á la cárcel!

Sir Mungo, desplegó los brazos, que los tenía cruzados sobre el pecho, escuchando y callando, adelantó un paso y dijo:

—¡*Carraco*, eso no!... Usted no querrá que se adelante un suceso funesto, en primer lugar; y en segundo, este señor está al amparo del Pabellón Inglés, al cual lo he acogido hace dos días, y si no es súbdito es protegido de Su Graciosísima Majestad el Rey de Inglaterra (llevóse al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, la mano al sombrero, que elevó con respeto profundo, rayano en veneración). Yo creo, señor, que aquí hay una obcecación infundada: si lo único que faltaba era el

permiso de usted, supla su buen juicio la omisión en que hayan podido incurrir estos honrados señores, poco acostumbrados al manejo de leyes y reglamentos de policía, y más merecedores por eso de disculpa.

—¡Vaya un capote bien echado!—dijo alguien á la espalda de Sir Mungo.

—No ¡si no es más que por el precedente! y reconociendo que ha puesto usted el dedo en la llaga, concederé el permiso. á condición de que se cumplan las formalidades mañana.

—¡Todas las formalidades que usted quiera, que no serán seguramente más que las debidas!

Sancho, tan pronto como oyó lo último que el corregidor-presidente dijo, tocó en el hombro al Secretario de las sociedades, lo llevó aparte y le dijo:

—Vuestra merced es, por lo que he oído, el Secretario, y sabrá escribir.

—¡Hombre, ni que decir tiene!

—Pues quisiera que me pusiera en un papel como ese, (y señalaba un cartel anunciador de las funciones teatrales, que estaba pegado á una pared) unas letras muy grandes.

—Pues en ese mismo, por el revés,—y diciendo y haciendo, descolgó el cartel anunciador,— y dijo:

—¿Qué quiere usted que ponga?

—Unas palabras que no se me olvidarán nunca, porque me costó el aprenderlas un gran molimiento de huesos, y también las vi en un pasquín. *Ponga vuestra merced*... y se le inclinó al oído para decirle lo que había de poner.

Se sonrió el Secretario, hizo con papel enrollado una especie de pincel, y en un rincón se puso á escribir tendiendo el cartel en el suelo, y mientras tanto Sancho, cruzados los brazos y contoneándose, le miraba satisfecho de su ocurrencia.

Cuando hubo terminado el Secretario, cogió Sancho el cartel, salió al pasillo que conducía al salón, terció su *pavero*, puso un extremo del cartel debajo de la barba con la que lo sujetó, con las manos lo sostenía extendido, y se adelantó al salón, pareciendo un rey de armas con dalmática.

Ante la extraña y estrambótica aparición el público guardó unos instantes de silencio, sorprendido; unos leyeron rápidamente lo escrito, otros menos rápidamente, pero todos iban leyendo en alta voz, de modo que unos parecían ecos de los otros y el todo un coro:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Y después de una carcajada que parecía al cundir reguero de pólvora inflamada, sonaron aplausos, bravos, hurras y todas las manifestaciones del entusiasmo desenfrenado.

CAPÍTULO XI

Discurso de don Quijote á los obreros.

En medio del Presidente y del Secretario de las sociedades obreras y seguido de las Juntas directivas unidas, entró don Quijote en el salón de sesiones, siendo saludado por el concurso poniéndose éste de pie y con una salva de aplausos. En una especie de plataforma, separada del resto del salón por una barandilla de madera y elevada unos cincuenta centímetros del nivel suelo, se situaron en modestas sillas de anea los de las directivas, teniendo el Presidente á su derecha á don Quijote y después de unos *escarceos* vanidosillos, casi *coqueteos*, como si fuesen parlamentaristas *de veras*, de los que ocupaban la altura entre sí, y entre algunos del público, se pusieron graves de repente, agitó el Presidente la campanilla de una escribanía de metal que tenía delante y dijo:

«¡Se abre la sesión!»—y poniéndose de pié agregó: «Compañeros: el objeto de esta reunión, es presentar ante ustedes al noble y conocido Caballero don Quijote de la Mancha, del cual todos tenemos noticia de sus caballerescas hazañas. Ruego,

compañeros, se le escuche con la atención que merece tan ilustrado huésped, que deseoso de que sus grandes conocimientos sociales penetren en nuestros humildes cerebros, es por lo que se ha dignado entrar en nuestro Centro social. Pido permiso á la asamblea para concederle la palabra. (Voces: ¡Que hable, que hable!) Tiene concedida *su señoría* la palabra. ¡Orden, compañeros!» (1).

Tendió don Quijote la vista por la *mancha de color* que se le ofrecía delante, y á favor de la claridad de las poco numerosas pero bien distribuídas lámparas eléctricas, pudo examinarla.

Parecía un plantel de hongos sobre fondo grisáceo, moteado de negro. El vistoso y costoso traje típico del país, la creciente pobreza, la progresiva miseria, ha ido relegándolo, y visten todos, con pocas excepciones, uniformemente el dril blanco ó azul, que con el uso, la acción de la luz y las mojaduras, pierde la tonicidad del color y se jaspea. Debajo de aquella manta de sombreros anchos, relucían vidriosos ojos, y brillaba el esmalte de los dientes, más por servirles de marco curtidos rostros morenos, aguileñados, y pudo confir-

(1) Esta presentación es auténtica, con la sola diferencia del nombre del presentado.

mar el tipo ya observado por él, del obrero del campo, delgado, anguloso, un esqueleto cubierto por piel terrosa, erguido y flexible hasta que llega á los cuarenta años en que, si no lo recoge piadosa la madre tierra, seco, consumido por algo caliginoso, se encorva como tallo marchito, con la columna vertebral en garfio triste y repugnante.

Y allí estaban, silenciosos, por extraño que parezca, con los ojos fijos en don Quijote, esperando sin prejuicios lo que dijese, y anhelando oirle, los anarquistas de Jerez y su campiña.

Don Quijote apoyó unos instantes la barba en la mano, y después, poniéndose en pié y apoyando ambas manos en la mesa, comenzó á hablar diciendo:

«No son estas las lides á que yo estoy acostumbrado, y por más de que no sea ajena á la Caballería andante el arte sublime de la oratoria, no es el de ésta su ejercicio preferente, ni las armas de ella las predilectas de los andantes Caballeros, pues si siempre han sido, son, y serán amparadores de la razón, la suelen defender y apoyar con la lanza y con la espada, dejando los demás recursos, argumentos, razonamientos y discursos, á los letrados y jurisconsultos. Hay que someterse, no

obstante, á las exigencias de los tiempos y ya que los presentes piden esta clase de palenques, y se confía el esclarecimiento de la verdad y el sostenimiento del derecho á las armas de la dialéctica, yo estas mismas he de emplear y siento no poseer el numen de Demóstenes, y la artística locuacidad de Cicerón, pero si la fe hace milagros, y el convencimiento hace elocuentes á los mudos, estas dos cosas las poseo en grado tan eminente, que confío en que ellas me han de sacar á seguro puerto ante vosotros, siquiera echéis de menos las galanuras y rotundideces del moderno estilo, al cual procuraré adaptarme, ya que he podido instruirme en él, gracias á las relaciones y lecturas que el honorabilísimo Caballero Sir Mungo Landmis, mi compatriota espiritual, ha sabido procurarme. Irguióse, flexionó los brazos y continuó:

Todo aquel que acomete empresa difícil ú obra nueva, debe, si es cristiano, de hacer la señal de la Cruz, y yo, que cuento como el primero y más glorioso el título de cristiano, como por el bautismo lo tenéis vosotros, antes de entrar en materia he de hacer la señal del cristiano, es decir una profesión de fe, á presencia de todos vosotros, precisamente porque estáis po-

seídos, sin que vosotros sepáis la causa, ni yo adivinarla, de un cierto refractarismo hacia Dios y sus cosas, sin tener en cuenta, quizá, que quien no piensa en Dios, tiene cegada la fuente de toda sabiduría, de toda verdad, de toda justicia y de todo consuelo en los dolores del alma y del cuerpo.

Así, pues, sea en el nombre del Padre, (santiguándose) del Hijo y del Espíritusanto. Amén.

¡Aaah!—hicieron algunos en la sala; otros dijeron: «esto va á ser un sermón, y ese tío, según lo que hace y como viste, parece un jesuita laico»; alguien objetó: ¿no sabéis que es loco?, pero otros muchos, el mayor número, quedaron en esa actitud particularísima de curiosidad sedienta, que se ve á veces en las almas sencillas, ávidas de verdades, que las esperan como bálsamo cicatrizante, ó lenitivo consolador, cuando son sinceramente sentidas, ó dichas por boca á la que da autoridad una conducta irreprochable.

—*Hoc signum vincis*—continuó don Quijote—y desde el Emperador Constantino hasta la fecha, viene realizándose esta promesa. Haced la señal de la Cruz, que no puede debilitaros, á nada humanamente os obliga, y cuando vuestros enemigos

vean que *también* la hacéis, les faltará ese punto de apoyo, ese pretexto de combate. Sea mi ejemplo fructífero. Abroquelados con la Cruz, significará que no os importa ser crucificados, y quien está dispuesto para el sacrificio, tiene ganada la mitad de la victoria. (Pausa.)

Antes de venir á este recinto y sin saber que había de venir, en el que os congregáis, adonde venís á transmitiros vuestras quejas y anhelos, vuestros temores y esperanzas, y á robustecer el ánimo para la lucha, he andado por esos campos y despoblados y he visto, con tribulaciones del alma, con intensísima amargura en el corazón, cómo vivís, ó mejor dicho, cómo morís, pareciéndome que sois pobres plantas en terrenos anémicos de jugo, que hacen poderosos esfuerzos de succión para no perecer, y que llevan sombra de vida y parece que se sustenta por un evidente favor de la Naturaleza, que precisa para su equilibrio un cierto número de seres y los nutre invisiblemente, á *son insu*, para que no perezcan antes de tiempo.

He visto vuestros lechos y me ha parecido que los de las fieras serán más blandos y abrigados; he visto vuestras comidas, y aun he participado de ellas, merced á vuestra generosidad, y me ha pare-

cido que si las necesidades y funciones de la nutrición fuesen lo que dicen los fisiólogos, vosotros deberíais de pertenecer á una raza ó género no estudiado ni conocido. Verdaderamente, he creído hasta ahora que el agua, aunque sea acidulada con vinagre, salpicada con menudos puntos, pues no pueden llamarse ojos de aceite, sazonada con sal y aromatizada con ajo, no podía ser elemento de nutrición; no para quien desarrolla un cierto número de calorias con el ejercicio del trabajo muscular activo, continuado, sino para los que todo su desgate dinámico se reduce al de la respiración y al de la circulación, pero desde ahora voy á creer que el hombre, si se propone ó fuerza mayor le obliga, puede alimentarse como los camaleones. Es verdaderamente maravilloso que con tan frugal alimento podáis teneros de pie, yo no diré mover una azada ni guiar una yunta en las labores, que aun siendo someras son superiores al esfuerzo que de vosotros puede esperarse, de esos campos feraces, que os sirven de incruento *spoliarium*, en que penosamente vegetáis, sino teneros de pie, meramente teneros de pie. (Algunos intelectuales, dispersos acá y allá por el salón, juzgaron que no debían pasar la palabra *spoliarium* sin mención

aprobatoria, é iniciaron los aplausos, que todos los demás secundaron). Siento no sé qué género de repugnancia en decirlo, pero los fueros de la verdad completa á ello me obligan; he llegado á mirar con envidia por vosotros, me ha llegado á parecer más llevadera por mejor sustentados y atendidos, la vida de los mismos animales á quienes prestáis inteligencia y sometéis al régimen del laboreo. ¿El bruto de mejor condición que el racional!... Esto sólo puede ocurrir en el mundo cuando no queda en él un átomo de justicia, un latido de equidad, la caridad está muerta, y la misantropía ha llegado á tan exagerado extremo, que ya pierde la palabra para nombrarla su verdadero significado, y es preciso inventar otra para la cual quizá no existan precedentes etimológicos: tan nuevo es lo que debe designar.

Porque no es que no haya habido nunca en el mundo tiranos y tiranizados, hartos y hambrientos, directores y dirigidos, opulentos y miserables, sino que los tiranos de hoy, los hartos de hoy, los directores de hoy, los opulentos de hoy, obran y proceden con una laxa indiferencia, cruel por tímida, como si estuvieran convencidos de que realizan una usurpación, mientras que sus análogos de otras épocas y

tiempos, estaban convencidos de que ejercían derechos inmanentes, tan personales que los consideraban como consustanciales é inseparables de su misma persona, entre ellos el de un no interrumpido patronato. Y por ello eran robustos, y por robustos generosos. Esta robustez y generosidad han degenerado en astucia felina por una posesión falaz, y eso habéis perdido los menesterosos, los no poseyentes, los que sois garfios y gruas, martillos y yunques para extraer y transformar la riqueza, sin que hayáis ganado otra cosa, en justísima y debida compensación, como no sea el derecho de ir muriendo en vuestros tugurios, extenuados y abandonados, como si no fuéseis colaboradores ó no debiéseis ser participantes de la felicidad social· (¡Bien, bien! ¡Bravo! Regocijo y cambio de expresiones de conformidad entre los congregados. Sancho, arrastrado por una irresistible atracción, fué poco á poco metiéndose entre los obreros, confundiéndose con ellos). Los tratadistas de estética han demostrado, en cuanto esta materia es asequible á la demostración, que la sublimidad del horror no la perciben y sienten en toda su crispadora intensidad los que se hallan sumidos en el horror mismo, y que no se siente la mis-

ma emoción siendo actor que espectador. Tiene que ser así, porque sino, no sería posible la mitad de la vida; pero vosotros os dais perfecta cuenta del horror en que estáis metidos, del cual queréis salir, como lo prueban vuestra aprobación á mis pa labras (y ojalá otorguéis la misma á cuanto os diga, pues todo estará informado en la misma buena voluntad) la existencia de este Centro, y los esfuerzos y sacrificios que hicisteis para fundarlo y hacéis para sostenerlo. ¡Bien hayáis por ello! Veo con hondísima simpatía este Centro que es núcleo de vuestras asociaciones. Ya sabéis, pues ésto lo he visto repetido en los libros é impresos destinados á vosotros; escritos por gentes de buena fe y por gentes desaprensivas, que la sociabilidad es una propiedad; la sociedad la reunión de individuos para «los fines *capitales* de la vida humana», ó el fin común, y la asociación es algo que de las dos se deriva, sin ser ninguna de las dos; aquéllas pueden existir sin ésta, ésta no existe sin aquéllas, y tiene un fin determinado, convenido de antemano por los asociados, es resultado de la voluntad y concierto de voluntades. Cuando hay voluntad de una cosa es que se siente la necesidad de ella y que se conoce su utilidad, y emplear

los medios adecuados para conseguirla, es demostrar un grado de sensato conocimiento estimable, que es honrado estimular, y muchísimo más honrado no contrariar, y no lo hará nadie que no sea además de necio, criminal, y además de todo esto suicida... á plazo indeterminado, porque pretender sofocar la evolución y la aspiración natural al perfeccionamiento humanos, mientras por racionales vías se persigan, no es más discreto que querer evitar que las leyes físicas se cumplan. Por lo que yo digo ésto vosotros lo sabéis y lo sabéis por triste experiencia, de la que en este momento quiero ser humilde eco.

Sentís, pues, la necesidad de sustraeros al horror en que estáis sumidos, que no es solamente por falta de pan, y buscáis el remedio en la asociación. Así debe ser. *¡Ay del solo!*—dice el sapiente libro cuya asidua lectura os recomiendo, el Evangelio, que es mina inagotable de verdades tan fundamentales, tan fortificadoras, que la pusilanimidad, todas las pusilanimidades, huyen los que frecuentan su lectura y la meditan.

«La unión es fuerza», lema es tan pregonado como exacto, y como la fuerza sea aún necesaria para las relaciones que re-

gula el derecho, fácil os será ver que es más indemne é invulnerable quien más medios de defensa tiene, y que de dos varas de la misma madera, es más resistente é *imponente* la más gruesa, lo que acumule, en igualdad de cohesión, mayor número de fibras. Hacéos, pues, fuertes por la asociación y defendedla con tesón, con ahinco, enérgicamente, como debe defenderse un derecho natural, y es uno de los más naturales de los derechos; por ella es lícito que sacrifiquéis y que os sacrifiquéis...

Y vamos á los fines de vuestra asociación.

Perseguís, como una de las «reivindicaciones» (¡qué grande es la palabra y qué extensa, pues parece historia y profecía, que se apoya en lo pasado y sondea lo porvenir, ayer y mañana, háyala hecho quien quiera!) perseguís, digo, como una de las reivindicaciones, la nivelación económica como medio de libraros de la miseria que os corroe, y suponiendo que la vida es un banquete opíparo (á quien está privado de todo se le puede perdonar que padezca espejismos de un optimismo superior á la realidad) tener en él un puesto y un cubierto. No está mal; pero habéis de distinguir en todas las cosas dos aspectos: lo

absoluto y lo relativo, aunque me tengáis ó no falte quien me tenga por un don Hermógenes de nuevo género.

La absoluta nivelación económica, en el sentido de que unos no tengan más que otros, ó unos menos que otros, es imposible, es lo que llamáis una *utopia*, que no es ni siquiera laudable como aspiración, puesto que no se debe de aspirar á lo irrealizable, que quien á lo irrealizable aspira, renuncia ó dificulta lo realizable ó hacedero, por el bien sabido adagio que dice: «el amigo de lo mejor es enemigo de lo bueno».

Tal vez fuese bueno, y quizá no falte quien lo desee y aspire á ello, que el hombre tuviese la vista penetrante del lince, el oído sensible del elefante, el olfato de la hormiga, el veloz volar del condor, fuese anfibio á voluntad, y por último, que además de ser inmune al fuego como la salamandra, alcanzase la inteligencia de los angeles, pero todo ésto, que es opuesto á su naturaleza, no puede alcanzarlo, sino imitándolo por superposiciones artificiales, é imperfecta y singularmente.

¿Qué se diría del que pretendiera hacer, de golpe y porrazo, la superficie de la tierra tan lisa y tan pulida como la de una bola de billar? Pues algo parecido sucede

con pretender el igualitarismo económico, base del social, pues hasta ahora «tanto tienes tanto vales», pero hé aquí que los desniveles sociales son tan naturales, necesarios é inevitables, como los desniveles, alturas, depresiones y llanuras geográficos, y así como en éstos es posible allanar un obstáculo, desmontando una altura ó llenando una sima, pero merced, si no es por un cataclismo, al esfuerzo inteligente y voluntario del hombre, empleando medios é instrumentos adecuados, puede llegarse á lo que hará tolerables los desniveles económicos, y poco á poco los irá aminorando, y es que cada uno tenga, por lo menos, lo indispensable para sus necesidades. ¿Cómo? De las mil fórmulas conocidas, escoged una, la más adaptable según las condiciones del país y de la raza, y perseguid su realización, insistente y perseverantemente, sin decaimientos, ni desmayos, ni alucinaciones. No se mete un clavo de un martillazo, ni rompe, para aprovecharlo, un huevo de un porrazo; no se castran las colmenas hasta agotarlas, ni se cuecen las semillas para sembrarlas... (Risas) ¡Tantas cosas os pudiera decir! Colaborad con la naturaleza, sin contrariarla ni violentarla, pues ya sabéis que no avanza saltando.

Yo bien sé, que en las determinaciones de la voluntad tiene mucha parte la vehemencia del sentimiento, y que los impulsos son proporcionales á la intensidad del deseo y á los apremios de la necesidad, pero para algo sois séres racionales, para templarlos adecuadamente, preparar y aprovechar convenientemente la oportunidad de los momentos, fijándolos de suerte que no se malogren. Para ésto es preciso huir de toda causa de irritación, ó abstenerse de obrar durante el acceso, porque, generalmente, los actos que aconseja la ira, ó la impremeditación, ó el arrebato, más son en daño que en provecho del que los ejecuta, consiente y aconseja.

Que una gran madurez informe todas vuestras determinaciones, y una vez tomadas, no sepáis ni queráis desistir por ningún respeto ni provecho, que no sea la determinación misma, el fin propuesto; así aumentaréis en autoridad, ganaréis en respeto, y en seguridad y firmeza de vuestras decisiones, que quien por la contrariedad rectifica los propósitos, no podrá realizar ninguno, y tiene que quedar atenido y sometido á la misericordia de quien dependen. Pero es también preciso que desechéis del ánimo todo cuanto pueda alucinarlo, ó inducirlo al vértigo, sobre

todo, aquellos falsos conceptos que tienen la triste virtud de envenenar el espiritu, por ejemplo, este de que me acuerdo: «la propiedad es un robo», tan paradógico como de intrincado sentido; ó este, que ahora se me viene á las mientes: «ni Dios ni amo», no tan paradógico, pero sí de muchísima más fulminante virulencia. Hay ciertas concepciones, que sólo puede tenerlas un cerebro exaltado por la desesperación, semejante á la que induce al suicidio, ó caldeado por una causa patológica, transitoria ó permanente, que bien pudiera ser el alcohol ó la absoluta carencia de afectos nobles; pero, como quiera que sea, y examínese por donde quiera esa frase, siempre resulta blasfema; la boca que vierte blasfemias, no corresponde á alma templada para la lucha, ni la blasfemia infunde ánimos persistentes, y no deben seguirse las indicaciones de quien resuelve y condensa sus pensamientos en frases explosivas, que dañan, más que á nadie, á quien las emplea. «¡Ni Dios ni amo!» Así como quien dice un retroceso de muchos grados por debajo de las más feroces é insociables bestias. ¡Dios, lo inmutable y perpetuo—(con energía y vehemencia)—lo que no cambia ni se renueva, lo inflexible é incorruptible, el

continente universal, la ubicuidad absoluta y, en fin, *uno mismo*, porque al anular la causa, se anulan todos, todos los efectos... No, señores y amigos míos, y siento no poder llamaros compañeros, porque toda mi producción y todo mi trabajo en orden á efectos necesarios ó útiles para la vida, se reduce á una media celada de cartón; no, vuelvo á decir, si yo no exijo ni pido, ó si yo no pido ni menos exijo que se *adule* á Dios con alabanzas y confesión y declaración de sus excelentísimos atributos, el reconocimiento de los cuales redunda en beneficio exclusivo nuestro, no en el de El, porque *Él es siempre quien es*, no consiento tampoco que se blasfeme de El, sobre todo, con blasfemias que pueden resultar en daño de su criatura predilecta: el hombre, que es en resumen quien sufre el daño que emana de sí la blasfemia, pues á Dios nada puede dañarle.

Hizo una pausa el *orador*, y más reposadamente, continuó diciendo:

—El amo, el amo... sobre ésto ya podríamos entrar en más detenida discusión. El amo, en realidad, tiene una representación antipática y odiosa. Es el que constriñe y reduce la expansión de ciertas actividades, y estimula y procura sostener y aumentar otras; limita y tasa la facul-

tad de consumo, y fuerza y violenta la de producción, restringe el uso y no tolera el abuso. Es, en fin, *el obstáculo*; tiene algo de atalaya, mucho de muro contentor, no poco de dique, un tanto de cimiento y fundamento, un cuanto de martillo hidráulico y una no siempre discreta (¡ah, pues si lo fuera siempre!...) cantidad de prensa. Vosotros veréis si conviene prescindir de él y es posible. El ensayo no sería difícil; por de pronto, imposible no es; pero el desengaño no se haría esperar. Estoy por decir que él y el ensayo serían simultáneos, pero en ésto no vale predicar; es de esas cosas en que cada uno tiene su opinión por panacea, y así ¡allá cada uno! ¡allá vosotros! ó mejor dicho ¡allá los amos! á ver si les conviene portarse y proceder de modo que el ensayo sea cada vez más deseado y acabe por imponerse. (Risas generales.) Mas no podéis estar atenidos á que ellos se decidan por el ensayo, ni á sus concesiones voluntarias; á vosotros os toca compelerlos, amparándoos y apoyándoos en la justicia, ejercida por hombres de tan buena voluntad y saber, que supla la divina intuición; de tanta imparcialidad é independencia, como si no perteneciesen á la tierra ni estuviesen ligados á ella por lazos, vínculos ni rela-

ción algunos, de tanto desinterés y «altruísmo» como si estuvieran ahitos de venturas. Varones rectos y viriles, de mente sana y corazón intrépido. Es el de la justicia un altísimo y sublime ministerio, que en la actual organización social, en sus luchas y pendencias, estoy por ponerlo por encima del sacerdotal, aunque me contradiga de lo que en otra ocasión, cuando osé parangonar las armas y las letras, afirmé (que de sabios es mudar de consejo y téngase aquel paréntesis por forzado ó no puesto) porque éste al fin, al fin, se encamina hoy únicamente á relacionar á los humanos con el que es todo misericordia, y el temor del cual es principio de toda sabiduría, y siendo en sí la sabiduría misma, El sabe muy bien enmendar los yerros que sin malicia se cometieren, mientras que los de la justicia, aquí en la tierra, no tienen enmienda, y debiendo ser reflejo de la suya, de la que dió naturalmente á todos noción para conocerla y quererla, cuando las potestades temporales no la siguen, ni cumplen, ni satisfacen, ni hacen que se cumpla y satisfaga, en ofensa del mismo Dios resulta, y en quebranto de la fraternidad y armonía que debe reinar entre los hombres, por ser causas *sine qua non*, de la felicidad humana y predispo-

nentes para alcanzar la eterna. Porque ya que sea también natural entre los hombres mostrarse reacios en hacer aquello que va contra su particular provecho y comodidad, y fáciles en ejecutar lo que á su apetito, no siempre sobrio, halaga, y de ésto se sigan alteraciones y daños, preciso es que el Supremo Poder tenga aquí representación que restablezca provisionalmente el equilibrio, y provisionalmente tiene que ser, donde todo es provisional, falible y transitorio, mientras El no lo restablece definitiva y perdurablemente. Pero es la justicia materia tan espiritual, sutil y delicada, que cuando el hombre por caso la posee, no puede manejarla sin mancharla, ni ofrecerla pura y tan pristina, que convenza y avasalle siempre.

—Que la ofrezcan como saben y no como quieren, y verá vuestra merced milagros, —gritó uno, confundido allá entre la masa de obreros,— que por el olor se han de distinguir el apio del perejil, y de la cicuta no hay que decir, y ésto lo saben hacer hasta los ciegos, y no lo son tanto los hombres que no vean cuándo se hace justicia y cuándo no, y á injustos fallos males doblados, y más corrompe un mal juez que una epidemia, y si no que me lo pregunten á mí, que he hecho justicia sin

atender á lágrimas del rico, ni á promesas del pobre, ni á dádivas de mujer hermosa, como vuestra merced me dictó y recomendó. Este mi amo habla siempre como un bienaventurado que no conoce la vida más que un colegial, y no deben vuestras mercedes de hacer mucho caso de lo que él diga porque si no, para mí tengo, y por mis barbas juro que acabarían vuestras mercedes por ser apaleados como muchachos traviesos y revoltosos que no quieren ir á la escuela No, sino estarse ahí con los brazos cruzados esperando que lluevan panes, ó á que entren en las casas por las chimeneas, y verán vuestras mercedes qué pelo echan. Yo aquí estoy, que soy pacífico de mío, pero por algo de lo que le oí á ese santo varón de mi amo, me entraron tales ganas de pelear, que siento no tener con quién, ni reivindicación que pedir.

Cuando don Quijote se percató de que era Sancho el que hablaba, coreado por explosiones de hilaridad, se puso el sombrero y gritó:

—Sólo tú podías tener el sandio atrevimiento de interrumpirme ante esta respetable asamblea, y estoy admirado de que estando ahí, no lo hayas hecho antes. No hagan vuestras mercedes caso de él, por

que siendo como es la misma facundia en dislates, no acabaría en toda la noche, y si no, para que lo haga, lo mejor será que me vaya yo, por que me sigue como la sombra al cuerpo, tanto es el miedo que tiene á verse separado de mí, y no sé por qué lo aguanto.

Lo que había amenazado empezar como drama por la intervención del corregidor-presidente, terminó por la de Sancho, como sainete.

Así son las cosas de la vida.

———

CAPITULO XII

A la luz de la luna

Alborozados y contentos salieron todos los que oído habían el discurso de don Quijote y el epílogo de Sancho, y por rara coincidencia, tirios y troyanos satisfechos, porque no todos los que le habían escuchado eran obreros, sino que, arrastrados por la curiosidad que inspiraba el sujeto, y un tanto también por lo que y como lo diría, procuraron y lograron entrar y hacerse sitio en los menos visibles del local (por que no se dijese que autorizaban con su presencia la existencia de aquel *taller de rebeldías*, ó que se habían contaminado) algunos burgueses y capitalistas, bien quistos con los obreros, que de todo hay en la viña del Señor, pero intransigentes, por bien hallados, con las predicaciones á que el local aquél se destinaba. Todos se dispersaron por la Ciudad, yéndose á sus casas unos, á sus tajos y cortijos los más, y otros aprovecharon el resto de la noche como suplemento de asueto para «echar una cana al aire», ó como se dice en el país y ha trascendido al exterior, «estar de juerga» y ¡ande la Marimorena!

Por eso este capítulo hay que titularlo

«á la luz de la luna», no porque *la vieja Diana* sea precisa para alumbrar la metrópoli del «vacío», sino porque su luz pálida, permitiendo ver á cierta distancia los objetos, no los detalla, y como produce las sombras tan negras y agrandadas, hay no sé qué misterio en las escenas y paisajes que á favor de la imperfecta claridad que emite se observen, y la escasa é incompleta certeza que se adquiere de lo observado, autoriza para hacer *divagaciones* ó generalizaciones, aunque sean confusas, ó confusas tienen que ser si han de ser reales. Y no puede ser otra cosa en Crónica (que no me atrevo á llamarle historia) en que nada hay imaginado, pues todo se reduce á seguir los pasos de un sujeto é ir consignando lo que con relación á él, ó relacionado con él se ve ú óyese, y para ésto poco hay que imaginar y poco que inventar. Ello sólo se va presentando, y el único mérito consiste en que se escape lo menos posible, y si puede ser que no se escape nada, sin perder de vista tampoco que «el que mucho abarca poco aprieta», porque para más sería preciso ser el mismísimo Diablo Cojuelo en persona.

Con ésto, y con añadir: «hay algo en Dinamarca etc... *intelligenti pauca.*

No serían, pues, menos de las once de la noche cuando don Quijote y Sir Mungo abandonaron el Centro de Sociedades obreras, y ya en la calle, antes de tomar el carruaje que á pocos pasos les esperaba, se unieron á ellos, saludándolos con respeto cortés y afecto aparente, dos sujetos que por las trazas parecían artistas de las liberales, ó gente avezada al trato culto, tal vez gente, si no literata, familiarizada con la literatura, circunstancia que echaron á ver en seguida don Quijote y Sir Mungo, por que emana la cultura una especie de resplandor sutil y brillante, que por cualquier resquicio se manifiesta y delata, haciéndose fácilmente visible á retinas habituadas.

—Tengo singular complacencia en oir esos laudatorios conceptos de vuestras mercedes, aunque sienta que á lo mejor nos haya aguado la fiesta este empecatado de mi escudero, con sus entusiasmos críticos, porque tenía algo ó bastante más que decir, pues no es tema que se agote en una oración de media hora, aun desarrollándolo sin plan y sin método, como quien se deja arrastrar del sentimiento (disciplinado, eso sí) y á él se confía como á nave de timón automático, y aunque no muy fijos, medidos y prefijados movimientos,

Porque háganme el favor de decir, señores míos, ¿podrá haber alguien cuyo sentimiento no se alarme al ver esa multitud sumida en el ateísmo luchando, además de con todas las vicisitudes de su existencia precaria y miserable, con las tinieblas que eso supone? Y cuidado, señores, que no lo digo por el afán de hacer prosélitos para el culto, ni porque piense que Dios *necesite* tener en adoración perpetua á toda la humanidad, ni siquiera que le confiese en toda ocasión y momento, que basta llevarlo en el corazón, sino por lo que supone, exclusivamente por lo que supone, por otras carencias y omisiones que denuncia.

Estamos en un país, ó vuestras mercedes lo están, porque yo soy tan provisional en él como el rayo meridiano, que no se contenta con ser católico, sino que es además apostólico y romano, ésto es, ó yo no conozco la realidad, y valga la adulteración, que cualquier lugar le es propio, que sigue una doctrina, y que se somete á un guía, y tan no es así, sino que empieza por ignorar lo elemental: por no saber si hay Dios, ó lo que es peor, abominar y escarnecer su nombre.

Y vengan vuestras mercedes acá: si en un país católico, apostólico y romano no

se le enseña al pueblo á conocer y amar á Dios, y la doctrina que de ser apostólico se infiere, ¿qué le enseñan? ¿Urbanidad quizá? No hay más que echarse á rodar por ahí, y se verá pronto la gran economía que se hace de ella. He visto que se presta más atención al uniforme de un guardia que á otras cosas y personas, merecedoras de ella y de respeto, que siempre se les ha tenido y es necesario que se les tenga. Y si no le enseñan á conocer á Dios ¿con qué se suple este vacío en los espíritus? ¿Con la enseñanza de cualquier otra cosa? Cualquier otra sería más costosa, *de todo*, y aténganse vuestras mercedes á la propia observación, y no digo más.

Vuestras mercedes disculpen en mí si culpa es, esta manía deísta, pues la realidad, lo que veo, oigo, palpo y columbro, me convence de que una sociedad sin Dios está á dos pasos del canibalismo, y por lo menos, concédanme vuestras mercedes un derecho: ¡el de no querer que nadie niegue á Dios sin haber hecho algo por saber si lo hay!

Hubo una vehemencia tan infantil ó si se quiere tan de *bonus vir* en don Quijote al hacer la última manifestación, que los que le oían sintieron conatos de risa, á la que sirvió de válvula una exclamación á

coro y unas reverencias rítmicas: ¡Mucho, mucho!—dijeron—y uno de ellos añadió:

—¿Y qué menos se le puede conceder á usted, señor, aunque no sea más que en obsequio á su admirable intención? Pero ha de tener en cuenta que esa idea que á usted tanto le preocupa, es común á toda persona de buena voluntad y de honrado pensar; lo que hay es que por el camino que conduce á Dios se quiere llevar la humanidad á otros géneros de humillaciones, y ésta se llama á engaño, y, como la reacción es igual y contraria á la acción, puestas las masas populares, inducidas algo por los pensadores libres de trabas mentales, y mucho por cuenta propia á negar las consecuencias, niegan también los principios. Creo, no obstante, que una rectificación de conducta y de procedimientos de los propagadores y sostenedores profesionales de la fe, restablecería ésta al estado que usted anhela y que nadie, seguramente, contrariaría por ella misma. Pero... esa rectificación es difícil; vendrá, mas no será espontánea: resultado de desengaños, será impuesta por éstos; cuanto más se vuelvan á acercar los propagadores y sostenedores profesionales al tipo de los primitivos, tanto más eficaces serán en su misión, y cuanto más dejen

de ser profesionales para convertirse en *vocacionales*, tanto más convencerán. Por de pronto debían despojarse del anhelo de imperio que tan funesto les ha sido, ó no ambicionarlo tan á ojos vistos, pues no se comprende que lo que nació cordero quiera convertirse en león, ó quiera armarse como tal en una misión en que la reflexiva convicción y la santa y digna humildad son más poderosas que todas las armas y todas las violencias, que fomentan rebeldías.

Había comenzado á reunirse gente al rededor de los interlocutores y sus acompañantes, y no queriendo Sir Mungo llamar considerablemente la atención ni dar pretexto para alguna otra admonición de la Autoridad, si se agrandaba el grupo, ni queriendo tampoco dejar con la palabra en la boca, digámoslo así, á los señores que se les habían unido y con quienes se ligaron en conversación, que no le era del todo desagradable, les indicó la conveniencia de abandonar aquel sitio, por la causa dicha, y les invitó á que les acompañasen «á mojar el gaznate» en cualquiera de las tiendas dignas de albergarlos una hora, donde podrían continuar la comenzada conversación. Uno de los señores dijo que agradecían y se honra-

ban con la invitación, que ellos no se habían atrevido á hacer, porque respetando las costumbres de todos, no sabían cual era la de ellos, y temían además contrariar los planes que don Quijote y Sir Mungo, ó cualquiera de los dos tuviesen, que por lo demás, era aquella costumbre (la de invitarse á tiendas) muy de la localidad.

—Lo sé—replicó Sir Mungo,— y yo suelo practicar en todas partes lo que se previene en el refrán de esta tierra española que dice: «á donde fueres, haz lo que vieres», y yo les imitaré á ustedes en todo lo que pueda; en lo que pueda, ¿eh?, porque cosas en que son ustedes verdaderamente hay inimitables.

Riéronse los dos sujetos, y uno de ellos dijo:

—Gracias por el elogio.

—¡Eh, cuidado; que yo no sé si es elogio!

Despidió sir Mungo al cochero, porque no le necesitaba ya, y dijo á los acompañantes agregados:

—Ahora les toca á ustedes guiar, porque de día como de día, y de noche como de noche; y yo no sé verdaderamente á dónde.

Celebraron los invitados una especie de consejo público sobre si había de ser aquí ó allí de los cuatro ó cinco establecimien-

tos que citaron, y se decidieron, por fin, diciendo uno de ellos:

—¡Ea; vámonos aquí, al Colmado!

—Ese nombre aquí es tan genérico, que apenas dice nada,—objetó Sir Mungo.

—A los naturales ó viejos residentes nos basta con nombrarlo, y sabemos, sin otros apelativos, á cuál nos referimos.

Echaron á andar y en una casa de esquina, donde se cruzaban dos amplias calles, por una puerta de menguada anchura, de la que á unos tres pasos partía una escalera con recodo, en el que una luz de gas la alumbraba, entraron y subieron á un piso principal, dividido en cuartos numerados, uno de los cuales ocuparon seguidos por un mozo en mangas de camisa y con una servilleta que manejaba como látigo, sacudiéndose los pantalones mientras recibía órdenes.

No pecaba de atento el mozo, antes bien, parecía un poco desabrido y como distraído en las poco explícitas contestaciones, y fué ésta la primera cosa que llamó la atención de los exóticos, diciendo sir Mungo, apenas el mozo se retiró para servir lo pedido:

—Parece que el mozo está mal humorado, ó que nos recibe como á hostiles, no como á huéspedes.

—Fundadamente les llama á ustedes la atención la forma, inusitada en general, de presentarse y atender el mozo ese, pero tiene su explicación, que no se relaciona con nosotros, ni con el mozo mismo: es preventiva, por no decir defensiva.

—¡Hombre! ¡Explíquese usted!

—Los concurrentes á estos sitios proceden... ¿cómo diré yo? Vaya un símil ornitológico: como loros flajelados, que miran qué mano les sirve para picarla. Si son fáciles de complacer ha de ser sirviéndolos con brusquedad, porque si no se *crecen*, y llegan á extremos inverosímiles de exigencia descontentadiza; los que habitualmente sirven en estas casas lo saben, por vieja experiencia, y se precaven con esos imperativos cuartelescos, medio despectivos, medio conminatorios, de llegar á procedimientos de *contundente* energía, si la exigencia llega hasta el punto de poner en peligro el cobro de lo consumido, ú otros intolerables. Esto tiene también su explicación: aparte una psicología que pudiéramos llamar regional, por la cual las burlas y las veras se producen en mezcla confusa, y son difíciles de discernir, en contraste con la psicología de los propietarios y servidores de estas casas, que son generalmente del Norte,

hay la influencia del alcohol, sus excitaciones, las travesuras que inspira, y como cuando á estas casas se llega, se *presume* la anterior estancia en otras de igual índole, hay predisposición á practicar el aforismo de los antiguos alienistas: «el loco por la pena es cuerdo».

—¡Ya voy viendo, ya!—dijo Sir Mungo.

—Además—continúo el que antes hablaba—el mozo es solamente intermediario entre el mostrador y el consumidor; tiene un jornal fijo; no le importa agradar al parroquiano, ni que consuma mucho ó poco, pues de ello no obtiene ningún provecho, porque si bien es cierto que, sobre todo cuando los cascos están muy caldeados, *puede* recargar y estirar la cuenta, que en la jerga de la camarería se llama «poner banderillas», tiene que ser de acuerdo con el mostrador, ó partir de éste, pues es á donde van á parar los productos, y por lo demás los mozos no tienen ni propinas, porque aquí no hay costumbre de darlas.

—Esa, esa, puede que sea la causa principal.

Puso el mozo ante cada uno de los consumidores una servilleta, y aun cuando no se le habían pedido más que quince copas de vino, sirvió con él platitos con diferentes entremeses, y ya, al segundo pedido de

vino llevó una rosquita de pan por individuo, y dos platos humeantes con diversos guisados, en los cuales picaban, según su predilección, los comensales con metálicos (porque eran de *metal*) tenedores que, al poner las servilletas había dejado el mozo sobre cada una.

Al tercer pedido de vino sirvió un plato fiambre y otro de pescado.

—Que me place—decía Sir Mungo—este es un banquete, con el atractivo de lo imprevisto; ahora me explico yo que estas tiendas, ó lo que sean, estén concurridas y sean asiduamente frecuentadas, aunque sea con perjuicio de la cocina y de la mesa domésticas.

—Y yo prometo, añadió Sancho, que á estas ermitas vendré á rezar siempre que pueda, y antes habría venido si antes las conociera.

—No tiene más—objetó con cierta sorna uno de los «naturales ó viejos residentes»—que los *oficios* en estas ermitas resultan caros.

—No puede ser caro—repuso Sancho—más que la primera ronda, pero á las otras ya la alegría les quita este amargor; porque en amores el empezar, y en beber el acabar, y por caro que sea el vaso el último siempre es barato, y á barriga agrade-

cida no hay hostelero ladrón ni moza mal parecida, y más vale cabeza alegre y estómago satisfecho que bolsillo repleto, y benditos sean mis bienes que remedian mis males, y quien da que hacer al cocinero ahorra médico y curandero, y maldecida será la llaga si con vino no se cura...

—Y maldecido serás tú, le interrumpió don Quijote, y odiando de las pasadas, presente y futuras generaciones por charlatan impertinente y refranero disparatado

—Bastante tiempo he callado, que he tenido paciencia para estar oyendo á vuestra merced despotricar como si fuera un corregidor, que eso parece con esa ropa, y á todos nos ha dado Dios la lengua para que no se nos corrompan en el pecho las palabras, que cuando vienen á cuento y no se dicen, allá se revuelven como nidada de gatos, y quien puede arrojar no muere de empacho. y quien piensa y calla si juzga no falla; y á este refrán retorcido búsquenle vuestras mercedes la punta—dijo, mirando á los circunstantes con aire de suficiencia y reto.

—Verdaderamente, señores, es el de la palabra un don precioso y de inestimable valor, por el cual el hombre se da á conocer interiormente y se manifiesta en toda

su integridad y grandeza, mostrándose por él digno del aprecio y de la confianza de sus semejantes, ó por el contrario revelando su condición peligrosa ó despreciable, pues por los dichos se pueden deducir facilmente los hechos de que es capaz un sujeto, y prevenirlos ó estimularlos, según convenga, y podemos juzgar de cada uno sin esperar á que por sus obras se manifieste ni se dé á conocer. Pero hay también el arte funesto y abominable de ocultar los pensamientos por medio de las palabras, y este disfraz taimado es uno de los más vituperables, porque merced á él podemos ser los hombres arrastrados á estipulaciones desleales y á engaños que no se conocen hasta que han adquirido forma tangible y son irremediables. Y digo esto, señores (hablaba don Quijote), porque de la exuberancia refranera de mi locuaz escudero, hame venido á la memoria una de las afirmaciones de uno de estos ilustres señores, al informarnos antes de lo que es para mí desconocido: la de que aquí es difícil discernir las bromas de las veras ó viceversa, y ésto como causa que llega á influir en las costumbres y caracteres nada menos que hasta el extremo de que donde debe hallàrse atención y buen acogimiento, que son en el mecanismo mer-

cantil, donde hay honrada competencia, sin que estorben ni perjudiquen tampoco á los odiosos monopolios, atracciones comerciales, porque en efecto, al que paga le gusta que le sirvan con agrado, y añadiré yo que á ello tiene derecho para que haya completa mutualidad, porque si por el objeto ó servicio da un precio que indemniza al comerciante ó servidor del valor del objeto ó de la prestación, ese precio lleva implícito un sobreprecio, que es la ganancia que produce en el que la obtiene una satisfacción, la cual, necesariamente, debe ser compensada con otra, independiente de la que se deduce de la adquisición del objeto ó servicio. Y así como una excesiva obsequiosidad puede ser y tal vez sea el dulce cebo en que á los incautos se les encubra mercancía averiada ó explotación leonina, la falta de ella puede tender á lo mismo por una especie de coacción, contra la cual no son garantía los ministros de justicia, ni de ella se defiende muchas veces el individuo por aquello de atenerse y estar al mal menor, y así, entre ambos extremos preferible es y más preconizable el primero, porque deja más libertad de acción á aquellos *contra* quienes se emplea. Son estas cuestiones, que yo llamaría «urbanidad de mostrador», por no elevarlas á la

categoría de «ética» de lo mismo, y vuestras mercedes pueden bautizar como quieran, más importantes de lo que á primera vista parecen, dada la extensión que veo tiene hoy el comercio, pues habiendo dejado de ser las casas de cada habitante depósito de las vituallas necesarias para el consumo diario, y elevada la moneda, como también veo, á instrumento único de cambio, el comercio, la *tiendatería*, es una verdadera profesión para el ejercicio de la cual debería haber veedores y examinadores de conciencia, y exigirse juramento de ejercerla honrada y fielmente.

—Si por juramentos es, pese á mí, ¿ha visto vuestra merced á nadie que jure más que los mercaderes, ni que más votos hagan por todo lo que le es más querido en el mundo? Si en eso cree que está el remedio, mejor será no ponerlo, porque sería como darles una patente de corso, y aténgase vuestra merced á los principios, que quien los tiene buenos lo mismo sirve para el átrio que para el altar, que el bien nacido y criado en todo da resultado, y quien es buen caballero nunca hace mal espoliquero.

Llegaban de los otros cuartos y de la planta baja, ocupada en la misma industria que el principal, rumores de conver-

saciones y algunas que otras voces agudas ó destempladas, que no habían logrado distraer ni llamar la atención de los concurrentes de quienes me ocupo, pero en uno de los cuartos próximos, situado al final de un largo pasillo, empezó á sonar una guitarra, tañida en suaves preludios al principio y que poco á poco fué elevándo el diapasón hasta llegar al máximo de sonoridad de que era susceptible. Cuando el instrumentista había, digámoslo así, enhebrado la tocata ó entrado de lleno en ella, empezaron á sonar, acompañando á compás bastante bien medido, palmadas y golpes que hacían un acompañamiento que sorprendió y suspendió gratamente á nuestros conocidos, y más por oir de cuándo en cuándo exclamaciones que parecían ora de admiración, ora de estímulo.

Dejaron de sonar las palmadas y los golpes, varió de *falsete* la guitarra, y oyóse un á modo de lamento suave, modulado repetidamente en trinos, y después, sin transición entre lo *pianíssimo* y lo *fortíssimo,* como quien acomete una subida empinada, salió una voz cantando, que en los silencios de ella, breves pero indispensables para reponer aire en los pulmones, era suplida por un rasgueo orquestal de la guitarra, por leves palmadas y por voces

asimismo de admiración y de estímulo, y otro tanto aconteció en las tres canciones sucesivas. Don Quijote se puso de pie y dijo:

—Háganme el favor, señores míos, de decir á esos buenos músicos y cantores que si por mí lo hacen, como pienso, yo los dispenso y agradezco el homenaje, pero no puedo consentir que ese cantor martirice ó eche las asaduras, ni oir lamentos por tristes sepulturas, madres desventuradas y amantes traidores ó crueles, sin que á eso pueda, como debo, poner remedio, por que revive en mí... y no digo más.

Riéronse y dijo Sir Mungo:

—Nada, señor don Quijote; eso no es eso; es uno de los matices pintorescos de las costumbres locales: esos señores están alegremente de huelga.

—Sí; añadió uno de los naturales ó viejos residentes, sin meterse con nadie y sin consideración á nadie.

—Yo no sé qué manera de holgarse sea esa: más parece que se preparan para llorar.

—¡Ah! Lo alegre vendrá después. En esas canciones hay arcasimo y ranciedad; cantan hoy las mismas que hace cincuenta años, y en ellas, y en general en las sentimentales, no hay novedad alguna; lo ale-

gre, lo enardecedor y lo nuevo, está en las eróticas y aun obscenas, con música retozona y cosquilleante.

—Pues vámonos, señores; antes de que la empiecen—dijo Sancho—que al fuego y al fraile no hay que hurgarle, y tal te llaman tal respondes, y quien come con dentera ni masca ni saborea, y tal es la música debe ser el contrapunto.

Mientras los demás se reían de todas veras, don Quijote decía.

—Contrapunteado te vea yo y cosido en un pellejo en compañía de un sapo, una víbora y otros animales inmundos, que es el castigo que daban antes á los parricidas y maldicientes, á ver si así contienes la lengua en los límites de la discreción, porque ¿qué tiene que ver todo eso con la música y las canciones de esa honrada gente que ahí, á su modo se solaza? ¿Métense contigo para algo?

—No se meten, pero les oigo; y asi como antes sentia en el celebro la gota de la pena y del lloriqueo, no quiero sentir otras gotas, y si en vuestra merced revive, como dice, no sé qué ¿por qué no ha de revivir en los demás? ¿O piensa vuestra merced que aunque somos de Argamasilla somos de argamasa?

—Por eso no ha de tener disgusto San-

cho ni ha de ver en peligro su continencia.

PagóSir Mungo y salieron á la calle, desierta y mal alumbrada por rigores del contrato de iluminación pública, que impone la disminución del número de luces después de las once de la noche. Alguna que otra sombra chinesca divisaban en las lontananzas, algunas vacilantes ó buscando apoyo en las paredes y otras ágiles y vivarachas, pero todas silenciosas, no oyéndose nada, salvo algún que otro monólogo de ébrio pacífico y filosófico, mal avenido con lo que llevaba dentro, ó recordando algo que le habían dicho ó debía haber dicho él, y allá en su soliloquio lo agrandaba y dilataba con alardes de osadía, retos de perdonavidas y epitetos y apóstrofes tan pintorescos como libres de todo artificio retórico y hasta lo menos intencionales posible, como los retos.

Cruzáronse con varias parejas constituidas por una señora en el ocaso de la juventud y una muchacha en la plenitud y en lo más risueño de ella, y eran mirados por la primera con insistencia y tranquilo descaro, que contrastaba con el recato y recogimiento *parpadial* de la joven. Fué tal y tan simultáneo el hallazgo ó encuentro con estas parejas, que don Quijote hubo de decir:

—Tarde se recogen y confianza deben de tener en la hidalguia popular estas buenas dueñas y estas honestas doncellas.

—¿Dueñas? Ni de lo que llevan puesto, y doncellas... ni de labor, que puede que no sepan ninguna y si temen algo es que la hidalguía las preserve de tropiezos, que para ellas no puede haberlos malos ó tales que no sepan conllevarlos—replicó jocosamente uno de los naturales ó viejos residentes—y no se recogen sino que se trasladan, buscándolos de unas tiendas á otras.

—¿Ves?—le dijo á Sancho don Quijote en el tono amablemente reprensivo que solía cuando no estaba irritado.—Siempre tus excesivas previsiones son igualmente oportunas. ¿No tenias tanto miedo á oir aquella música? Has de acordarte siempre de que te tengo dicho que Dios no ha dejado nunca de poner al lado de la llaga el bálsamo que la cure, al lado de la necesidad el remedio, y no ha de faltar en tu almacén de refranes alguno que lo confirme, y si así como eres fácil en decirlos fueses oportuno en pensarlos, ellos iluminarían tu entendimiento y te darían la norma de una conducta en la que cada paso no fuese motivo de un arrepentimiento.

—No he dicho yo tanto, ni sé en que ha podido conocerlo vuestra merced, ni se

puede siempre juzgar á los demás por uno mismo.

—¿Querrás decir tú, impío y temerario, que yo?... No me lo hagas decir, porque eso solo me quemaría los labios.

—Yo no digo más si no que piensa el ladrón que todos lo son, y que lo que se piensa de Inés, quien lo piensa lo es.

Pero este capítulo es largo y tal vez convenga dividir su materia en dos.

CAPITULO XIII

Continúa la materia del anterior á la luz de lo mismo, descendente.

Por feliz tuvieron la ocurrencia de acercarse á cumplimentar, aun sin conocerlo (pero estos y otros desahogos engendra el medio) á don Quijote los señores «naturales ó viejos residentes», y queriendo tanto prolongar la reunión como corresponder con otro al obsequio de que habían sido objeto por parte de Sir Mungo, viendo que éste tampoco demostraba aburrimiento ni cansancio, sino que, por el contrario, se reía con franca complacencia, invitaron á entrar en otra tienda, cuyas abiertas puertas y cuya iluminación parecían provocar á los trasnochadores, así como provocan los faroles callejeros á los mosquitos é insectos volátiles emigrantes, y por cerca de ellos revolotean los murciélagos para nutrirse en los remansos que aquellos centros de atracción producen.

Era una tienda amplia, en cuyo fondo estaba el mostrador como atalaya de un estante con botillería, y formaba un paralelógramo cuyos dos lados mayores esta-

ban cubiertos por cuartitos numerados, construídos de madera de no muy gruesa vitola y preservados por postigos que tapaban los dos tercios superiores de la altura de la puerta dejando al descubierto el tercio inferior, lo que les daba apariencia de covachuelas, ó de refugio destinado á cobijar cuadrúpedos de poca talla. ¿A qué se llama *cochiqueras?*

En el centro de la tienda, y libres, ó como quien dice, sin tapujos que los hiciesen misteriosos, había, donde no podían estorbar, algunos veladores y mesas y dotación de sillas de paja, resistentes y rústicas.

Interesó uno de los naturales ó viejos residentes de uno de los mozos que, con la misma indumentaria que los del colmado anterior, por allí pululaban atendiendo á servir á los ocupantes de los *cuartuchos*, sacara á la calle una de aquellas mesas, pues estando la noche templada y serena, el tráfago y el calor del interior de la tienda brindaban á buscar más fresco ambiente, y el de la calle lo era.

Situados en punto desde donde podían ver las dos fachadas, todas las entradas de la tienda y casi todo el interior de la misma, veían también dos largos trozos de dos calles. Rodearon la mesa con sillas,

sentáronse y pronto se dieron cuenta de que habían constituído, sin querer, un punto de observación. Pidieron que les sirviesen un *picadillo* con un huevo escalfado en él, y queriendo Sir Mungo un vino estíctico, más apetitivo que el del país, de la Rioja se les sirvió en medias botellas, garantizado por precintos y enrejados que aun cuando no sea otra cosa, dan al consumidor la impresión moral de una autenticidad y pureza de origen que algunos discuten y otros aceptan con escéptica sonrisa de incredulidad. Los jerezanos saben lo que pasa con los suyos (con los vinos, quiero decir) y transigen bonitamente con lo que pueda pasar con los extraños, si aquellos lo eran algo más que de nombre. En tazones semiesféricos, se les sirvió el picadillo, que era en resumen jamón en trozos menudísimos, *picado*, al que servía de vehículo un caldo levísimamente enranciado, de viejos y medulosos huesos, suculento y sabroso, que fué muy del agrado de los que lo comieron.

—Esto es verdaderamente tónico y restaurador—dijo uno de los comensales.

Mientras comían y celebraban el caldo, entraba y salía gente de la tienda, y satisfecha la exigencia del estómago y desimpresionado el paladar, satisfacían las de la

vista espaciándola, y vieron que por las entradas y salidas, sin voces y sin escándalo, aquello parecía una animada colmena, prestando á ésto ya más atención que á la mesa.

Y los primeros con quien toparon... no fueron los *genicoclastas*. Un grupo de cinco ó seis individuos entró y vino á pararse, hablando quedo y modosamente en sitio donde recibía de lleno la luz de un mechero incandescente, á favor de la cual pudieron los de la mesa examinarlo. Desde luego les llamó la atención la, aunque no uniforme, señoril indumentaria: la ropa lustrosa, el brillantísimo planchado de la camisa, ostentosamente lucido merced á chalecos de gran escote; y ya, fijándose en los individuos, el color citro-verdoso de sus rostros, la inmovilidad y rigidez de los músculos faciales, el rasurado meticuloso de la barba, la mirada libre y dura, retadora, y por último, las *cortinas* de cabello sobre los parietales, alisadas y pulidas como planchas de acero. Don Quijote los miró atentamente y dijo:

—¿Quiénes son esos señores, tan graves, lisos y estirados, que parecen ministros de algún culto?

Uno de los que podían informar, contestó:

—Esos son los perpetuos torturadores de las orejas de Jorge.

—Si es algún relapso,—replicó Sancho, —no las orejas, todo el cuerpo le torturaría yo, y si ellos se contentan con las orejas, bondad es la suya, porque parecen ellos gentes convencidas de que obran en justicia y que hay que agradecerles que no lleguen á donde pueden.

—Son aprovechados discípulos del señor Perico Manguela, algo parientes del padre Lenon, profesores del pego, maestros de las marcaduras sutiles y de los escamoteos invisibles, serenos prestidigitadores de naipes.

—Muchos oficios tienen, y esa es buena condición para ser pobre,—volvió á replicar Sancho.

—Pues todo se reduce á uno, que es el de jugador.

—Jugar—dijo don Quijote—es combinar elementos conocidos, casi un contrato aleatorio, en condiciones fijas preestablecidas, unas, y otras dependientes del azar ó de la inteligencia, ó de ambas cosas, en que una habilidad dolosa sería un crimen; de modo que no es, en mi opinión, un oficio así como se quiera el oficio de jugador, porque es la lealtad su primera y más importante condición, y como los juegos

sean, sin género alguno de duda, convenientes para distraer al hombre de serias é insostenibles, de ser contínuas, ocupaciones, desde aquí reputo á esos graves señorespor útiles á la república, y así deben de sentirlo ellos á juzgar por su continente, pues la gravedad y actitud son inherentes á los oficios, puesto que se dice que éstos imprimen carácter, y están siempre en directa proporción de la importancia de cada uno.

Sin preludios que lo anunciaran, como una explosión, ó si hubiesen sido lanzados por un resorte, se oyeron de repente unas voces cantandó y unas palmas palmoteando, fuerte, durisimamente.

—¡Ya están ahi!—exclamó Sancho.

—¿Quiénes?

—Los músicos y cantantes del otro lado.

Pero antes de que terminase Sancho de decir ésto, con las palmadas y las voces del *cante*, se confundian golpes secos y acompasados, sonando como sobre tablas, dados con un cuerpo duro empujado con fuerza y con rítmicas y variables velocidades. Se fijaron y vieron por encima de los tabiques, que no llegaban al techo, y de la puerta que constituian los cuartitos, ó llamémoslos ahora camarotes, una cabeza y á un poco más de la altura de ella,

unas manos y parte de los brazos que se movían, desapareciendo á ratos, una vez una, otra vez otra y otras veces las dos manos, como si tuviesen que acudir á menesteres importantes de lo mismo que realizaba la dueña de la cabeza, que continuaba moviéndose unas veces á un lado, otras á otro, ora hacia el suelo, ora hacia el cielo como en somnolencia mística. Tuvo uno de los mozos que entrar con algún servicio en el cuartito, se le había olvidado algo, salió rápidamente dejando abierto el postigo, y mientras, pudo observarse sin obstáculos lo que pasaba en el interior. Sentados en los bancos laterales había hasta cinco individuos, dos mujeres y tres hombres que palmoteando todos alternaban en el canto, de aire lúbrico y movido, y encima de la mesa, llevando el compás con los tacones y «con ondulaciones de reptil trepando á un arbusto», bailaba otra mujer que levantaba, cogiéndolas mimosamente con las yemas de los dedos índice y pulgar, unas veces un lado de las faldas, otras otro y otras la parte delantera de la mismas, hasta alturas variables, no abiertamente obscenas, pero sí sugestivas y tentadoras, así como quien quiere enseñar y esquivar algo; y ya se explicaron los exóticos el por qué de la in-

termitente aparición y desaparición de las manos, porque que era cosa de baile, antes lo habian conocido. Y con curiosidad casi voraz observaban, hasta que el postigo se volvió á cerrar, de aquel cuerpo que bailaba las elásticas vibraciones, que se resolvian en movibles protuberancias y depresiones sorprendentes, que es mejor no describir. Y cegado este punto de atracción del canto y palmoteo, ni hicieron ya caso, porque les embargaba la atención el constante ir y venir de gentes de mil clases y colores, si bien esta variedad y policromismo era entre el sexo masculino, pues en el femenino parecían todas cortadas por el mismo patrón: vestidas de telas más ó menos vaporosas, pero baratas, y rebujadas en pañolones de *espuma* unas, y á cuerpo y destocadas otras, no iban las miradas á los vestidos sino á las caras, y no se inquería en ellas el temperamento ó idiosincracia, sino la edad y el palmito.

Y, había para todos los gustos: desde las de arrugada y retocada faz, de ojos brillantes é incitadoramente soeces, gatas sabias en todas las artes *mesalínicas*, hasta las de terso cutis y ojos mustios y dormilones; pero lo que más extrañeza producía era el considerable número de niñas que

como á remolque eran exhibidas, algunas en esa actitud espectante de perrillo hambriento amaestrado, que semeja que atiende sólo al domesticador, esperando y temiendo con aire estúpido qué gracia le mandará hacer para recibir el terrón de azúcar ó el mendrugo mitigador de las roeduras del estómago. La miseria no podía tener una expresión más triste y repugnante á la vez.

Entró un señor fachendoso, de *bombín*, con él muy inclinado sobre la oreja izquierda y el cuerpo no muy derecho, y se dirigía, andando inseguro como si quisiera resistir los impulsos de un plano inclinado y movedizo, directamente desde la puerta al mostrador; pero se detuvo antes de llegar, en un grupo de tres individuos que de pie en mitad de la tienda conversaban, á los que saludó efusivamente con sendos y expresivos apretones de manos y con un ósculo, seguramente de paz, en la mejilla. Parecían ellos de muy distinta condición ó posición social que él, *mozos de casa* ó ayudas de cámara, ó mozos de comedor ú oficiales de algún oficio mecánico, en fin, y él era todo un *señorón*.

—Vieja y yo creía que abandonada costumbre es esa de besarse por vía de saludo,—dijo con admiración don Quijote,

cuando vió la forma en que completaban el saludo.

—Es,—replicó uno de los naturales ó viejos residentes—que Judas ha resultado enormemente prolífico, y está muy extendida su raza. ¿No conoce usted al señorito ese? Es el acaudalado señor de Rubiego, Barón del Cuévano, propietario de centenares de hectáreas de terreno, de millares de cabezas de ganado, etc., etc.

—Sí conozco, y me he honrado con su hospedaje; pero así no le conocería ni quiero conocerle en ese despreciable estado, en que le hacen mucho más despreciable todas esas hectáreas de terreno de que vuestra merced, señor hidalgo, habla, y todas esas cabezas de ganado, á algunas de las cuales, en buena ley, debería de tener envidia, y yo le considero inferior.

Cruzó por delante del grupo de que el Barón formaba parte una escuálida por falta de nutrición, pero agraciada muchachuela, en esa edad incipiente de lo núbil, mirando con ojos asustados, y la detuvo el señor del Cuévano diciendo:

—¡Ven acá, cochambrosa! ¿Cómo es que no vas tú tan maja como tu hermana?

La muchacha, ni tonta ni perezosa, contestó:

—Porque no tengo todavía dieciseis años

y hechuras para que usted me lo compre.

—Señores,—dijo Sir Mungo—yo creía que el vicio aquí era todo él celular, y ésto me daba razón de ser de esos semicamarotes.

—No iba usted descaminado: celular... hasta la última célula.

—Y yo,—dijo don Quijote—pienso que estoy asistiendo á una feria de lascivias y mercado de aberraciones, con las que el espíritu se subleva y el estómago se vuelca, y me admiro de que la autoridad tolere y consienta que estas tiendas estén abiertas toda, absolutamente toda la noche, como si respondiesen á una necesidad, por ejemplo: la de un pueblo de actividad que no se interrumpe. y claro es, señores, que me refiero á la actividad de producción y cambio; pero si la limitamos á la de consumo, en la que parece que este gran pueblo descuella, entonces no hay nada que decir; bien se está San Pedro en Roma, que todo es actividad, y yo no soy muy aficionado á críticas estériles. Pero un escrúpulo me queda, y es que si estas tiendas no estuviesen abiertas... bien sabido es que, «quien quita la ocasión quita el peligro.»

—Entonces no estaríamos aquí nosotros, ni podríamos estar, ni habría tenido vues-

tra merced ocasión de saborear los excelentes manjares que ha comido, ni de ver lo que ha visto y decir lo que ha dicho, y por eso, no hay mal que por bien no venga, y no se pueden comer sopas y sorber, ni repicar y andar en la procesión, y quien todo lo quiere todo lo pierde, y todo tiene que tener sus altos y sus bajos, que ni la palma de la mano es lisa, ni todo es verdad ni aun en la misa. ¿O qué quería vuestra merced? ¿Que todo el mundo se recogiese á la hora de la queda todas las noches, que se disciplinase y después de rezar el rosario se fuese á medir las horas de la noche en cama que ahuyentase el sueño?

—Nada irían perdiendo con ello, ya que no ganasen en salud del cuerpo y tranquilidad del alma, porque no ves tú ni puedes ver, materialista y puramente bestial como eres, que toda esa gente, recogiéndose cuando el alba han de llevar los cuerpos molidos, el alma fatigada y los sentidos embotados; por lo mismo que contrarían la ley de Naturaleza que impone el retiro y el descanso nocturnos para poder gozar plenamente de los esplendores del día y tener los sentidos y las potencias aptos y despiertos para el propio bien y el común.

—No veo yo más que, puesto que hay

feria, necesidad habrá de ella, que no se hace feria sin feriantes, como no se hace camino sin caminantes, y las costumbres son como las plantas, que nacen y arraigan donde hay terreno á propósito.

—Mejor será no discutir contigo, que tienes un pensamiento para cada situación en que te hallas, sin acordarte de lo pasado y sin consideración á lo porvenir; para tí no hay más santo que San Presente Agradable, sin acordarte de que Santa Mortificación Presente es madre de Santa Satisfacción Futura, y vámonos de este lugar, señores, si vuestras mercedes no tienen algún interés ó gusto en permanecer en él, que ya el relente enfría, humedece las ropas y la aurora debe venirse á más y mejor, porque si no están abiertas no han de tardar en abrirse las puertas del Oriente para dejarla libre y franco paso, porque es hembra puntual y madrugadora, por lo mismo que aprovecha las horas del descanso sin distraerse en perniciosas ocupaciones y sin inversiones letales, de lo cual deberíamos tomar ejemplo é imitarla en cuanto fuese compatible con las exigencias racionales de la vida, que bien sé que no puede subordinarse á una total y no interrumpida uniformidad de actos, y que éstos no pueden ser tales que los de un día

se parezcan á los del anterior, como una gota de agua á otra gota de la misma agua, aunque esto debía procurarse, porque así adquiriríamos facilidad y perfección y como ellos fueran múltiples y varios, dis traimiento agradable y robustez espiritual.

Y levantándose todos de los asientos y echando á andar, continuó diciendo don Quijote:

—Yo bien comprendo, y á vuestras mercedes tampoco se les oculta, que el vivir metódicamente es para la generalidad penoso mientras no se adquiere *método* habitual; pero si todo aprendizaje es molesto, sin gimnasia adecuada no habría *hacer* posible, ni fácil, ni agradable, como no fuesen las obras del capricho, que no puede ser fundamento de nada duradero y pocas veces útil, porque ya se sabe que es el padre del desorden y la turquesa en que se funden todos los impulsos vanos en una especie de esterilidad, achaque y dolencia que, no sé por qué, son aquí endémicos, ó á mí me lo parece, porque pienso haber observado ó creo adivinar, y ojalá que la batahola de esta noche y las diversiones, no influyan en mi juicio para turbarlo, que no se emplea la constancia necesaria en vencer los obstáculos que á toda obra

son inherentes y asustan éstas aún antes de acometerlas, y ésto, si bien se mira, tiene su explicación, aunque no su disculpa.

Tiempo es de que yo diga algo sobre lo que viene á ser aquí primero ó único elemento de riqueza, y del cual nada quería decir por su misma inconsistencia actual, que si no se ha ido está á punto de irse de las manos: EL VINO; el celebrado vino, de fama histórica y universal. *Se hace*, y denle vuestras mercedes ese pronombre, que creo le designan los gramáticos con el apelativo de reflexivo, sin que me atreva á afirmarlo porque va larga la fecha en que yo estudié el arte de Nebrija, denle vuestras mercedes, digo, á ese pronombre todo el valor intransitivo que quieran: *se hace*, por lo que llevo averiguado, sin que necesite más cuidados, ó pocos más cuidados, que los de una gallina puesta en huevos: por sus pasos contados, ó mejor, por sus minutos contados, los va empollando hasta que llega el preciso en que el pollo engendrado rompe el cascarón y sale bullicioso á la vida exterior. Esto viene ocurriendo desde el principio del mundo, y hay motivos para esperar que ocurrirá mientras el mundo lo sea, á despecho de los artificios, pues también sé que se han inventado máquinas que se llaman incu-

badoras, que copian, pero no imitan á la Naturaleza, Con el acopio y almacenamiento del mosto simple y el simple transcurso del tiempo, pero sin manipulaciones complicadas y sin cuidados que requiriesen gasto de las facultades de pensar y discurrir, porque los procedimientos, que fueron deducidos por paciente, tranquila y antiquisima observación, por tradición viejísima eran conservados, encontrábanse á la larga con una riqueza incalculable simbolizada en las exquisiteces y propiedades del celebrado líquido, que *él sólo*, robando á la atmósfera elementos y combinándolos con los propios, ha adquirido las singularidades que le permiten tener nombre propio, que sin designar el género, la especie lo comprende por excepción hecha á favor suyo por el concepto universal, hasta el punto de que basta decir *Jerez*, para dar la idea perfecta de vino sin más predicados y nominativos, Si, con sólo la paciencia en esperar que *se hiciese* y con poco esfuerzo, se lograba atraer á este rincón raudales de oro, hasta convertirlo en un Pactolo fabuloso, mucho más fabuloso que la fábula misma, se fué creando y es hoy hereditaria una idiosincracia particular, sedentaria y semifatalista, que se caracteriza por la flacidez en

los músculos y en la atención, pues por innecesarios no tenían ni constante ni práctica y útil aplicación. Pero de repente... y digo de repente, porque aunque haya sido en el transcurso de un período no menor de veinticinco años, lo que en este tiempo se anula y ha costado siglos crearlo, bien se puede decir que se perdió de repente. Pero de repente, pues, los raudales de oro que antes convergían aquí, se achican unos, y otros se secan y desaparecen; el vino se estanca en las bodegas, deja de ser solicitado, ni aun es casi, casi buscado, la demanda disminuye, los hábitos de riqueza y de enervamiento perduran, la escasez empieza y la miseria, su secuela inevitable cuando no se busca á la primera racional remedio, va difundiéndose como mancha de aceite, lenta, *pero pegresiva*.

Había ocurrido... y vuestras mercedes perdonen este mi lato y tal vez molesto discurso para inquirir las causas de una calamidad muy lamentable, porque afecta no sólo á Jerez y sus contornos, sino á casi toda la humanidad, porque las ilusiones son tan respetables como los intereses, calamidad que todavía tiene remedio buscándolo con ahinco, para el que ¡ay! no sé si habrá por ahora energías físicas y morales y con buena fe, que no se improvisa

tampoco, y perdonen también vuestras mercedes el modo de señalar, ¡pero hay que señalar, ó no decir nada!

Había ocurrido, pues, que se vieron vuestras mercedes de improviso con las vías de comunicación terrestres y marítimas aumentadas, y merced al admirable, sorprendentísimo empleo del vapor del agua, con el medio de acelerar increíblemente, abaratándolos, los transportes, y con esos conciertos que el derecho novísimo, que vuestras mercedes llaman internacional, y á ellos tratados de comercio, en condiciones favorables y como nunca ventajosísimas, y el mundo se echó entero sobre Jerez, ávido de probar el licor prodigioso, ó por tal tenido, y que parecía estar reservado para los grandes de la tierra, puesto que los dioses *sont ils dans l'exil*,— dijo con sonrisa humorística y jocoso acento.

A favor de estas dichas é imprevistas circunstancias favorecedoras, el preciado licor tuvo un consumo grandisimo, y perdonen también vuestras mercedes el abuso de superlativos, pero las palabras se han hecho y tienen modalidades para expresar, además de la exactitud de la cosa, la intensidad del sentimiento, fué, pues, tan grande el consumo y tan apremiante

la demanda, que amenazaron agotar las añejas existencias; las viejas venerabilísimas *soleras* perdieron su quietismo secular, se las obligó, por procedimientos abortivos impremeditados, á acelerar su natural gestación y á que fuesen artificiosamente fecundas, pero ésto no bastó. Voraz é insaciable el consumo, tenía exigencias que inspiraron más punible y peligrosa sofisticación. El de alados remos, no muy escrupuloso dios, Mercurio, en fin, acicateó á Cronos con codicias y seducciones, haciéndole salir de su paso lento y regular y que se prostituyese hasta el punto de que reconociese por hijos á los que lo eran de la Venalidad y del Agio, unidos en incestuosa cópula. Las cuevas del viejo Sileno y las cámaras de su educando Baco, se tranformaron en covachas de mago y en taller de alquimista. ¡Momo, señores, con tiara y báculo, ú otra grotesquería por el estilo!...

Y don Quijote estalló en una carcajada sonora, alta, prolongada, enorme, como no la había dado en toda su vida, ni cuando era simplemente Quijano el Bueno, ni en las correrías de sus segunda y tercera salidas, ni aun cuando hipnotizado por Avellaneda anduvo por el mundo dando tumbos, y no recuerda este humilde cro-

nista que en el resto de lo que anduvo y queda por narrar de esta última y definitiva aparición, haya vuelto á reirse con tanta gana y tanto estrépito.

Sancho, que caminaba medio dormido, *volvió en sí* del todo y entre enojado y reprensivo dijo:

—Me pareció que vuestra merced iba hablando dentro de una olla cascada, y de tal manera aprendió el lenguaje de ese señor del Cuévano, varón si se lo pegan, que en todo lo que ha venido diciendo vuestra merced, se le entiende á vuestra merced lo mismo, y harta paciencia han tenido estos buenos señores que le han escuchado sin chistar, si es que no le han entendido, como me parece á mí. ¿No podría vuestra merced hablar como solía, ó es que vemos la extraña joroba pero no vemos la propia, ó que no hay cojo que no se tenga por más gentil que el otro, ó es que somos como martillo de herrador que también con el mango pega?

Miró tranquilamente don Quijote á Sancho, y sin alterar el reposo con que venía hablando, le replicó:

—¿Haste figurado que hablaba para tí? ¡No seas tan vanidoso, fanegas, que las tienes de malicia é indiscreción! Como iba diciendo...

Uno de los «naturales ó viejos residentes» le atajó diciéndole:

—Ha de perdonarme el señor don Quijote que le interrumpa, pero siquiera por el hecho de ser de aquí, y de residir aquí y de interesarme directamente lo que vuestra merced llama con exactitud calamidad, algo nos habremos ocupado y preocupado de ella, y tenemos, naturalmente, nuestro discurso en nuestro entendimiento como cada *quisque*. Vuestra merced no ignora, que aun diciendo verdad, como ha dicho, siempre ha tenido y tendrá siempre aplicación el vulgar adagio que dice: «que no debe mentarse la soga en casa del ahorcado», y si bien vuestra merced, por ser quien es, está autorizado para esto y mucho más, porque bien probado tiene que no pretende, ni quiere, en ninguna ocasión ni momento ofender ni mortificar, el estremecimiento que la censura produce no hay manera de evitarlo, y menos si viene envuelta en cierta capita, aunque sea tenue, de barniz burlesco. La culpa de la decadencia económica, de la ya verdadera y general miseria, no la tiene toda lo que vuestra merced ha señalado como causa única, ó primera, para que vea vuestra merced que no somos exclusivistas. Antes, el término de Jerez estaba cubierto de fron-

dosos viñedos, se elaboraban miles y miles de botas de mosto...

—Permítame que yo le interrumpa también, señor mío, y ya que vuestra merced habla en serio, y por una especie de susceptibilidad que respeto, un si es no es mortificado, hablemos en serio pero sin mortificación, porque el asunto lo merece. Ya tenía yo noticia de lo muy extendida que está entre vuestras mercedes esa opinión, que sería exacta, si el vino de este país continuase siendo estimado y solicitado, porque á menor producto, si el consumo no disminuyese, debía corresponder aumento de precio, y ha ocurrido precisamente todo lo contrario. Y que no soy yo solo del parecer que tengo dicho, se lo voy á probar á vuestra merced con la lectura de unos papeles que el otro día recogí en la calle y que resultaron, por lo que averigüé, unas cuartillas, quizá de algún escritorcillo chirle que las perdió, pero sean de quien sean, contienen una opinión y nadie hay que tenga la exclusiva de tenerlas exactas, como no hay nadie absolutamente incapacitado de poderlas tener, y aun «donde menos se piensa salta la liebre».

Metió don Quijote la mano en uno de los bolsillos interiores del entallado levitón y sacó, dobladas, cinco ó seis cuartillas de

papel que hojeó, buscando después con los ojos un foco de luz, y adivinándole el deseo uno de los «naturales ó viejos residentes», dijo:

—Aquí, á la vuelta, podrá usted leer con toda comodidad.

Giraron y á pocos pasos vieron que por la puerta de un gran edificio salía un intenso chorro de luz, que alumbraba hasta las fachadas de las casas de enfrente, y cuyos efluvios parecían esparcir en vez de los de protección ó tutela, hálitos de persecución y dominio.

—Casa rica y pudiente debe de ser ésta, —dijo don Quijote,—pues tal derroche de alumbrado realiza, y si no soberbio, espléndido su amo—y cuando se hubo acercado exclamó:—¡Ah, si la conozco; aquí he estado yo!

—Sí, es posible; porque es la casa del Concejo, pero en la puerta leerá usted eso, pues no me atrevo á invitarles á que entren en la casa porque está minada por roedores, que quizá á esta hora ejerzan el máximo de actividad, y no sabemos cuándo atacarán la arena fundamental y ocurrirá el cataclismo del hundimiento.

—Pues Dios coja confesados á sus moradores, que no podrá menos de tenerlos,—dijo Sancho.

—¿No dice usted que *á salvo está el que repica!* Pues los moradores de aquí unos ocupan la alcantarilla y otros el campanario, de modo que unos por alto y otros por bajo se salvarán todos, y ellos lo saben y moran por eso tranquilamente.

—Vuestras mercedes háganmela de estar atentos, que aquí en esta cuartilla empieza—y leyó don Quijote: «Dije antes, *perdida la exportación de sus caldos, únicos en el mundo,* y parece que hay contradicción, porque lo que es único en el mundo y ha gozado siempre del beneficio de ser solicitado, no decaerá de este beneficio por lo menos mientras subsista la necesidad y duren las propiedades que le dan valor y lo hacen precioso. Precisamente por eso; porque han desaparecido las propiedades que hacían preciosos los *caldos* á que me refiero, y si no han desaparecido intrínsecamente han desaparecido en el concepto, que vale tanto, ha ocurrido lo que justifica la afirmación: «perdida la exportación de sus caldos». Y no podía ser de otra manera: los adelantos modernos de la Química y de otros ramos del saber, han sorprendido en estacionamiento musulmán á los que, descansando en que lo natural no se suplanta, no han creído, ni tal vez pensado, en la posibilidad de que decaye-

se en estimación lo que, de puro singular, hace llana la hipérbole «Dios lo trajo para El.»

Sin conciencia próxima ni remota del peligro, dejaron que al lado del producto natural, más ó menos rutinariamente obtenido y más ó menos dilatado con agregados similares, pero de sano origen, dejaron que se estableciese el industrial que iba á cobijarse á la sombra del nombre histórico, para dar por originario del país lo que era resultado de los más escandalosos *coupages*, cuando no de los laboratorios químicos de París, y tenían de originario... el vehículo, recogido en las fuentes del lugar ó en el pozo abierto en la llamada por antonomasia bodega. Los éxitos fáciles, las rapidísimas y cuantiosas ganancias, sedujeron también á los productores, ó si mejor se quiere á los exportadores de lo *verdadero*, y sin más base científica que una receta, obtenida á peso de oro *de un repostero francés* (!) y por enólmetro un paladar más ó menos delicado y ejercitado, auxiliado por una sensible membrana pituitaria, pero tan seguro como puede suponerse, habida en cuenta la multitud de causas que influyen en su sensibilidad, se lanzaron también á la producción artificial, y sucedió lo que tenía que suceder: los

consumidores habituales notaron la diferencia entre el producto anterior y el subsiguiente; á aquél, la vejez lo aclaraba y fortalecía, á éste, lo enturbia y debilita.

En los primeros momentos pudo atribuirse á causas desconocidas pero naturales é inevitables, porque indujo á ello la influencia del crédito tradicional, y hasta el conocimiento de la ignorancia y superficialidad de los productores indígenas, pero la alteración se repitió en las sucesivas remesas y entonces vino la investigación de las causas, y se principió porlo *primero:* por preguntárselo al producto mismo, en cuya «discreción» fiaban los que, en el estado de conocimientos positivos en que estaban, creían, y tal vez crean algunos todavía, en el aforismo de los viejos cabos furrieles: «en olla cocida no entra *naide*». El resultado cualitativo indignó y el cuantitativo produjo risa en los que, sin criarse al lado de la cabra, saben cómo debe ser la leche, mejor que el pastor que la ordeña y encantara, y el dictamen completamente desastroso para el producto y el productor: «no tiene nada de lo que debía tener, más que el nombre, y mejor que ésto sabemos hacerlo aquí».

Y tenían razón en esta segunda parte, siquiera porque no caminaban á tientas,

sin más guía que una fórmula, rígida é invariable y el gusto de un catador perito, adornados por lo demás del más encantador y primitivo de los empirismos.

Pero este dictamen bastó *para hacer derivar la moda...*

Y aunque el asunto merece más seriedad y extensión, y aún más claridad y fijeza, á frívolos... *¡frivolité!* ¡¡Lástima de riqueza muerta, cuyo cadáver, todavía caliente (tal era la exuberancia de vitalidad) es susceptible aún de reanimación!!»

Terminó la lectura don Quijote, y luego, como un viejo curial hábil en supercherías, del cual no se sabe si lo que á veces dice es porque está convencido ó por rellenar un hueco que entibiaría un afecto, decía, al mismo tiempo que volvía á doblar y á guardar las cuartillas:

—De modo que al está, señor mío, que en la pérdida de las viñas, como he oído decir por ahí.

El acompañante que antes había hablado, contestó con cierta despectiva contrariedad:

—Ese escritor, ó escribidor, que usted en hipótesis ha calificado de chirle, si fuese tan piadoso como exacto, tal vez acertara más.

—La intención es piadosa, aunque no lo sea la forma, y basta.

Echaron de nuevo á andar y en silencio, como aquejados de tedio ó disgusto; ya el horizonte comenzaba á teñirse con los arreboles de un amanecer poético, y en la puerta del Hotel Cosmopolitano se despidieron fina y cortésmente, ofreciéndose recíprocamente viviendas y servicios con extremosas palabras de estimación y respeto, que cuando no hay nada de ésto las palabras tienen que ser extremosas para que, siquiera, parezca que lo hay.

CAPITULO XIV

Una fiesta que termina como el rosario de la aurora.

Por conservador y sensato tuvieron los burgueses y capitalistas de la ciudad el discurso de don Quijote en el Centro de sociedades obreras; fué comentado y glosado en todos los Círculos y reuniones, conviniendo todos en que, salvando algún que otro concepto, debido al sitio y al concurso, así debía hablarse á las masas, sobre todo aquello de creer en Dios y apelar á la justicia para sus reivindicaciones, pues lo demás era alucinarlas é impelerlas á demasías y excesos peligrosos, que tenían la virtud de robar la tranquilidad moral y material á un tiempo y á ambas partes beligerantes.

Discreta la prensa, guardó un significativo silencio, pues ni aun de la reunión dió cuenta.

Y lo que ocurre cuando á una cosa se la saca de su ser normal y corriente y llega á apoderarse de ella la populachería, ó cuando una persona dice ó hace algo que halaga á una parcialidad: es preciso hacer patente este halago, y poner al que

dijo ó hizo en situación de que lo *remache*, aunque sea forzando cada uno el concepto particular que tenga del hecho ó del dicho, y hasta de la persona que dijo ó hizo. Y el primero que propone que *se realice un acto* en honor de alguno que por algo da pretexto para ello, pasa por hombre de «iniciativa», y si se encarga de ser el organizador, queda consagrado por hombre de dotes y de actividad y puede llegar á ser hasta alcalde, que es todo lo que hay que ser y el *hito* de las codicias y ambiciones de los políticos de campanario que no saben ir á las Cortes porque no tienen la seguridad de poder hacerlas fructíferas. Casi siempre, en los «movimientos de opinión» para actos de esta naturaleza, hay un ambicioso ó un tonto que los ha promovido: en el primer caso, al ambicioso le conviene una exhibición notoria, tan evidenciada, que nadie, y menos que nadie el obsequiado, si no es él mismo el iniciador, tenga duda de quién tuvo la iniciativa y preparó el acto; en el segundo, si no hay un ambicioso detrás que le convenga empujar al tonto y con él á otros, pues... es una tontería, porque no se le ve la razón suficiente de *causalidad* ni de *finalidad*.

A esta segunda categoría pertenece el

haber pensado en obsequiar á don Quijote con un banquete, ó con cualquier otra cosa que fuese pretexto de reunión nume rosa á la que habían de concurrir las clases ricas, los directores y administradores que no se anteponen ninguna vez el *demo* sino cuando lo necesitan para imponerse á la falange en que no dominan, porque se oponen razones de prioridad y la ley física de la impenetrabilidad, no por divergencias espirituales ni por incompatibilidades de conducta que los repelan y mutuamente se excluyan, al contrario, tal identificación hay en ésto que la separación y la lucha no tienen más causa, fin y objeto que los que la frase vulgar «quítate tú para ponerme yo» consagra con tanta intensidad definidora.

Vertida la idea por no sé quién, fué acogida con general entusiasmo, se señaló una cuota de subscripción que engrosaba por momentos, y se ocuparon de los preparativos del banquete, eligiendo para él un local amplio, con el fin de que cupiesen gran número de comensales y de invitados á presenciarlo, y habia poco menos movimiento é interrogaciones incitadoras que los que preceden á una corrida de toros, con la diferencia de que no tomaba parte ninguna el elemento genuina-

mente popular, el pueblo propiamente dicho, alegre y espontáneamente ocurrente, y por lo mismo el entusiasmo era en cierto modo amanerado, y como si quisiera ser ceremonioso, resultaba frío ó carecía de esa vibración extensiva é intensa que se nota en las fiestas de que el pueblo participa libre de coacciones y de trabas, y después de la recolección de una abundante cosecha. Porque eso sí; el pensamiento puesto en un troje repleto ó en unas arcas colmadas que aseguren la fácil, desahogada ó abundante subsistencia invernal, presta al corazón unos ánimos y lo predispone de tal modo para la alegría, que á los taciturnos los hace locuaces, á los timoratos, despreocupados, á los tacaños, pródigos, y á los pródigos, derrochadores, metamórfosis que se revelan precisamente el día de la fiesta. Y no sé si será por eso; pero .. no sé si habrán ustedes reparado en que la mayor parte de las fiestas de los patronos de los pueblos se celebran del 15 de Agosto al 31 de Octubre. Hay candideces que no pueden dejar de serlo y como tales enunciadas.

Faltaba, pues, en la preparación y prolegómenos del banquete acordado á los héroes aparecidos en las llanuras de Caulina, la animación sana y robusta que

presta á todo el concurso voluntario del pueblo, y si se puede comparar á algo, pudiera serlo á unas elecciones amañadas, en que no hay oposición, ó cuyo resultado por anticipado se sabe. Mangonean, bullen y se agitan los que las han amañado y bien puede decirse que se mueven en el vacío ó en un desierto: todo el mundo los mira con indiferencia y los deja laborar como á una república de avispas á las que no se persigue por sutiles... y por el aguijón.

En el lugar señalado, que importa poco al caso, llevados en carruajes propios ó de alquiler, fueron reuniéndose los subscriptores é invitados ó agregades sin invitación, éstos como meros espectadores. Y aquí me harían falta la pluma y aptitudes de uno de esos señores revisteros de salones, expertos y peritísimos en todo género de galas é indumentarias, porque el asunto y la concurrencia ciertamente que lo merecen. Pero ¡á la buena de Dios! Haremos la *revista* nosotros como sepamos y buenamente quiera salir, sin buscar modelos ni «fuentes de inspiración», al natural, en fin, siquiera por no eludir la pena merecida por el pecado de habernos metido donde no nos llamaban ni nos importaba; dicho sea con el rubor de fracasados

que aún conservan vergüenza. Y este *redoutable nous*, (*que dijo el otro*), creemos que les contendrá á ustedes y omitirán, reservándolo para otros que mejor sepan soportarlo, el *vapuleo* que tememos (la única vez, conste, que hemos temido, fuera, *naturalmente*, de las que nos hemos examinado) y humildemente (porque no quita lo cortés á lo valiente), confesamos merecer. Y salvados los respetos debidos ¡lancémosnos!

No hemos de hacer una relación *nominativa* de los concurrentes, porque todo en este libro es innominado é impersonal, fuera de los dos personajes de acción constante, y de los pocos que la tienen prolongada ó varia, y porque además somos poco amigos de personalizar hasta el punto de que nadie se crea retratado ó alguien pueda verlo, convencidos de que las personas pasan, pero los tipos perduran. ¿Hay alguna otra confesión que hacer? Pues téngase por hecha como prueba definitiva y concluyente de que no nos animan odiosidades ni apasionamientos, sino que procuramos desenvolvernos dentro de la más estricta imparcialidad. ¿Qué hay que flagelar para corregir? Pero sin saña y sin rencor; lo suficiente, lo puramente indispensable para despertar la sensibilidad

dormida ó en vías de atrofiamiento por falta de estímulo, y la mortificación también lo es, tal vez el más eficaz. ¡Qué pesadez – dirán ustedes—para ir sorteando el entrar definitivamente en materia! ¡Algo hay de eso! ¡Adelante, pues!

Los de heredada rancia nobleza; los que podían también ostentar títulos nobiliarios recién adquiridos; los que no podían ostentar ninguno, pero más que nadie creían merecerlos; los ricos bodegueros altivos y satisfechos; los labradores y cosecheros, menos altivos en apariencia, pero más ladinos, rodeados de parda aureola, trasunto de su gramática; los adscriptos con pingües sueldos á las jefaturas de los escritorios de las bodegas, graves como poseedores de ciencia única ó infusa; los cautelosos comerciantes; los pequeños rentistas, austeros, con vistas al ejercicio de la usura, y sus *ex* victimas; cierto, aunque no numeroso elemento parasitario, que vegeta, pensando que vive, de chocarrerías y de graciosidades ridículas, confundíanse en pintoresca aglomeración, poseídos todos, por auto sugestión, de una seriedad mimético-defensiva como si estuviesen convencidos ó temiesen que una jovialidad risueña ó comunicable fuese el escotillón por donde se le escapase toda su

importancia. Matizado este conjunto por espléndidos planteles de un *mujerío* que era lo había que ver...

¡Oh, la mujer jerezana ó xerezana, para escribirlo con todo el clasicismo posible! Alta, erguida, flexible, elegante, airosa, no tiene la insinuante espiritualidad ni la melosa zalamería de su vecina la portuense ó la gaditana, incompatibles con cierta británica seriedad de que parece inoculada, pero *promete* realizar todos los demás fines con arte, con medios y con afición, aunque ésta la tenga en cierto modo sugestivamente *cachée*.

De la riqueza y variedad de adornos y prendidos, nos es imposible hablar, declarándonos para ello profanos en absoluto.

Había verdadero derroche de gasas y y encajes, profusión de alhajas ricas por su materia y admirables por el arte, y combinados éste y aquélla en magníficas joyas, daban sorprendente testimonio de riqueza y de buen gusto, de éste, si cabe, en mayor proporción que aquélla.

Se susurraba... La maledicencia no se da apenas punto de reposo, y surge y complácese en iniciarse por monosílabos y frases incompletas cuando van constituyéndose las reuniones, á medida que los concurrentes van llegando, como medio de

rectificar ó de atenuar el halagüeño efecto que cada uno pueda producir, como un medio, mal entendido y frecuentemente contraproducente, de *restar* éxito para asegurar ó conservar el propio, procurando quizá que las aptitudes y predisposiciones críticas se distraigan al actuar como sustraendo con minuendos que no importen directamente á cada uno, y ocurre que ese temor recíproco de mutua sustracción, convierte las reuniones en verdaderas orgías de la operación de descomposición más elemental de la aritmética.

Se susurraba, pues, que muchas de aquellas alhajas (diademas y collares, sortijas y brazaletes, pendientes y alfileres), dignas de adornar regios cuerpos, aunque eran cuerpos regios, por lo escultural de la forma y la exuberante plasticidad de la materia, los que las llevaban, habían sido redimidas pocas horas antes del cautiverio de los prestamistas, y á otras se las inquería la anterior propiedad hallándola en exposeedoras á quienes una decadencia lenta y silenciosísimamente padecida, excluía de aquella reunión y de otras más modestas. Y se mordían despiadadamente, siendo cada uno, para los demás, algo orgánico inerte ó indefenso, caído en hormiguero montuno. Todo sin perjuicio de

sonrisas amables, de saludos corteses ó afectuosos, de un entretejido de atenciones hasta efusivas, de lo cual la urdimbre era... lo otro.

Embazada por exceso de materia y de acción, la predisposición y aptitud dichas, se generalizó el hablar sobre la fiesta y su héroe. Verdaderamente, había sido un pensamiento peregrino el de la fiesta. ¿Quién había tenido la originalidad de él? Se atribuyó á cuatro ó cinco *itos:* Manolito de Tal, Pepito de Cual, Adolfito de N., Julito de P.; después á cuatro ó cinco *no itos* y lo cierto es que, vistos el aplauso general y el éxito, queriendo recabarla muchos para sí y atribuyéndosela á muchos, menos al que realmente la había tenido, llegó á quedar anónima, como la calumnia, y tal vez no mereciese más honores, ¿Y el héroe de la fiesta, ese llamado don Quijote? Ni lo era, ni tal hay. No faltó quien afirmase y cundió que era un hábil maestro de alicate; *un tío* que hacía rosarios y mallas de alambre; *un vivo* que, aprovechándose del tipo ahora que estaba de moda el nombre por la celebración del centenario de la publicación de la historia del verdadero, se había echado al mundo fingiéndose loco ó desvergonzado, como una manera de vivir

holgado, habiendo tenido la fortuna de haber tropezado con el Inglés, que estaba más loco que él. *Y á este tenor* se hablaba, se discurría, se hacían hipótesis y calendarios. Y siendo así, ¿por qué el banquete, por qué concurría tanta gente como si se tratara de obsequiar á un príncipe ó á una notabilidad *verdadera*? Pues... por eso, por exhibición, porque un loco hace ciento y por ver qué diría; y como tener tenía «muy buenas caídas», y como hablar hablaba con una claridad que casi ponía los pelos de punta, aunque de una manera tal que no daba lugar á ofenderse, ni á pegarle, ni á nada, porque la sorpresa y la impresión ligaban la acción, parecía todo comedia y comedia era.

En ésto se ocupaban los reunidos cuando la bocina de alarma de un automóvil y el claro y distinto *ta! ta!* de éste indicaron su proximidad, se dijo que en un coche remolcado por el automóvil, pues á éste no había querido subirse, venía don Quijote, y olvidando todos lo que se había dicho, precipitáronse á puertas y ventanas procurando cada uno ser el primero en ver y contemplar, saludar y agasajar al *hábil maestro de alicate.* Descendieron de los carruajes Sancho, don Quijote, el Inglés y dos caballeros más, que no sabe-

mos qué pito tocarían en la función; contestaron con reverencias á los saludos y aclamaciones que de diferentes sitios partían y entraron en el local donde fueron inmediatamente rodeados, disputándose entre todos el honor de estrechar la mano á los dos tenidos por locos: á don Quijote y al Inglés.

El golpe de vista que ofrecía el salón era agradable: poblado de figuras y adornado con abundancia de flores, y con panoplias de armas, y trofeos y atributos guerreros y cinegéticos parecía preparado para algo serio.

La mesa estaba dispuesta. Se distribuyeron entre algunos preferidos los sitios próximos á don Quijote, dejando á la elección de cada uno los demás que no habian sido ocupados por *madrugones* y desaprensivos.

Era preciso dar á la mujer el sitio preeminente que la correspondia, y pusieron á don Quijote entre dos hermosísimas damas en uno de los testeros de la mesa.

Don Quijote quiso rendir el tributo de su admiración á las bellas entre que estaba, verdaderas reinas de la fiesta por lo deslumbrador de su hermosura y el gusto y riqueza de sus trajes y prendidos, y volviendo alternativamente la cabeza hacia

una y hacia otra, hasta el punto de que llegó á hacer que las mejillas de ambas se carminasen intensamente, lo que prestó á su hermosura un realce admirable, así como si la estatua de Milo fuese de pronto animada y cayese sobre ella un foco de luz coloreada, que arrobaron por un momento en extática contemplación al concurso, pero dadas la índole é inclinaciones de éste, por cierta preponderancia en el temperamento, no era posible que el arrobamiento y la abstracción, digámoslo así, del espíritu, fuesen duraderos, y no tuviesen una rápida derivación sensual, no faltaron, ó mejor dicho no tardaron en presentarse en las mentes malos pensamientos, y como si actuasen sobre nervios *tendenciosos* á epilepsia *sui géneris*, reflejáronse en movimientos y tocamientos no por semirecatados de menos negativa honestidad. Porque eso sí; resuélvense en esto, como un síntoma degenerativo más las impresiones que, halagando la sensibilidad, actúan sobre imaginaciones desprovistas del lastre conveniente, etc., etcétera, etc.

Don Quijote, que no sabía qué decir (tal es el imperio de la belleza *que hasta á los viejos trastorna*), echóse sobre el respaldo de su asiento, para así poder ver

con más leve y menos duradera torsión del cuello á las dos hermosas y dijo:

Nunca fuera Lanzarote
de damas.

Pero se detuvo de repente, como avergonzado, é incorporándose otra vez añadió:

—Perdonen vuestras mercedes, señoras mías, estos resabios del tiempo viejo, porque el hombre no se despoja así como de un guante ó del sombrero, de sus pensamientos y modismos. No con el romance de Lanzarote deben ser vuestras mercedes loadas, sino con la misma lira del divino Apolo y el coro de todas las Musas, si es que la vergüenza ó la envidia les dejaba abrir la boca como no fuese para lamentarse de verse sobrepujadas en gracias y en belleza, porque no es posible sino que el inventor de ella quiso en vuestras mercedes poner el perfecto modelo y si no se quedó con copia no sepa reproducirlo, y ya por sólo esta sorpresa he de mostrar mi agradecimiento á los autores de este inmerecido agasajo diciendo, y no se tome por extemporánea premura: ¡Viva Jerez! ¡Loor á la mujer jerezana!

El entusiasmo que estas dos exclamaciones produjeron es indescriptible, y ya desde este momento, si había alguna pre-

vención contra el hábil maestro de alicate, desapareció por completo, y hubo durante la comida derroche de elogios y cumplidos, en los que don Quijote llevaba la mejor parte.

Desaparecido el encogimiento y la timidez de los primeros momentos, y templado el rubor de las señoritas que se sentaban á los lados de don Quijote, hubo de concretarse entre ellas y él un tiroteo de discreciones, de las cuales nos dimos exacta cuenta, y con nosotros todos los demás asistentes, cuando don Quijote decía:

—He pedido y pido loores é incienso para la mujer jerezana, mis bellas señoritas, porque hallo y veo en mi conciencia que le son debidos como se debe á la luz el reconocimiento de la propiedad de que alumbra.

—Es eso —dijo amable y graciosamente la que con don Quijote discutía—una manifestación más de su perpétua é inagotable galantería. Al fin Caballero y Caballero andante, pero no podemos nosotras dejarnos cegar por el amor propio hasta el punto de que pensemos que las jerezanas no seamos como todas las mujeres.

—Honrosa salvedad, pero no me la diga vuestra merced así, porque me entran tentaciones de profanar, parodiándola, la an-

gélica Ave María. Yo, excelsa señora, he dicho y tengo que repetirlo muy amenudo, que no sé decir cosa que contra la verdad sea ó contra la verdad me parezca, y esta repetición debe tener por causa el que semejante modo de proceder debe ser muy poco usual y corriente, y por ello véome yo obligado á ser como esos maestros de niños que á fuerza de repetir muchas veces la misma cosa se les cristaliza en el entendimiento y acaban por no saber otra. Quiero y deseo que vuestras mercedes sepan que yo no digo lo que digo por adular ni por halagar á nadie, sino por respeto á mi mismo, y como prueba, ha de permitirme vuestra graciosa (y pocas veces este adjetivo será tan justamente aplicado) grandeza, y autorizarme para que diga en que fundo y porque pido para vuestras mercedes, graciosísimas y cautivadoras criaturas, lo que he dicho. No solamente por la presencia, gallarda y avasalladora, digna de ser disputada, no para merecerla, que ésto es superior á todo encomio, sino para obtenerla, en olímpicos juegos, y correr por ella los más grandes y espantosos peligros y acometer las más temerariasempresas, así como veo que se corren... *juelgas* y se acometen... corridas de tímidas é indefensas liebres.

Produjo ésto una explosión tal de risas, que se creyó que el techo del local se hundía y tan general y duradera fué que hasta á don Quijote y á sir Mungo contagió. Sancho se levantó y gritando dijo:

—Si sigue vuestra merced por ese camino me parece que va á hacer bueno y que salga profeta aquel buen señor del bastón borlado que le preguntó en el Centro obrero si vuestra merced era juglar, y no lo siento por vuestra merced sólo, sino porque dime con quién andas... y si siendo como somos nos cuesta trabajo andar por el mundo, y no todas son rosas...

—No tengo la culpa yo de que estos ilustres y magníficos señores se hayan visto en una faceta de su propio tallado y les haya movido á risa en el minúsculo espejo lo exacto del reflejo. Bebe tú y sigue comiendo, que te ha ser de más provecho, y es en lo menos malo que puedes ocuparte.

Dejó de dirigirse á Sancho y continuó diciendo:

—Si vuestras mercedes tuviesen solamente las dotes y prorrogativas de la belleza, con ser muy estimables y, naturalmente, lo primero y lo más que se entra por los ojos, no merecerían mis alabanzas, porque con ser tan grande es un bien tran-

sitorio que no hace de por sí la felicidad ó es tan fugaz como lo que llaman fuegos fátuos, que apenas brillan se extinguen. Pero en vuestras mercedes, estè don precioso tiene su complemento en el alma, y viene á ser así como el atrayente estuche de una joya mucho más preciosa todavía. Yo sé, mis buenas señoras, lo que son vuestras magnificencias y las admiro como son. Sé que la mujer jerezana, y por que no se diga que lavo la cara á las presentes, voy á decir que por lo que llevo visto, la mujer andaluza en general (y claro, honrados señores, que no me refiero á las que á fuerza de vicisitudes han perdido el sexo y su égida, que es la vergüenza) es un dechado de perfecciones femeninas que dan por resultado que llegue á ser amantísima esposa y celosísima madre: sufrida, humilde, discreta, inteligente, religiosa sin mogigatería, tímida sin encogimiento, desahogada sin libertinaje, laboriosa y económica; es, por fin, el contrapeso necesario de lo que por ley de naturaleza y de mayor proximidad ha de acoplar con ella. ¿Es ésto, señoras mías, galantería? Pues entonces acusen de galante al espejo y reciban con cautela lo que él les diga, que yo no sé hacer otra cosa.

—Admiremos, señores, y aplaudamos—dijo un comensal levantándose—el espíritu de justicia, la rectitud, honrado pensar y exacto decir del ínclito Caballero don Quijote, que reconociendo en nuestra bella mitad las cualidades que ha dicho no ha hecho más que retratarla, rindiendo como siempre su nunca interrumpido culto á la verdad.

Se aplaudió, en efecto, se vociferó cambiando expresiones de aprobación, y restablecido paulatinamente el silencio, miraban todos á don Quijote, como invitándole á que continuase hablando, esperando las halagüeñas verdades que diría. Él tenía entre las manos un trinchante, y haciendo con él rudimentarios juegos malabares, burla burlando, como desentendiéndose de todos, comenzó diciendo:

—Parecidas son en la aceptación y estima por parte de las gentes la verdad y la edad: cuando ésta nos va poniendo encima galas y adornos, fortaleciéndonos y embelleciéndonos, cualquiera nos es agradable, sintiendo únicamente no poderla forzar para anticiparnos á gozar de los esplendores que acumula en el apogeo, pero cuando comienza á declinar, y con ella lo que de ella misma alcanzamos, la aborrecemos y negamos como si de ella nun-

ca beneficio alguno hubiéramos recibido.

De igual modo la verdad; cuando concuerda con nuestros pensamientos íntimos, cuando es revelación y portavoz de nuestros deseos confesables, cuando se ocupa de ponderar ó las supone totalmente, en cuyo caso deja de serlo, pero á nosotros nos lo parece, nuestras cualidades laudables, nuestras condiciones deseables y todo aquello que halagándonos nos eleva del nivel común, nos parece hermosa y valiente, y exacta, y clara y diáfana como el aire de los valles serenos y despejados, ó como los rayos del mismo sol tamizados por una placa de límpido cristal.

Pero cuando por no dejar de ser quién es, es ariete de maldades, espejo de vicios, pregonera de defectos, desenmascaradora de ficciones, conminadora de suplicios, ó profeta de hecatombes y cataclismos, vémosla oscura y negra, displicente y amarga, fea y repulsiva, como monstruo de escamosa piel, rojas fauces y agudos dientes, de cuyo sólo aliento huímos y cuya vista nos altera. Por eso, quien quiera que sea el que de una manera continua llévala en la boca, no la oculta jamás y la pone de manifiesto en toda ocasión y momento, importe á quien importe, ante quien quiera que sea, grandes ó pequeños, nobles ó

plebeyos, sin distinguir de clases ni condiciones, jerarquías ni estados llanos, ese es tenido por loco, ó por beodo, ó por provocador ó por cínico, y así tendrá él amigos como el fuego pobladores.

Así que, viendo y oyendo vuestros aplausos por las verdades dichas, me animo para seguir diciéndolas, puesto que me parece que también á vosotros os agrada oirlas, y créoos capaces de decirlas, pues son condiciones que generalmente van unidas; la de saber decir y la de poder oir verdades, por aquello de: «quien dice la verdad *se expone* á oirla.»

Este es un título más á mi consideración y simpatía, porque en efecto, tenéis muchos, á parte la gratitud que os debo por este obsequio y por otros, y ¿cómo, en qué forma, de qué modo he de poder pagaros? De la única manera que sé: diciéndoos la verdad que no ultraje, como yo la sienta y la vea, y no estoy obligado á más, como el que no tiene otra cosa, ni vosotros podréis exigírmela. (*Nuevos aplausos*).

Estoy verdaderamente admirado, con admiración real y sincera, de vuestra esplendidez y de la natural y fácil manera con que la exhibís y practicáis, tanto más cuanto que la pongo y no puedo menos de ponerla, en parangón con las privaciones y

escaseces que por ahí fuera he podido observar y ésto, sin querer, me lleva á considerar si, no prevaliéndoos de privilegios caducos, aprovechais adecuadamente los medios que Dios, una naturaleza benigna y una topografía ideal, han puesto en vuestras manos y total y absolutamente á vuestra disposición y gobierno. Estas primeras materias de un valor incomparable encuéntrolas completadas con una población, con el elemento étnico, también de admirables condiciones, y también sin querer, pienso y me inclino á considerar si haceis todo ó la mayor parte de lo necesario para el bienestar y la felicidad del conjunto, porque no basta que vosotos lo seais, ni tales os podréis considerar sabiendo que á vuestro alrededor, conviviendo con vosotros, respirando vuestra atmósfera é influyéndola, hay abstinentes forzados que son sangre de vuestra sangre, carne de vuestra carne, en fin, hermanos vuestros, queráis ó no queráis, ó habéis de negar la génesis bíblica, y hasta cerrar los ojos ante la evidencia, pues muchos de vosotros os halláis entroncados por lazos aún discernibles de parentesco, lo cual demuestra una comunidad no lejana de origen con los mismos cuya felicidad actual está en vuestras manos, en vuestras apti-

tudes y en vuestras actividades, así como el aumento y afianzamiento de la vuestra. ¿Y no es una verdadera lástima que tal vez por falta de atención, por apatía y negligencia, por exceso de frivolidad, que no por maldad ó perversidad, dónde podía y debía reinar la abundancia reinen la escasez y la miseria, dónde podrían reinar la armonía y el mútuo aprecio reinen las suspicacias y desconfianzas, los temores y los desprecios que son engendradores de disturbios y de odios? No quiero, no puedo resignarme á oir constantemente descargar sobre este pueblo sin ventura, merecedor de mejor suerte, la culpa de que él se labra su propio mal y es causa del de todos. Cuando un artífice produce obra opuesta á lo que él sabe hacer, es preciso suponer (y se impone el averiguarlo), que hay alguna causa que le perturba y trastorna el entendimiento, y además le tuerce y trastrueca la habilidad. que la de los pueblos es labrar y producir el bien. A este análisis os invito, por vuestro propio interés, por vuestra propia tranquilidad moral y material, por vuestra propia salvación, que no se condena solamente el pecador, sino quien lo induce, así como tiene participación en el mérito del arrepentimiento quien lo provoca, y en primer lugar ha-

béis de hacer fría é imparcialmente examen de conciencia y ver si por ejemplo, los dais tales que á vosotros mismos os puedan convenir, comenzando por aquellas relaciones del espíritu que son base de moralidad, que son reveladoras de creencias y de que éstas son sólidas, ó de que no las hay ni sólidas ni débiles, sino que se habla de ellas como de cachivaches de antaño, ó de un adorno más, ó de cosas que ya sólo los débiles estiman y han de saber, ó mejor dicho, han de tener en cuenta vuestras mercedes, porque saber no hay quien no lo sepa, que no ya sólo los que no tienen creencias, sino los pueblos que vacilan en ellas, son como los árboles á quienes entra la carcoma, que poco á poco ó mucho á mucho según la intensidad y la especie, mueren y se desmoronan y es preciso substituirlas ó restaurarlas, lo cual es muy difícil sin el auxilio de la Gracia Divina, que no se nenecesita menos y deben procurársela, por merecimientos de conducta los que rigen y gobiernan, los ricos y potentados, que altos y visibles como los cipreses entre sauces ó los olmos entre chaparros, hacen de faros y de guías, que todo el mundo sigue é imita, aunque sea con odio. Si un sabio Cardenal, tan piadoso y buen observante como excelentísimo político dijo que

no hay mejor predicador que Fray Ejemplo, y mi escudero Sancho, harto más humilde, pero el buen sentido y la verdad no reparan en las ventanas por donde se muestran, ha dicho que «bien predica quien bien vive», háganme el favor de decirme vuesas mercedes, señores míos, que si lo dicho es verdad con relación á todos, puesto que este *quien* sea cualquier pelafustán, cuanto más no lo ha de ser cuando el quien corrosponde á una persona de viso ó varón de pró sobre los cuales, por metivos diferentes, se fijan todas la miradas y se imitan hasta los gestos y el tocado.

Más daño hace á la república uno de estos altos disolutos, ó disolutos altos, aunque sea por simple tolerancia, que cien foragidos, porque el daño que los foragidos infligen puede y debe contrarrestarse oponiéndoles la fuerza y previniéndolo, más el daño que inflige el disoluto ó el neutro, se posesiona suavemente, hace su labor so capa de agrado, es dulce para contaminar, corrompe insensible y disimuladamente, y cuando se echa á ver no tiene remedio ó lo tiene dificultoso. Si vuestras mercedes me lo permitieran, lo compararía á ese mal á que poéticamente quieren llamar «terrible huésped del Ganges», y

menos poética pero más exactamente llaman «cólera morbo», que comienza manifestándose con gratas sensaciones de dolor, si es que al dolor se le puede llamar grato, y más gratas de alivio cada vez que se expele lo que parece producirlo y es deleitosa la invasión, hasta que viene á resolverse en convulsiones, paroxismos, espasmos y calambres de indescriptible tortura, que no parece sino que es un anticipo y remedo de las del infierno. Para combatir este mal ha inventado ese instrumento de Dios, ese reflejo de su grandeza, que tiende en su soberbia á suplantarlo y á quien vuestras mercedes llaman Ciencia, remedios y antídotos. El sabio Sydenhan un licor á quien llaman Láudano; otros, transformando el bismuto, de metal lo hacen barniz para vísceras y órganos que sin este artificio sería imposible preservar; otros extraen de los vegetales la parte agria y picante, y sublimándola, hacen de la mostaza y del ajo, lentos en el obrar y de engorrosa aplicación, revulsivos y excitantes enérgicos y rápidos; otros inventan tónicos y restauradores, á que contribuyen desde el odioso Matacán, la Nuez vómica venenosa y terrible, hasta las raspaduras del estómago de inofensivos y por demás útiles rumiantes, y, por últi-

mo, se inventan medios inmunizadores. ¡Oh, señores míos! Si para combatir este mal ha sido la humanidad tan diligente y asidua, ¿por qué ha de ser negligente en buscar y fijar los medios conducentes á vivir con tanta tranquilidad como es posible entre las zozobras y penalidades del mundo que, en efecto, es valle de lágrimas sin que pueda dejar de serlo, y porqué no se ha de evitar que además sea también lugar de imprecaciones blasfemas, de lamentos desesperados, de rugidos de ira, de reciprocas amenazas y de *vías de hecho* cruel y frecuentisimamente? Ciertamente que para conseguir ésto no fuese precisa tanta diligencia, aunque si no menos asiduidad que para hallar un antídoto á un mal del cuerpo, ó para sorprender un secreto de la física y aplicarlo por último á las necesidades, á los caprichos, á los recreos ó á las aberraciones, que de todo hay en el frondoso huerto que se llama humanidad. Tanto más, señores, que en la especialización de conocimientos y disciplinas, habéis separado del tronco común de la Ciencia una rama robusta y frondosísima, que llamáis *Ciencias morales y políticas*, que atañe á lo sociable, la sociedad y la manera de ordenarla y de regirla, pero por desgracia de todos, los

exclusivismos de pensamiento y la generalizada vanidad de que se la posee hasta saber aplicarla como arte (que no obstante ser de las no menos trascendentales es en la que más empiricos se ejercitan), hacen de ella algo peor que fragmento seco é inerte, que es contra toda naturaleza de fruto opuesto á su especie: el fruto siempre funesto de la discordia.

Pero no he de imputaros mal que es común á todas las partes del mundo, y más donde la discusión es más espontánea y fácil, y los especialistas, ellos mismos se consagran y ungen, ó los unge y consagra una parcialidad fanatizada ó ambiciosa; no os atañe é importa lo universal, sino lo local, lo que tenéis próximo, lo que podéis influir con vuestra conducta, y no os incumbe hacer leyes, sino acatarlas y cumplirlas religiosamente y hacer y petrificar costumbres que simplifiquen y aseguren, desprovistas de temores, recelos y vacilaciones, las mutuas relaciones, hasta que logréis conseguir que cada uno de vosotros tenga fe en todos los demás y todos los demás en cada uno. De candorosos han sido calificados unos legisladores que consignaron en un Código que los habitantes de la Nación tenían la obligación de ser honrados y benéficos. Y ¿por qué ha de

ser candidez y no el grito de una necesidad clamorosa y la ingenua exposición de un convencimiento? ¿Es que se pretende que no pueda haber y no haya más honradez y beneficencia que las que pueden resultar de la oprobiosa coacción y de que cada uno de nosotros tengamos al lado una pareja de censores con armas que nos compelan al bien obrar, ó que por lo menos nos celen y prohiban el obrar mal?

Triste y sin ventura es la sociedad que sólo por estímulos externos realiza el bien y se abstiene del mal; ni eso es sociedad, ni es nada, y no sé yo si podría, sin ofensa, acusaros de algo de ésto.

Voy notando, ó por mejor decir, he notado ya y me han hecho notar que aquí la importancia y el tono personal, que es tanto como decir el desprecio del vecino y lo despectivo de la actitud, que cada uno se da, están en directa proporción del número de botas que almacena en sus bodegas (¡por algo yo no quise visitar ninguna!), de las aranzadas de terreno que domina, ó de las ganancias ó rentas que acumula, no obstante la frecuente provocación de crisis y conflictos económicos, que hacen que aparezcáis ante el resto de la Nación como mendicantes sistemáticos de pudor discutible, que exhiben su prole fa-

mélica y levantisca para recabar auxilios y socorros cuya eficacia es tener que repetirlos á cada cambio de estación.

Al llegar don Quijote á este punto de su discurso, uno de los invitados, candidato á un puesto oficial, que había sido alumno interno de un Colegio de religiosos, y sabía muchas travesuras y realizarlas muy seria y gravemente, disparó por la presión de los dedos índice y pulgar un mondado hueso de aceituna tan diestra y certeramente que dió con él en la punta de la nariz á don Quijote, y se quedó tan serio.

Llevóse la mano á la nariz don Quijote como averiguando qué era lo que le había pasado y por qué; miraba al techo pensando que de allí procedía la causa, y estando en ésto recibió otro golpe en otra parte de la cara pero ya no de un hueso de aceituna, sino de una entera, y como si fuera esta la señal de arrojarle proyectiles, ó porque fué rota con descaro la marcha, empezaron á llover sobre él sin recato ni mirar qué, los restos de la comida que sobre la mesa quedaban.

Don Quijote dió un salto en su asiento, lo retiró con energía y exclamó:

—Cuando posé las plantas en esta tierra, y á poco de andar por ella, fuí acogi-

do por unos villanos con disparos de mortíferos arcabuces, y no me sentí ofendido ni mortificado, por proceder de quien procedían, pero tengo por insufriblemente oprobioso que vuestras mercedes, con lealtad cuyo juicio y calificativo dejo á vuestras mercedes mismos, me acometan con tan frágiles materias convertidas en vergonzosos proyectiles, que no son capaces de lesionar el cuerpo pero que mancillan el alma.

Sancho, que vió que á pesar de las risas y del *jolgorio* general don Quijote no lo tomaba á broma, y si lo era á él mismo le pareció pesada, se puso á su vez de pie gritando:

—No tenga cuidado vuestra merced que no estamos aquí á campo raso; éstos no correrán tanto como aquellos y aunque son muchos, no necesitando yo ser armado caballero por serlo tanto como cada uno, no se irán sin su merecido, y diciendo y haciendo acogotó á uno, lo zambulló debajo de la mesa y se lió con los que tenia á su alcance á cachetes tan ágilmente distribuídos como si fuese un gimnasta avezado á este género de luchas.

Don Quijote que vió á Sancho enzarzado y á la gente que lo eludía y evitaba sus golpes con cómicas huídas y risas, se fué

derecho á una panoplia de las que adornaban el salón, descolgó una gran espada y blandiéndola puso en dispersión á todos, tomando él por lamentos y expresiones de temor la jovial algazara y las trepidantes carcajadas, porque realmente ni les temieron ni querían hacerles daño y huyeron.

Quedáronse amo y mozo solos y después que se hubo limpiado el sudor con una servilleta de las del servicio de mesa, díjole el primero al segundo:

—Momentos hay, Sancho, y no sirva ésto para engreirte y envanecerte, en que tengo que darte la razón, porque me acuerdo que me has advertido en otra ocasión solemne que después de Domingo de Ramos siempre vino Viernes de Pasión.

—Pues por contentos podemos darnos si no vienen otros peores, porque al fin, al fin, no tenemos ni hueso quebrado ni miembro magullado, y sanos y por nuestro pie podemos irnos á donde Dios nos guíe.

—Sí, vámonos, Sancho, fuera de aquí y como tú dices, á donde Dios nos guíe; pero antes tengo yo que cumplir un deber de conciencia. Ayúdame tú, Sancho, á buscar á aquel Maestro de escuela, á aquel pedagogo ilustre á quien tanto injurié y martiricé, para que pueda pedirle perdón y someterme á la penitencia que él quiera

imponerme, y si no le hallamos has de ayudarme á rehabilitar su memoria, pues hallo ahora que no hizo otra cosa más que darme informes y noticias cuya confirmación completa me ha costado la pasada humillación y este disgusto.

—Que se le quite, señor, y bastante rehabilitado quedará rezando yo por él seis padrenuestros y tres credos, con más una oración que yo me sé, que me la dictó un Carmelita y tiene virtud para sacarle del Purgatorio si en él estuviere.

—Estoy por llevarme esta espada: Sancho, ¿á tí que te parece?

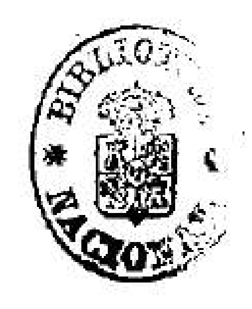
Salieron del local, tomaron el primer camino que se les ofreció, y á poco trecho se les atravesó delante un silencioso automóvil eléctrico, de doble reacción eletrógena, con acumuladores de cobalto protegido, cuyo sistema nosotros solos conocemos, que se paró en seco y salió de él una voz cavernosa que dijo:

—¡Caballero de los Leones! Soy el espíritu del maestro Pintarrueques, he oído tu arrepentimiento, pero como el arrepentimiento sin obras no es eficaz, yo te conjuro á que subáis los dos á este carro, que no es el de la muerte, y os mando que me sigáis á donde quiera llevaros.

—Con tal de que me saques de aquí,

ofendido espíritu, sobre el mismo demonio me subiría yo,—y con denodado arrojo abordó el estribo, subió y arrastró á Sancho que se mostraba reacio en seguir á su amo.

Arrancó el automóvil con una velocidad tan extraordinaria, que nos ha sido imposible seguirle, ni aun con la vista. Pero sabemos á dónde va, y mientras no lo alcanzamos, que será pronto, *nos apresuramos* á dar á la estampa y al mundo la narración de estas nuevas aventuras quijotiles, prólogo de otras mayores, calculando que el mundo está impaciente y desasosegado por conocerlas y hasta que las conozca. *Así sea.*



INDICE

ERRATAS

De las vistas cuando no tenían remedio, no se salva ninguna, aunque las hay garrafales, y algún *lapsu*, lector, que no es *errata*, sino otra cosa, pero que todos, menos don Pedancio, pasarán sin mención. Por éste solo no me molesto en salvedades, y los demás no lo necesitan, prometiendo—¡ah, eso sí!—que EN LAS EDICIONES SUCESIVAS se corregirá todo, y en este caso no sé si sería preciso... ¡publicar el libro en blanco!

Yo sé quién lo ha de decir.

Valga.

